Ante el Altar

Obras de Concepción Cabrera de Armida

Concepción C. de Armida

Concepción Cabrera
de Armida

ANTE EL ALTAR

Breves coloquios con
Jesús Sacramentado

FRANCES
1a. Edición 1912
7a. Edición 1922
Nueva edición 1999
ITALIANO
1a. Edición 1913
2a. Edición 1995
3a. Edición 1999
INGLES
1a. Edición 1914
2a. Edición 1988
3a. Edición 1996
4a. Edición 1999
ESPAÑOL
21a. Edición 1989
22a. Edición España
24a. Edición Costa Rica

Puede imprimirse

Manuel Castillo Banuet,

M.Sp.S. Sup. Gen.

IMPRIMASE

Francisco Orozco L.

Vic. Gen.

28 de febrero de 1977

296.4
R382a

Religiosas de la Cruz
Ante el altar -la. ed - San José, C R
Ediciones Sanabria, 1999
166 p. ; 21 x 14 cm.

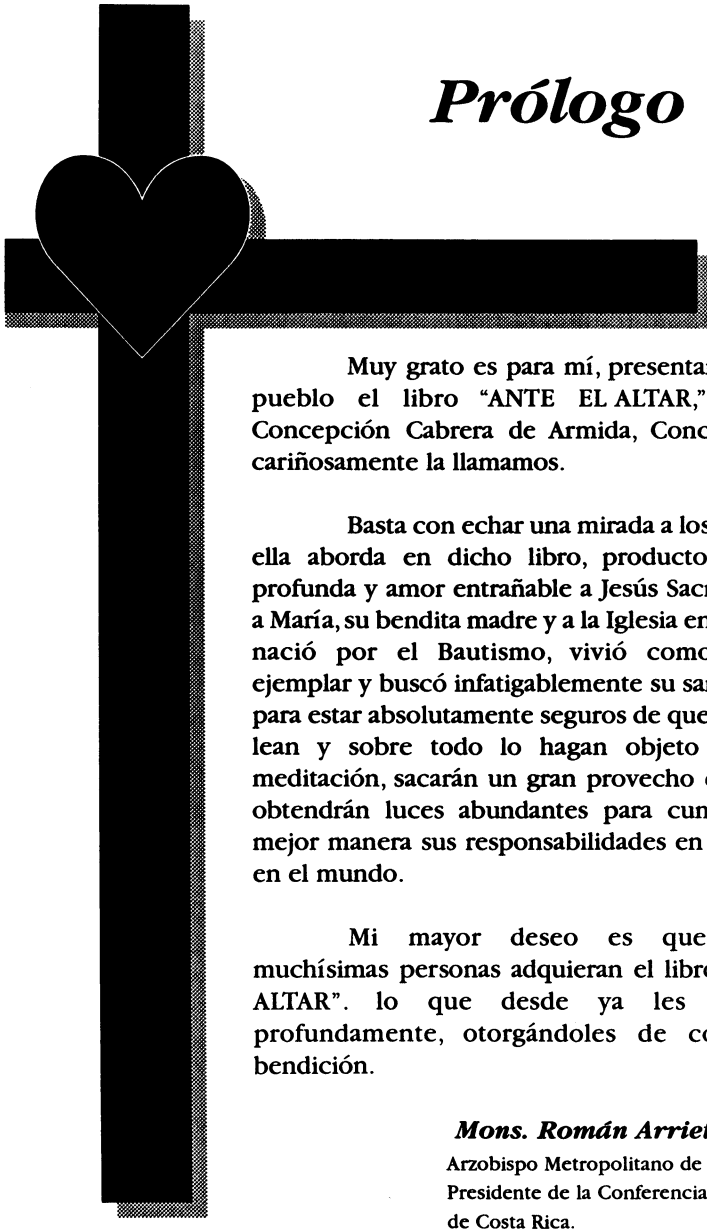
ISBN 9968-706-06-X

1 Oraciones. 2 Devocionarios 3 Adoración
4 Vida cristiana I Título

Todos los derechos reservados

Impreso en Ediciones Sanabria S.A.

San José, Costa Rica



Prólogo

Muy grato es para mí, presentar a nuestro pueblo el libro "ANTE EL ALTAR," obra de Concepción Cabrera de Armida, Conchita como cariñosamente la llamamos.

Basta con echar una mirada a los temas que ella aborda en dicho libro, producto de su fe profunda y amor entrañable a Jesús Sacramentado, a María, su bendita madre y a la Iglesia en cuyo seno nació por el Bautismo, vivió como cristiana ejemplar y buscó infatigablemente su santificación, para estar absolutamente seguros de que cuantos lo lean y sobre todo lo hagan objeto de atenta meditación, sacarán un gran provecho espiritual y obtendrán luces abundantes para cumplir de la mejor manera sus responsabilidades en la Iglesia y en el mundo.

Mi mayor deseo es que muchas, muchísimas personas adquieran el libro "ANTE EL ALTAR". lo que desde ya les agradezco profundamente, otorgándoles de corazón mi bendición.

Mons. Román Arrieta V.
Arzobispo Metropolitano de San José,
Presidente de la Conferencia Episcopal
de Costa Rica.

San José, Agosto 15 de 1999...
en la fecha de la Asución de la Virgen al Cielo.

PRESENTACION

Nos encontramos ante un libro que, debido a sus numerosas ediciones, ya se puede llamar clásico en la espiritualidad. En diversos capítulos aparecen los trazos más relevantes de la doctrina espiritual de Concepción Cabrera de Armida ("Conchita"), modelado toda ella en el encuentro con Jesucristo presente en la Eucaristía El lector conocerá probablemente algunos trazos de esa vida gastada por amor a Jesucristo y a su Iglesia. Sus datos biográficos esenciales transparentan una vida llena de la "perfecta alegría" de compartir la misma vida del Señor.(1)

Este libro no está escrito para "saber" sino para vivir la experiencia del encuentro con Cristo, sin prisas en el corazón. Quien quisiera resumir las ideas de este libro sin vivirlas experimentalmente ante Jesús Eucaristía, no encontraría más que expresiones del lenguaje de una época. Es un librito contemplativo, vocacional y misionero. Muchas personas han encontrado a Cristo y le han cogido para siempre, gracias al contenido de esta perla de literatura espiritual. Son "almas generosas" que han seguido al Señor "sin vacilar".

El libro tiene mucho contenido: todo el mensaje cristiano sobre la vida espiritual. Y tiene también mucha capacidad de comunicación, porque se mueven todos los resortes del corazón para suscitar una respuesta que sea de entrega sin reservas. Ante Jesús Eucaristía, presente, inmolado o comunicado, aparecen todos los temas evangélicos. Su misterio de Encarnación y de Redención está en la base de todas las afirmaciones.

Ya puede ver el lector, sin necesidad de muchas explicaciones, que se trata de unos coloquios con Jesús Eucaristía. El creyente expone al señor sus deseos y espera del Señor una respuesta Con un poco de atención, el lector se dará cuenta que se trata de entrar en el evangelio y vivirlo desde dentro, de corazón a corazón. Porque el evangelio sigue aconteciendo cuando se lee así

Esos coloquios tienden a hacerse evangelio vivo, "cruz viva", como dice Conchita Son temas asequibles, como la doctrina de los santos y de los buenos escritos de espiritualidad (que cita con

(1) Datos biográficos esenciales (ver los de Philipon Diario de una madre de familia pp 202 203

frecuencia)a partir de una vivencia que sirve de invitación para que cada uno tenga la suya, siempre irrepetible. El lenguaje es típicamente cristiano y, por tanto, algo al margen de otras categorías subjetivistas y consumistas de nuestros ambientes secularizados. En el fondo y más allá de las expresiones circuntanciales, siempre mejorables, se encuentra el lenguaje del amor; porque el amor sólo tiene una regla: la totalidad de entrega por medio de la totalidad de la renuncia. "La Cruz santifica, y yo quiero ser santa". Así es la Cruz del misterio pascual.

Hemos dicho que van apareciendo todos los temas cristianos, a partir del coloquio con Jesús Eucaristía. Efectivamente, si el misterio eucarístico es presencia, sacrificio y comunión, el creyente se siente llamado para un coloquio que se hace seguimiento y desposorio o amistad profunda. Ahí están, pues, los temas de vocación, contemplación, perfección y misión.

Hay una dinámica interna fácil de captar por quien no pone rebajas al amor: el creyente, ante Cristo Eucaristía, se siente amado, acompañado y capacitado para amar. De ahí nace:

† un profundo conocimiento de sí mismo,sin miedos al amor,
† una confianza sin límites en el amor del Señor,
† una decisión de amarle del modo más perfecto posible.

Pero todo ello es "gracia", don e iniciativa suya. Por esto los temas cristianos se "aprenden" sólo orando, de corazón a corazón ante el Sagrario.

El proceso de vida espiritual que aparece en estos coloquios eucarísticos es muy claro:

† que reine sólo Jesús en el corazón
("Sólo Tú eres y serás siempre mi único amor").
† vaciándolo de todo lo que no sea Él
("me vaciaré yo para que Tú aparezcas"),
† con el deseo profundo de salvarle almas
("millones de almas para consagrártelas","sed de almas","ése es el grito de mi corazón").

Como puede verse, se trata de vaciarse del todo, para poseer sólo a Jesús:"Cuanto más pobre sea, más enterneceré tu Corazón".Y entonces se descubre el propio nombre escrito en el Corazón del Señor.

Es verdad que hoy no se insta tanto a ese coloquio personal con Cristo. A veces se prefiere sólo reurnirse para discutir temas de actualidad y resolverlos del "mejor" modo posible. A mí me da la sensación de que dejamos a mucha gente indefensa ante la realidad actual, porque no la ayudamos a progresar en el diálogo vivencial con Cristo, que es la fuente de todo verdadero compromiso de caridad y de misión. Los coloquios con Jesús Eucaristía, escritos por Conchita, enseñan a estar con el Señor sin primisas en el corazón, porque es el único modo de estar con una persona amada de verdad. El tiempo se encuentra siempre para quien uno ama. Y quien ama al Señor encuentra también tiempo para escuchar sus quejas por nuestro poco amor. La reparación es cuestión de enamorados.

Se nota también en todos los coloquios y temas, una acción del Espíritu Santo, el gran desconocido y olvidado, que guía al creyente en todo un proceso de vaciarse de sí mismo, es decir, de todo lo que sea amor, para llenarse de Cristo y hacerse, como, él y con él, donación al Padre y a los hermanos. En realidad, la celebración eucarística y la adoración eucarística son un momento privilegiado de la comunicación del Espíritu, quién, de algún modo, hace, en cada creyente, una especie de "reproducción" de la Encarnación, "un nuevo Pentecostés", una "esposa amadísima del Espíritu Santo".

El tema de la Cruz, a la luz del coloquio con Cristo, ya no aparece con la frialdad de una "cosa" o de un sufrimiento que se rehuye, sino que es un compartir la misma suerte o "copa" del Esposo, que ofrece ser, como él y con él, "Cruz Viva", porque la Cruz es "Jesús mismo transformado en ella". Al fin y al cabo se trata de hacer de la propia vida una donación sacrificial: "yo soy feliz con estas astillas de tu Cruz". Porque "la medida del renunciamieto es el amor". Ser "víctima" con Jesús significa dejarle vivir en el propio corazón. "Que tu Cruz sea mi cruz".

El coloquio eucarístico se hace en un clima de confianza, relación amistosa, intimidad-unión, donación mutua, transformación, imitación. Las exigencias son muchas, pero ya son las que derivan de un enamoramiento. El amor de Cristo ya se descubre con una perspectiva nueva:

† Él ama porque es bueno, no por nuestros méritos,
† "con más deseos de darnos sus gracias que nosotros de recibirlas",
† suscitando en nosotros una confianza plena: "Tú no me necesitabas... quisiste necesitar de mi amor".

¿Y el tema de la contemplación? Tiene el sentido de una mirada sencilla o de una búsqueda que deja la sensación de ausencia: "¿Dónde estás que no te encuentra mi alma deseosa?" Esa búsqueda es ya encuentro. Pero, a partir del coloquio, hay que aprender el "silencio" que no es vacío, sino lleno de una "presencia" que se descubre más allá de lo que parece ausencia. A Jesús "se le deletrea en el silencioso albergue de sus Sagrarios", más allá de lo que podemos pensar, decir, sentir La vida se hace búsqueda y encuentro: "En todos mis latidos te busco". "No olvidarnos mutuamente jamás...: yo, contemplar tus amores, y Tú, compadecerte de mis miserias". "De Él vine y al Él voy; pero ¿hasta cuándo?" Hay que dejar que Jesús siga siendo sorpresa en nuestra vida.

Ahí está, pues, toda la vida espiritual: el Señor habla para declararnos su amor; nosotros le escuchamos decididos a amarle del todo y hacerlo amar de todos. En ese coloquio nadie nos puede suplir, porque cada uno tiene su nombre escrito en ese Corazón. Entonces toda la vida se hace profundamente relacionada con Cristo ("se encuentra a mi lado"), gastada en un amor de totalidad ("yo muero sin el que es mi Vida"). Jesús Esposo no hace rebajas al amor: "Hija, dame tu corazón". Así se aprende a "mirar como Él miraba".

La realidad que hay que afrontar podrá ser dura en su superficie, pero toda la vida es ya hermosa, porque Jesús es el Camino: "mi camino... es el mismo Jesús, por eso entro en Él sin vacilar, espinándome". El gozo sobre todo gozo será el de vivir según el modo de pensar, sentir y amar de Jesús. Las "astillas" de la Cruz, que Cristo nos comunica, son una participación en el cáliz de sus bodas, para compartir también con Él su fecundidad evangelizadora, "desde un extremo a otro del mundo".

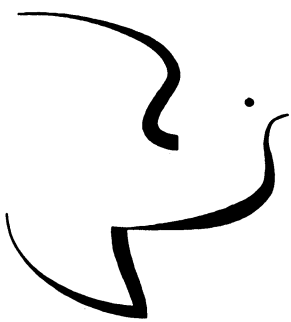
Todo tema que aparece en los coloquios es una frase o un dato evangélico, presentado y motivado, para hacerlo carne propia. Y como se trata de "meditarlo en el corazón" (Lc. 2, 51), se presenta siempre a María como Madre, modelo e intercesora. María vivió tambien "crucificada... para que fuera más parecida a su Jesús". Por esto, los temas evangélicos descritos en los coloquios se quieren vivir con María y como María: "Jesús de María y también mío", amar a Jesús "como Tú lo amaste", "con tus mismos latidos", con un "amor de mártir", porque "jamás dejaba tu corazón de orar", "entre Él y yo estás Tú". "¡Oh María!, Tú que verdaderamente amaste a tu Jesús con amor insuperable, inseparable, singular e insaciable, danos tu corazón para con él amar al que es Amor".

Jesús nos espera en la Eucaristía para asumir, desde ella, nuestra realidad de limitación y pobreza. Cada coloquio de "Ante el altar" nos deja a solas con el Señor. Al reconocer ante la Eucaristía nuestra realidad limitada, nos encontramos con la sorpresa de que Jesús nos espera precisamente en ella, para hacerse solidario nuestro. El texto del coloquio va dejando lugar al mismo Jesús que habla a cada uno de modo irrepetible, de corazón a corazón.

A partir de esta experiencia evangélica y eucarística, aprendemos que la vida se hace encuentro permanente con Cristo. Lo encontramos en su palabra, en su Eucaristía, en los hermanos, en los acontecimientos, en nuestra soledad y en nuestro trabajo, siempre hacia el encuentro definitivo del más allá. Mientras tanto, la oración continúa siendo una mirada sencilla y un coloquio confiado: "Señor, enséñame lo que quieres que te diga".

La vida de entrega se estrena todos los días, con la decisión de vivir relacionados con Cristo para encontrarle y amarle en todos los hermanos. Entonces la vida es hermosa porque se vive sólo para Él.

Juan Esquerda Bifet



1. DE QUE MODO SE FORJABA UN ALMA A JESÚS

¿Cómo es? ¡Hermoso, divino, ideal, encantador, celestial, más que angélico, y mil veces más tierno y amoroso que todas las madres juntas!

¿Cómo es? ¡Purísimo, santísimo, majestuoso, delicado, arrollador!

¿Cómo es? ¡Con una pureza más blanca que mil nieves... con un candor más Limpio que los ángeles... con un alma diáfana, transparente, celestial, y más pura que la de los niños... y más clara que la misma luz... y más tersa que todos los lagos... y más santa que todos los santos!...

¿Cómo es? ¡Con su porte tan modesto... con su expresión tan amable... y con su parecido tan grande con María, como ningún hijo con su madre!...Tiene su sonrisa más que celestial; embelesadora, en la que se trasluce la misma Divinidad, esa complacencia infinita en la que eternamente se recrean las tres Divinas Personas.

¿Cómo es? Con un Corazón **expresamente formado por el Espíritu para amar...** ¡y con qué amor! Con el amor de un Dios hecho hombre, de un Verbo hecho carne; con amor eterno, con amor increado, con amor de caridad infinita...

Él no quiso ser feliz sin el hombre: ése es su Corazón: un latido de amor infinito, de divinas ternuras, inflamándose constantemente en **caridad perpetua** por nuestro amor.

¿Cómo es? Apacible, delicioso, manso humilde y sin hiel, deseando siempre nuestro corazón para enriquecerlo en la medida "que el hombre consienta en ser amado".

¿Cómo es? Con más deseos de darnos sus gracias, que nosotros de recibirlas. Su fin es manifestar su amor: a eso bajó del cielo, con la esperanza de ser amado. Su natural propio es darse, derramarse, comunicarse y hacer felices a los buenos y a los malos, a los pobres y a

los ricos, a todos los que quieran recibirlo, porque un día **vino a los suyos, y los suyos** ¡ay Dios mío! **No lo recibieron**. Quiere dar cuanto es con exceso de infinito cariño, con claridades celestiales, ¡con el mismo amor del Espíritu Santo!...

¿Cómo es? Un hechizo para nuestras almas, un Ser divino, Dios mismo, venido del cielo para enamorarnos de sus perfecciones hasta el delirio, hasta el sacrificio más heroico, hasta el martirio del cuerpo y del corazón. ¡Y será poco!. .

¿Cómo es? Es Luz verdadera que alumbra a todo hombre que viene de este mundo, que enseñó una doctrina de amor y abnegación nunca oída, **practicándola Él primero...** y a quien hacen traición el nimbo que lo circunda y las irradiaciones celestes que los bañan descubriendo la Divinidad que lleva consigo ..

¿Cómo es? Es un lirio de los valles eternos, cuyo aroma embriaga el corazón que lo ama adormeciéndolo con sus efluvios... es una azucena voluntariamente ensangrentada por amor, clavada en una cruz para salvarnos... Es una violeta escondida ocultando todos los días sus favores con modestia inconcebible; sólo en el mismo cielo se descubrirá lo que debemos a su humildad, que se oculta hasta en la profusión de sus gracias.

¿Cómo es? Es un gran fuego que todo lo consume con el amor y que perdona **al que ama mucho...** Es un volcán de infinita caridad, que abrasa cuanto toca, y purifica y limpia a las almas. Es un horno encendido, que respira en el corazón del hombre; es la lumbre celestial que "acelera la circunlación celestial de la vida divina en nuestras almas..."

¿Cómo es? Es una fuente de agua viva para refrescarnos.. un manantial de inagotables ternuras para atraemos... un piélago insondable de bondades... un mar de caricias, delicadezas, misericordias y perdones.

¿Cómo es? Es un Niñito con sus sienes de leche y su boquita de miel, tiritando de frío en un pesebre de animales **para enseñarnos la pobreza.**

Es un terrón de amores que sonríe en los brazos de su Madre soñando en mí, ¡ingrato, pecador y miserable!, **para enseñarme la caridad.** Es un jovencito que, con rayos divinos de majestad soberana en su inmaculada frente, confunde, pasma y arrebata con su celestial sabiduría a los ancianos Doctores de la Ley; allí nos enseñó **la preferencia a Dios sobre todas las cosas.** Es un joven embelesador, que en el Jordán se humilla y pide ser bautizado, queriendo pasar a los ojos del mundo por pecador, siendo "el Justo", **sólo para enseñarnos la humildad.** Es un apóstol infatigable, que arrastra, con sus embelesos, su doctrina y sus divinos atractivos, a las multitudes, **enseñándonos el celo por la gloria de Dios su Padre, a quien todo lo refería.**

Es un Dios hombre, en cuya alma el Espíritu Santo derramó a torrentes todo lo bello, puro y santo, toda su sabiduría, omnipotencia, poder, armonía y conjunto de infinitas perfecciones. Ese Santo Espíritu adornó, con toda la esplendidez de su poder, sus facultades, sentimientos, cuerpo, corazón; infundiéndosele **Él mismo** con la infinita plenitud de sus dones, riquezas y tesoros. ¿Se puede decir más?

Es un Varón de dolores que ansiaba verse bañado en su propia Sangre, **para manifestar me su amor con dolor...** azotado... escupido... abofeteado... humillado... cargado con una cruz ... y muerto entre dos ladrones: crucificado, **para enseñarme la paciencia, el sacrificio y la generosidad.**

Es el que, lleno de gloria y esplendores, una madrugada resucitó, y un mediodía subió a los cielos, hablando la última vez del **Espíritu Santo.**

¿Cómo es? Es un blanco hecho Sacramento y también víctima de los altares de la tierra, expiando mis pecados con su sacrificio, de noche y de día, sin cansarse nunca, y que me esta gritando desde ese nido de amores en que reside: **"Hijo, dame tu corazón".**

Es el que me redimió; el que, muriendo, abrió el cielo en la cruz para mí; el que más tarde envió su mismo Corazón al mundo, que lo había traspasado, diciéndome: **"He aquí el Corazón que tanto ha amado a los hombres y que sólo recibe ingratitudes"**; que día por día me alimenta con su mismo Cuerpo, Sangre, Alma y cuanto es, siempre amándome en cada pulsación de su pecho adorable, queriendo que,

como Él, **sea todo para todos.**

Así es ese tesoro de mi corazón, todo mío, y se llama... **Jesús, Jesús, Jesús,** enamorándome con ese mar de primores y beneficios sin cuento, hasta el delirio, hasta más allá del martirio.

¡Qué hombre tan hechizador y divino! ¡Jesús, Jesús, dulce Jesús, suave Jesús, divino, celestial, bello y arrebatador Jesús de María y también mío!

¿Qué me dices, Virgen santa, de la hermosura de tu Jesús? ¿Verdad que es así, como dejo dicho?

Parece que tus purísimos labios me contestan estas palabras: "No, hija mía; no es ni su sombra. A Jesús, no se le describe; se le siente... **se le toca con la humildad y con el amor.** Se le conoce con el dolor... Se le deletrea en el silencioso albergue de sus Sagrarios **y cuando el alma está limpia y el cuerpo crucificado".** Pues, ¡ay, Madre mía!, graba tú en mi alma, después de enriquecerla con tus virtudes, una a una sus facciones, su interior, sus fibras y latidos: y dame tu corazón para con él amarlo siempre, en cada latido, en cada instante, hasta mi muerte, y más allá todavía, hasta el cielo, eternamente perdida en el abismo infinito de sus perfecciones. Amén.

2. ¿EN DÓNDE ESTAS?

¡Ah Jesús, mi Jesús de todo mi ser! ¿En dónde estás que no te encuentra mi alma desolada? ¡Todo a mi derredor son tinieblas sin mi Luz, sin mi Cielo, sin Ti, Jesús, dulce Jesús, Vida de mi vida!

Te busca mi corazón en todas partes, a todas horas; y cuando llega a sorprenderte duermes... callas... te muestras indiferente y hasta te escondes ¡ay! de este pecho que te adora, de estos ojos que sólo en Ti se recrean, de este corazón cuya palpitación más delicada la formas Tú, ¡amor de mis amores, mi bueno y dulcísimo Señor!

¿En qué te he ofendido, para que así me abandones? ¿Ya no me quieres, ya no amas a este pobre gusanito de la tierra? ¿Cómo sería esto posible, si Tú amas siempre a los miserables como yo? ¿Qué te pasa,

Hechizo de mi existencia? ¿Por qué te has retirado de quien sólo vive de tu vida alienta con tu respiración, palpita con tus latidos, germina con tu calor, y sólo tiene dicha cerca de Ti?

Llora y gime sin consuelo mi alma, pensando en qué te ha ofendido; ¡ella, que no quisiera ni ponerte triste! ¿En qué estará manchada, en qué te dará asco, que no quieres acercártele? ¿en qué? ¡Hay, Amado único de mi corazón! ¿En qué tendrá **algún estorbo** que le impida su unión contigo?

¡Oh mi Jesús misericordioso, que todo eres bondad y perdones! No; Tú no puedes dejar de amar al pecador que llora. Tu corazón se conmueve más en donde encuentra más miseria Tú no eres capaz de olvidar a quien tanto quiere amarte.Tú no te escondes del alma infiel que te busca...Tú sales siempre al encuentro de los que te quieren querer con ardores infinitos, arrepentidos de sus culpas... Tú tienes recursos incontables de amor, Jesús, Jesús querido, para limpiarlos, para acercarlos a Ti, para adornarlos de virtudes, para estrecharlos contra tu Corazón de fuego.

Entonces, ¿por qué dejas correr mis lágrimas? ¡qué! ¿no me escuchas, Señor? ¿Me dejas, como a Job, sentada en el estercolero de mis miserias? ¿Por qué parece que duermes? ¿Por qué te me escondes, te me alejas, te me pierdes ¡ay, Jesús! entre mil brumas que no puedo deshacer?

¿Por qué todo esto, Jesús de mi alma? ¿por qué? ¿Acaso ignoras la inmensidad de mi amor, **que quiero no tenga límites?** ¿No sabes que mi corazón acepta hasta los más grandes sacrificios sólo por complacerte? ¡Ay, que no ignoras, celestial Dueño mío, que tu voluntad es la palpitación de mi existencia, por más que me crucifique! ¡Bien sabes que mil vidas diera por cumplir la menor de sus partes! Siendo esto así, ¿por qué te alejas de mí. Tesoro de mi alma, cuando ésta te ama con entrañable amor, y eres Tú ,Tú solo, su todo en el cielo y en la tierra, y en la vida y en la muerte?

Ya no, dulcísimo Jesús. Cese ya esta noche cruel, y amanezca la luz de las misericordias tuyas. Venga ya ese divino Sol para alumbrarme, y ese Corazón de fuego para darme la vida. Escúchame y dime **que me amas, y que no te he disgustado,** para que sea yo feliz. Y, sobre todo, dime que ningún estorbo existe entre tu Corazón y el mío, divino Jesús;

porque antes mil muertes, que hubiera algo en mi que no fueras Tú.

¡María, Madre de los desamparados, que supiste lo que es perder a Jesús! haz que lo encuentre y que sepa tenerlo contento en mi pobre corazón. Amén.

3. TE TENGO A TI

¡Oh si, Vida de mi vida! ¡Te tengo a Ti! ¿Qué hiciera yo, Señor, cuando las humillaciones me circundan, cuando las apariencias me condenan, cuando las criaturas me abandonan, y me rechazan, y me desprecian, si no te tuviera a Ti, Jesús mío, mi único Bien, que ves la verdad hasta el fondo del corazón, hasta el menor de los detalles de mi vida?

¡Te tengo a Ti! ¡Palabra embelesadora, que llena de consuelo a mi alma triturada, que me da fortaleza, dicha, valor, aliento y fe!...

¡Te tengo a Ti, que enjugas mis lágrimas, que me dices que sufra, que me infundes confianza, que me arrojas en el regazo de tu Madre amadísima, que me enseñas sonriendo la Cruz que me repites **que perdone y que mire al cielo !...**

¿Quién, Jesús divino, en tu Corazón no se consuela pronto de las decepciones?

"En los días del Diluvio, dice un autor, cuanto más las aguas subían, más se veía elevarse hacia el cielo el Arca de Noé; y lo mismo pasa con las aguas de las tribulaciones, que mientras más se multiplican, más nos conducen y elevan hacia Dios".

Por tanto, yo no quiero dejar caer, Jesús de toda mi alma, ni una sola gota del cáliz que pones en mis labios; quiero llenar su medida, que, al cabo, te tengo a Ti, ¡que las fuerzas me las dará tu amor!

Si es tu castigo lo que sufro por mis pecados ¡dichosa aflicción, santa espina, saludable y amada Cruz que me hace pensar en Ti, Salvador mío, y confiar con todas mis fuerzas en tus misericordias y en tus perdones!

¡Oh crueldad caritativa de las misericordias del Señor!, exclamaré con un santo. ¡Venga el dolor a purificar mi cuerpo y mi alma, mi corazón y mis sentidos, y mi voluntad y cuanto tengo, para que Jesús se refleje en mi espíritu, sin que haya nada terreno que estorbe a su limpidez y a su unión!

Cierto, que lloro sobre tu pecho con lágrimas de sangre, de esas que arrancan el dolor v la humillación, cuando se interpretan torcidamente mis obras; cierto que siento que es un calvario mi corazón, crucificado, y sin salida, sin disculpa, y abonando un mundo de sospechas y de amarguras...

Pero ¿qué importa todo esto, y más, y mucho más, Señor, si me asemejo a Ti, Mártir divino? ¡Oh Corazón de Jesús! ¡oh Jesús de mi corazón! Yo soy feliz con estas astillas de tu Cruz; porque, mientras más de ellas abarque mi alma, más quitaré el peso a la tuya, y más te consolaré, lo cual es el delirio de mi vida. Dame tu Cruz, Jesús del alma, y concédeme en ella exclamar con un santo: **"Amplius, Domine"**, más, Señor, más dolor, más Cruz, porque éste es un tesoro que el mundo actual desconoce y yo ardo por sus locuras. Yo sé que la Cruz ofrece a todos perdón de lo pasado, ánimo para lo presente, y confianza, y valor, y fe para lo por venir. ¿Cómo no amarla con pasión si fue la compañera de tu vida?

¡Oh Madre Dolorosa, que como nadie probaste las amarguras de Jesús! Haz que jamás descienda voluntariamente de ningún calvario; que nunca mida su altura ni el peso de mi cruz; que arda mi pecho anhelando el sufrimiento, y que sea feliz en las humillaciones y en los desprecios por su amor.

¡Lo tengo a Él, y todo lo demás no es nada para mi corazón, que lo adora, que se muere por hacer sólo su divina voluntad. Amén.

4. ¿ME QUIERES?

¡Qué pregunta, Jesús divino, te hace hoy tu pobrecita hija, reclinada en tu pecho adorable, y mirándote con indecible amor! Pero oye, Señor, yo te hago esta pregunta. ¿Sabes por qué? Porque necesita mi

alma débil y miserable **saber de ese amor,** y que le repitas a mi corazón, todo tuyo, que también **eres suyo;** que la amaste hasta el delirio, hasta la muerte de cruz, hasta más allá de esa dolorosa crucifixión, hasta la Eucaristía; que no la dejarías ni un instante sola en la tierra.

Esta alma que te adora, Jesús, mi dulcísimo, bondadoso y embelesador Jesús, quiere hoy, aquí, a tus pies, que le repitas que tu amor es **eterno...**; que la has amado "en caridad perpetua"; que no existe tiempo en tu pecho, en tu mente, en tu corazón santísimo; que no ha habido un solo instante, Verbo divino, mi celestial Jesús, en el que te hayas amado a Ti mismo, sin amarme a mí también, que nada merezco.

¡Oh Jesús, Jesús mío! ¡Y todo esto, sin más razón de ser **que tu amor mismo,** sin mérito alguno de mi parte, antes bien sabiendo lo ingrata que habría de ser contigo!...

¡Ay amor de mi alma! ¡ay alma de mi amor! ¿Y con qué te pagaré ese eterno fuego de caridad? ¿Qué quieres que haga? Habla a mi corazón, que, humillado, te escucha...

Mi pecho se derrite en gratitud al saber de ese amor eterno, de ese amor increado... al recordar una vez más, a cada instante, que no te has amado a Ti **sin amarme** a mi, piélago insondable de miserias, de vicios y pecados... al ver Jesús, que **Tú no me necesitabas,** y que, con todo, **quisiste necesitar** de mi amor. . y me criaste . . y me redimiste entre miles de humillaciones y tormentos, dejando el cielo para acercarte a mi, divinizándome en la Comunión.

¡Oh, qué arcanos tan profundos de amor contemplo en Ti, vida de mil vidas, si yo las tuviera! Esto me da aliento, me da alas para crucificarme, para probarte **con dolor** que no soy indiferente a tus ternuras. Tu vida fue de inmolación continua: te dejaste vaciar las venas, y aun el corazón, para manifestarme tu cariño, ¿y viviré tranquila cuando nada tengo que padecer por Ti? ¡Oh, nunca, Jesús de mi alma! **¡Siempre padecer,** será el grito de mi amor ensangrentado, por Ti!

Hasta lo íntimo de lo íntimo de mi ser me conmueve ese tu amor doloroso, Jesús de mi alma; y por lo mismo me hechiza saber de él, y preguntarte a menudo **si me quieres.** Yo siento que, al caer estas palabras de tu enamorada hija en tu divino pecho, lo hace gozar; y

entonces más me miras, y entonces más se aviva la lumbre de tu Corazón amante, más sonríes, y con más ternura ¡ay Jesús mío adorado! late apresurado tu amor por mi!

Perdóname, pues, Señor, que miles de veces al día te haga, con el alma limpia y con el cuerpo (así lo deseo) crucificado, esta embelesadora pregunta: **¿Me quieres?** Pero ya sabes que no es porque dude ni un momento de tu amor, sino por **saborear**, por **deleitarme,** por gozar, enamorada, en ver tu conmoción, el estremecimiento dulcísimo de tu caridad para con tu pequeñita hija, que nunca quiere crecer más que en amarte y en padecer mucho por Ti.

¡Oh Madre, Madre del Amor Hermoso! Enséñame a amar a tu Jesús como nadie lo haya amado; con tu mismo corazón, abnegación, celo y ternura, con ese amor sobre todas las cosas creadas, que arrolle en su corriente todas las penas y cruces de la vida con valor: con ese amor de fina correspondencia a la gracia, para la caridad y el sacrificio; con ese amor activo, que todo lo depure, y vivifique, y levante para el cielo; con ese amor, María, acrecentado por el dolor, que se llama **amor de mártir, amor de víctima, amor del Calvario,** de la más intima unión, para corresponder al suyo menos indignamente. Dile, Virgen Santa, dile a tu Jesús, si te lo pregunta, que **así le quiero querer yo,** con tus mismos latidos, con el amor mismo del Espíritu Santo. Amén.

5. ¿POR QUÉ, DIOS MÍO?

Estoy muy triste, Jesús mío, porque no se honra, ni se piensa, ni se ama al Espíritu Santo. Muy poco agradecemos sus favores, a pesar de que todo lo bueno que el alma ejecuta, es por su inspiración, su gracia y auxilio Sufro, contigo, porque no se le nombra, ni se le invoca, ni se tiene presente su acción ¡tan profunda e inmediata! con cada alma. Si amamos al Padre, es por el Espíritu Santo Si nos enamoramos de Ti, Jesús mío, si te conocemos y servimos, si te copiamos y nos unimos a tus quereres y Corazón, es por el Espíritu Santo.

La Persona divina más cercana a nuestras almas es el Espíritu Santo, y muy culpables somos si languidecemos en el servicio de Dios, porque tenemos el Foco de la vida, el Sol de los espíritus, el Rocío del

cielo, el Padre de los pobres, el Amor mismo, que obra activamente en cada alma que se le entrega

Uno de los dolores internos más crueles para tu corazón, fue el de la ingratitud, en todos los tiempos: el de la idolatría, entonces, adorando figuras, y ahora adorándose los hombres a sí mismos: es decir, **el alejamiento del Espíritu Santo.**

¡Ha puesto su trono en el mundo la sensualidad, esa vida de los sentidos, Señor, que ofusca y aun apaga la luz de la fe en los corazones! ¿Y porqué este sinnúmero de males, Jesús mío, sino por tantos pecados que alejan al Espíritu Santo? Nadie se salva sino por Él; nadie se santifica ni te conoce, Jesús del alma, ni puede ir a Ti, si no lo ilumina, asiste y lleva el Espíritu Santo. Envía, por piedad, un nuevo Pentecostés, que el mundo se hunde porque le falta su luz, su influjo, su calor, su vida. Todos clamamos a Ti pidiéndote esta gracia de salvación. Invóquenlo las almas, atraigan y amen a ese Rocío del cielo. Yo sé ¡oh mi amado Señor! que todos los movimientos de tu alma, en cuanto hombre, fueron inspirados por el Espíritu Santo. Él movía tus potencias, sentidos y voluntad, poseyéndolos para glorificar al Padre, a quien Tú todo lo referías. Por tanto, la Eucaristía misma, a quien contemplo en estos momentos felices ¡oh, mi Jesús adorado! ¿qué otra cosa fue sino la inspiración del amor, la obra y realización más sublime del amor, la efusión del amor en toda su plenitud? Porque, complacido el Espíritu Santo en su obra de la Encarnación del Verbo que tanto le agradó, quiso hacer una como reproducción en cada alma por la Eucaristía; porque tanto se hechiza en este misterio, que lo quiere ver reflejado en cada corazón que comulga por el efecto real positivo del Sacramento en el que recibimos Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de Jesús, y, con ella, el Espíritu Santo mismo, que se introduce en cada feliz alma que recibe este Sacramento.

Como el Espíritu Santo es caridad, y no cabe en sí mismo tanto amor, y fuego, y esplendores, y gracias, siendo un mar que se derrama, no se contentó con que los primores o gracias de su obra predilecta, la Encarnación del Divino Verbo, fuera una, como real y materialmente lo fue en el purísimo seno de María, sino que en **los secretos de su amor,** que tiene muchos, quiso, con estupendo y asombroso milagro, hacer el de la transubstanciación; que, concibiendo a Jesús en cada hostia consagrada, alimenta al mundo no sólo con su divino recuerdo, sino con su vida palpitante, con todo Él, enriqueciendo a la Iglesia con su

presencia real en los Sagrarios, y a las almas con todos los tesoros del cielo, que la Eucaristía encierra.

El Espíritu Santo ama a la Humanidad de Jesús con predilección incomparable, y por eso la da en la Comunión, para comunicar a las almas su pureza y virtudes, su substancia purificativa, que le fue dada desde que el Padre la aceptó como expiación de los pecados. Él es el Cordero de Dios que borra todas las manchas por ese efecto de limpiar cuanto toca, dado por el Espíritu Santo.

¡Si supiéramos con cuánta delicadeza, ternura y esplendidez adornó tu Alma, facultades y sentimientos, tu Cuerpo y tu Corazón el Espíritu Santo, Jesús mío! ¡Más que una Madre todo amor, empleó su poder y todas sus riquezas infinitas en formarte en el seno inmaculado de María como un perfecto modelo de todo lo puro, bello y santo! ¡Se vació en Ti el Espíritu Santo, Vida mía! ¡Se infundió en tu Alma con la absoluta plenitud de sus dones, los cuales pudo abarcar sólo tu Divinidad, y tu Alma creada con la ayuda de la potencia divina! ¿Cómo no lo has de amar? ¿Cómo no hemos de glorificarte amándolo? Pues que venga a reinar en los corazones el Espíritu Santo, Jesús mío; que el mundo se le consagre, que todos le amemos, y extendamos su reinado para destruir el de Satanás, y con esto acercar a tu Corazón las almas regeneradas. "El orden, la paz y el gozo renacerán en el mundo **cuando la ley del Espíritu Santo rija a la Humanidad".**

¡Oh amadísimo Espíritu Santo! A Ti acudimos con la profunda angustia que nos oprime. Ven, divino manantial de santas esperanzas, a derramar en la tierra la paz tan deseada. Tú eres el alma del catolicismo, el quo difunde en la tierra caridad, el Sol de las inteligencias y el Fuego que inflama los corazones ¡Sálvanos! Envía tu soplo vivificador, que renueve la faz de la tierra purificándola. ¿Quién como Tú, para triunfar hasta del mismo infierno, si eres el Fuego consumidor de todo pecado, el Lazo de fraternidad, la Verdad infalible, el Amor, ¡oh, si! el Amor que todo lo une, reconcilia y purifica? ¡Dichosas las almas que son gobernadas por Ti! A ellas las conducirás al cielo, "porque el cielo es tu última y suprema revelación, la expansión de tu alegría y felicidad, con que premias a los que te fueron fieles".

¡Oh María, Esposa amadísima de este Santo Espíritu! Enséñanos a amarlo como Tú supiste hacerlo, con tus mismos latidos, Madre mía, y

con tu mismo corazón de fuego Amén.

6. SOLO TU

¡ Jesús de mi alma! ¡Sólo Tú, sólo Tú.. ! ¿Cuándo acabaré de entenderlo?

A Ti te encontrare dispuesto a escucharme de noche y de día, siempre...

Siempre que ponga mi nido en las criaturas, me veré confundida. ¡Nada más cierto!

Gracias, Jesús mío, gracias; arráncame por piedad, de todo lo que no seas Tú.

Mándame decepciones, obstáculos, indiferencias, olvidos, despegos e ingratitudes, **todo eso por piedad,** para arrancar las fibras de mi corazón de la tierra, para bien de esta pegajosa alma, que sólo quiere pertenecerte enteramente.

Salga toda la ponzoña de mi pecho, ¡Jesús, mi adorado Jesús! Escurra todo su veneno. Tú, y sólo Tú, seas el que tengas las primicias de mis dolores, los cuales desvirtúo buscando el consuelo de las criaturas.

Haga yo todo el bien que pueda sin que se me agradezca, Señor.

A los esclavos se los utiliza, y después se los desprecia. ¡Oh, si yo pudiera alcanzar semejante dicha! ¡Si pudiera ser esclava del mundo entero!

¡Oh mi Jesús Eucaristía! Eso quiero, aunque me duela: servir, y recibir ingratitudes en pago de mis sacrificios.

¡Qué hermoso ideal, que no merezco, pero que anhelo conseguir a toda costa!

Así, con mi alma muy desprendida de la carne y de la sangre, muy sublimada con el sacrificio y la humillación voluntaria, volaré hacia Ti, mi Jesús, y sólo Tú serás **su recompensa y su Todo.**

¡Sólo Tú!... ¡Qué hermoso sonido hiere mi corazón en lo más intimo! ¡Sólo Tú, mi Dios... mi Unico y mi Todo!...

Tú sólo, de hoy en adelante, serás el confidente de mis amores y de mis dolores... sólo Tú serás el lleno de mi espíritu, mi esperanza y mi cielo de la tierra... sólo Tú, mi Señor, sólo Tú, el que consuele mis tristezas, el que enjugue mis lágrimas, el que recoja mis suspiros, el que reciba mi último beso, y el único ¡oh Dios mío! que me acompañe en mi muerte cuando todos me abandonen... y más aún, Jesús mío, el que, regalándome su divina imagen en este mi crucifijo tan amado, la haga testigo de mi destrucción en el sepulcro.

Por eso, **sólo** Tu eres y serás siempre mi único amor. Así te lo ruego, María, con todo el ardor de mi corazón. Amén.

7. YA SE HACE TARDE

¡Oh, sí, Jesús de mi vida! Declina el día de mi existencia, y quiero estar muy cerca de Ti, porque tengo frío lejos de tu lado, porque soy desgraciada sin tu calor, sin tus palabras, sin tu mirar.

Llega la noche, Jesús Eucaristía, y tengo mis manos vacías de virtudes, y necesito de tus méritos y de tu Cruz para llenarlas; y ¿dónde encontrar todas las gracias?, ¿a dónde acudir por esos tesoros, sino al pie de este altar bendito en que resides, mi Señor adorado?

He perdido la mayor parte del tiempo de mi vida en vanidades, en imaginaciones, en la disipación y tontas ilusiones...

Se ha deslizado la mayor parte de mi existencia viviendo una vida **natural,** sin levantar mis ojos al cielo, sin recordar la pureza de intención en mis actos.

Lagunas inmensas hay en mi vida de mundo, en mis deberes de familia, en el campo santísimo de la Religión. En vez de buscar a Dios, he vivido buscándome a mi misma en la comodidad, en la soberbia y juicio propio, en las vanas complacencias, en el cariño de las criaturas y aun en mis devociones mismas.

¡Cuantos respetos humanos! ¡Cuántas susceptibilidades tontas! ¡Cuántas debilidades culpables! ¡Cuántas condescendencias conmigo misma, y excusas, y pereza, y mentira, y egoísmo, y sensualidad! ¡Dios mío! ¡Cuántos cansancios en el servicio de Dios, imprudencias, orgullo, cobardías y murmuraciones! ¡Cuánta tibieza y sensualidad, oh Jesús mío! Esto me espanta y hace temblar, al ver que la noche viene... que la tarde declina, que sólo tengo un corazón cargado de vicios, de pecados, de iniquidades!

Las envidias, los celos, la soberbia; ¿por ventura estos tres vicios no han invadido mi vida, que debiera ser vida de ángel y de mártir, vida santísima? ¿En dónde están la humildad, la paciencia, la obediencia, la dulzura, los vencimientos, el sacrificio, que debieran constituir mi sangre misma? ¿En donde se encuentra la caridad sin límites, el desprecio propio, el ansia de inmolación, la sed de dolor, el hambre de ocultamiento. siendo dichosa en el olvido y abandono de los que más amo?...

¿Anhelo acaso ser el asco, el desecho de todos, gozándome en ser pobre y miserable por amor?

Nada de todo esto, Jesús mío; sufro porque mis manos están vacías, y pronto llegará el Esposo, y no tendré el aceite de las virtudes, ni la llama ardiente del amor.

¡Oh María, que llenaste todas las horas de tu vida de virtudes perfectas! alcánzame la gracia de no morir sin haber cumplido en la tierra los designios de Dios. Amén

8. QUEJAS

¿Por qué, Bien mío y Vida mía, te escondes a mis ojos y no te encuentra ¡ay! mi alma, que te adora?

¿Por qué, mi adorada Eucaristía, sabiendo lo entrañable de mi amor, pareces indiferente a él, y te ocultas a sus ternuras, y dejas correr, sin enjugarlas, mis ardientes lágrimas por encontrarte?

¿Por qué esos desdenes, Amor mío, con esta alma que sólo vive de tu vida, de tu doctrina, de tus palabras, sin anhelar más música que las cadencias suavísimas de tu voz?

¿Por qué esos ojos, que son mi embeleso, en cuyas pupilas quiero retratarme, rehuyen mis miradas y se apartan de mi?

¿Por qué ese Corazón que me ha quemado tantas veces, ¡ay!, que ha palpitado a compás del mío, que me ha derretido en mil ocasiones, hoy se muestra como insensible a mis lágrimas y sufrimientos?

¿Por qué, Vida de mi vida, Jugo de mi existencia, Luz de mis tinieblas, Cielo de mi alma, por qué huyes de mi, y, cuando mi pecho se consume y anhela poseerte, parece que te olvidas de mí?

¿Por qué en los delirios de mi amor, y al recibirte Sacramentado, palpita en mi alma el que es la Vida, el Amor, la Acción, y yo muero ¡ay! en la inacción, en la frialdad, en la impotencia, en la debilidad?

¿Por qué, si vivo al calor de mi Sol eucarístico, todo es, a mi alrededor, hielo, indiferencia y dolor?

¿Por qué, Amor de mis amores, mi Cielo, mi Vivir, Corazón de mi alma, por qué se asfixia mi espíritu, o se ahoga en unos mares de tribulaciones que me sepultan en el abismo?

¿Por qué, Jesús mío, no me escuchas, por qué pareces insensible a mis lágrimas, que corren ardientes a tus pies. . a mis amorosas miradas, a mis besos, a mi sangre? ¿por qué?.

¿Por mis pecados, Jesús?... ¿Por los pecados ajenos?

¿Por castigo o severidad?... ¿Por amor y para purificarme? ¡Oh Amado mío, escogido entre millares! No me desampares por piedad, que yo muero sin el que es mi Vida.

¡Mis días son noches, mis noches purgatorios.. mis horas un

continuado martirio, sin el que es mi Luz, mi Aliento, mi Corazón, mi Cielo!

¡Oh Señor, Señor! ¿qué haré para encontrarte? ¡Ah! ya lo sé: **no encontrarme a mí,** causa de mi desgracia... Desaparecer, disminuirme, bajar y anonadarme, para que Tú reines, crezcas y vengas a ocupar el sitio que deje yo en mi corazón.

¡Eso voy a hacer, Jesús Eucaristía! Me vaciaré, para que Tú aparezcas; me anonadaré, para que Tú lo seas todo en mi. Si, Madre de mi alma, Jesús sea todo en mí con una perfecta transformación. Amén.

9. SIEMPRE ME QUEDARÁS TU

Aun cuando todo me falte, ¡Amor de mi alma!, familia, padres, director, cariños, afectos, siempre me quedarás Tú, que ni te vas, ni te mueres, ni cambias, ni disminuyes el fuego de tu Corazón jamás, Jesús, Jesús de mi vida.

¿Qué me importan entonces las distancias de los que amo, si Amor de los amores, el que encierra y absorbe todas las ternuras de la tierra, se encuentra a mi lado?

Recuerdo a los seres que me han precedido a la eternidad, y mis ojos se vuelven hacia Ti, Jesús del alma, porque ahí los encuentro, que me esperan, absortos en tus infinitos resplandores.

¡Todo pasará, Señor de mi vida!, los días y las noches, los meses y los años, la luz y las tinieblas, las criaturas todos me rodean; y Tú no pasarás jamás... Tú, mi Dueño, mi Esposo y único Amor, ¡Tú me quedarás eternamente!...

También los afectos se entibian en la tierra... las criaturas cambian... los cariños son inestables .. los amores se desvanecen y mueren... pero tu afecto, tu cariño, tu amor no cambia... no se desvanece, es infinito, ¡no se mudará jamás!...

Por eso me gozo en tenerte a Ti... en que seas mío... en adorarte con toda el alma, en amarte con pasión, con delirio, con todas las ternuras de todos los corazones amantes, con todos los latidos de las almas puras Yo quisiera atesorar amor para amarte... caricias para acariciarte, millones de almas, Jesús, para consagrártelas.

¿Qué me importa que me falte todo, personas, cosas, y hasta la vida misma si me quedas Tú, que eres la vida de las vidas, Jesús tan adorado?

¡Feliz de mí que he encontrado el cielo en la tierra! A un Jesús de María siempre dispuesto a estrecharme contra su Corazón, que no cambia, que no se va, que no se entibia, que no se muere, sino que, siempre amante, divino y bondadoso, me enseña su pecho abierto y un fuego que lo devora todo sin consumirse, tendiéndome los brazos y gritando en el fondo de mi alma: "Hija, dame tu corazón". Dile que es suyo, Madre mía, que lo tome, que no me lo devuelva jamás. Amén.

10. ¡MIRA, JESUS MIO, QUE POBRE SOY!

Pero con la pobreza voluntaria, con esa pobreza que se goza en no tener nada devolviéndolo todo.

Sólo porque te amo, quiero y amo y me muero por la pobreza actual; sólo por parecérteme, Jesús del alma.

Pero quiero ser pobre de otras cosas, y eso vengo a pedirte con todo el corazón.

Quiero ser pobre de honor y de toda alabanza humana...

Quiero poseer esa pobreza de espíritu, esa desnudez espiritual, con el completo vacío de mí misma, Jesús adorado.

Quiero ser pobre de estimación y de cariños humanos.

Quiero llegar a ser feliz en el abandono, en el olvido, en la indiferencia y desprecio de los que más amo.

Tu, María, que supiste apreciar en su verdadero valor esta bellísima perla de la pobreza, dámela y engástala en mi corazón, que soy pobre de esa pobreza de dolores que forma a los santos. Amén.

11. MI CAMINO

¡Qué hermoso es mi camino! Pero es tan bello, porque es el mismo Jesús, por eso entro en él sin vacilar, espinándome. .

Cada día voy viendo en este santo camino de la Cruz nuevos campos que cosechar, desbastando mi voluntad, abnegando mi propio juicio, lacerando mi corazón, por amor. Pero ¡no importa!; ése es mi precioso y envidiable camino, y ¡dichosa de mí, si lo recorro hasta el fin!

¿Verdad, Jesús mío, que Tú eres ese Camino embelesador?

—Si, hija mía, ese Camino del dolor soy Yo, y en él debes entrar sin vacilar un instante

Esta es la verdadera vida interior, la que se vive dentro de Mí, **imitándome,** escogiendo siempre el padecer, enamorada el alma de la cruz. Esta es la vida sólida, espiritual, la de los sufrimientos, que tú debes vivir; éste es el único Camino de perfección que puede existir, **Yo mismo;** y sólo dentro de este Camino puede operarse la transformación del alma en víctima agradable, divinizada con la misma Víctima en la esencia de la unión

Arrójate, hija querida, dentro de esa Vida que soy Yo, y aspírala, aspira su Verdad, que conduce al cielo. Soy Camino, pero de virtudes y de sangre... Camino doloroso, que sólo sabe recorrer el amor... Camino extensísimo que no se ve sino con los ojos de una muy grande pureza

Pocas almas entran de lleno en este Camino, que soy Yo, pero tú debes recorrerlo: es fecundísimo en dolor, pero encierra deleites celestiales para quien lo cruza, ¿ y sabes por qué ?

Porque **sólo lo cruza el amor,** y el amor aquilatado es un alma con muchas penas

Quiero gozarme, Señor, en que nadie piense en mí, ni me tenga compasión. **"No lloréis por mí"**, dijiste un día, Jesús mío; quiero aprender a padecer sola, a guardar ¡ay! el misterio de la Cruz.

Quiero ser pobre de consuelos y tener mi riqueza en mi pobreza, mis títulos en mis llagas; que cuanto más pobre sea, más excitaré tu generosidad, Jesús, y más enterneceré tu Corazón.

Cuanto más miserable y desgraciada, más derecho tendré a tus favores y a tus gracias

¡Señor! Quiero **no ser**... quiero **no tener**... quiero **ser menos**... **desbaratarme** por tu amor.

Quiero ser pobre, repito, del afecto de las criaturas... quiero además, mi Jesús Eucaristía, desocupar el sitio que yo pueda tener en los corazones, con tal que Tú te quedes en mi lugar ocupándole.

¡Oh, qué precioso cambio, qué cosa tan celestial! Tú, reinando en las almas, y yo, como esclava, a los pies de todos y entre la tierra que pisan.

¡Oh Jesús, Luz de mi vida, ¿me lo concederás? ¡Dame esa limosnita por amor de Dios!

Mis riquezas serán mis miserias; seré feliz en mi pequeñez, en mi inacción, en mi nada.

¡Oh pobreza del alma, gloriosa y amada pobreza! ¡ven a mis brazos y a mi corazón!

¡Pero, Jesús mío, escúchame por piedad! No tengo amor con que amarte... no tengo dolor con que obsequiarte: ¡socórreme, Bien mío!

¡Dame los tesoros de la Cruz, que son los del cielo! Quiero espinas, y ese amado dolor, que es tu delicia y la mía; esa serie de cosas que el mundo aborrece, pero que yo amo por tu bondad.

¡Oh Rey mío, a quien devuelvo cuanto tengo! Dame esas voluntarias privaciones de todo lo natural, abandonando también mi espíritu a tu voluntad.

—¡Pues yo quiero ese amor, Jesús mío!, ese purísimo amor **aquilatado con muchas penas;** ¡qué hermoso amor, con el dolor del Crucificado de mi alma! Dámelo, Jesús, dámelo para consolarte.

Quiero amarte en el dolor, y que mi consuelo sea **no tener consuelo.**

Dame ese amor de Calvario, que nunca concluye porque toca al cielo.

La cruz es la medida del amor; yo quiero amarte, crucificada, sin medida.

¿Me escucharás, mi Jesús Eucaristía? ¡Oh, sí! Tú siempre escuchas el gritó amoroso de un corazón amante, que quiere sufrir e inmolarse sin reserva por Ti. ¡Dame ese amor! te repito desde el fondo de mi alma; ¡dame ese amor aquilatado por muchas penas! Amor de mártir que me asimile a ti. ¡Oh María! Muestra que eres mi Madre clavándome en la cruz, hasta que, familiarizada con ella, pueda decir con un alma: "Yo ya no puedo sufrir, porque todo sufrimiento me es dulce". Amén.

12. ¡SEÑOR, QUE VEA!

¡Si, mi Jesús del alma toda! ¡que vea, que vea! Estoy ciega, Señor, y quiero luz para ver tus perfecciones y mis miserias, para conocerte y conocerme, para fijar mis miradas en Ti y no apartarlas jamás de esa Hostia, que es mi vida.

Ciega estoy, Jesús mío, a las operaciones de tu divina gracia; ciega, para ver la multitud de mis grandes miserias.

Estoy ciega para ver mi amor propio con toda su deformidad y extensión; ciega para conocer mi orgullo, susceptibilidad, dureza de juicio e inmortificación ¡Señor, si quieres, puedes curarme! ¿Y cómo, mi Bien, me curaré?

—Por medio de la humildad, hija querida, pues de la soberbia procede la ceguera del corazón. Sé humilde, y tus ojos verán tus innumerables defectos; sé pura, y tus ojos verán a Dios. ¿Quieres

conocerme vendada con el tupido velo del amor propio?. . . ¿quieres mirarme, Hija, con tu corazón manchado con la susceptibilidad y el orgullo, por tu juicio propio y tu terquedad? "Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios", dije un día; y si quieres conocerme, estudiarme y contemplarme.. . si quieres abrir los ojos a tu propio conocimiento, ser humilde y ser pura, muy pura de cuerpo y alma. Aprende a conocerte y despreciarte. Piensa a menudo en tu nada... Considera tus debilidades, languideces, negligencias e infidelidades sinnúmero... Nunca te creas mejor que los demás... piensa siempre que tu hermano vale más que tú, y excusa sus defectos, considerando sus virtudes con caridad.

A nadie desdeñes, hija mía, y rechaza de muy lejos todo deseo de ser querida y admirada.

No te detengas jamás en desear que te busquen... que te consulten, o que te aprueben... Nunca prefieras tu opinión a la de los demás.

No te excuses cuando fueres reprendida.

No hables nunca de ti misma, ni pronuncies palabras que tiendan a favorecerte; al contrario, di gustosa lo que pueda acarrearte alguna confusión, y regocíjate de ser siempre la última, de servir y no ser servida...

Así curarás la ceguera de tu alma, hija de mi Corazón; así verás la luz, y lo que es más; al que es Luz de luz. Sólo por los anteojos de la humildad podrás llegar a contemplarme.

Gracias, mi Jesús adorado; desde este instante voy a poner por obra tus celestiales enseñanzas. Me humillaré para verte, y, viéndote, quedare presa en las redes de tu Hermosura, sin separarme de Ti jamás. Eso te pido, eso deseo por intercesión de María Amén.

13. NO SOLO DE PAN VIVE EL HOMBRE

Quiero, Jesús mío, que mi alimento sea hacer tu voluntad: esa voluntad adorable, que debe constituir mi vida entera. Quiero que tu

voluntad, Señor, sea para mí un paraíso, a pesar de los sacrificios que me exija; ¿que importan éstos, Señor, si los sufro por tu amor?

Toda pena desaparece ante mí; pensando en Ti, se me acaban los temores; y toda mi inmolación me parece suave cuando en ella contemplo tu voluntad.

Señor, dame espíritu y quítame toda sensualidad.

Quiero cercenar todo aquello en que pudiera hallar placer mi cuerpo, no buscando nunca contento ni en mi ni en las cosas, no procurando jamás una satisfacción, ni un aplauso de los hombres. "Sin todo esto, mis protestas de amor a Dios **no pasarán de ilusiones".**

¡Oh Señor, Señor! si no amara la mortificación, tendría motivo para desesperarme Necesito ser ingeniosa, Jesús mío, en castigarme, renovando mis sacrificios sin cesar, para llegar a esa vida espiritual, a esa vida divina, de la que el alma se alimenta.

Necesito, Jesús Eucaristía, esa vida de intimidad contigo, esa presencia constante del Amado; quiero aspirarte y respirarte injertada en tu Corazón.

Necesito de Ti, Jesús del alma, para vivir, para ser pura, para santificarme. No quiero de otro pan sino del Pan de vida que quita toda hambre y toda sed: de ese Pan inmortal, cuyo germen fecundiza para el cielo.

No quiero alimentarme de las bellotas del mundo, de las cebollas de Egipto; anhelo un alimento que hace santos, que nutre a lo divino, que engendra vírgenes; y ese alimento es el Pan del alma, eres Tú, a quien anhelo recibir a cada instante y en cada latido y respiración.

No vivo ciertamente de las cosas materiales; éstas desecan y destruyen el espíritu; no nací para nutrirme de la tierra, y tierra es todo lo que **no eres Tú,** Jesús de mi vida.

Pero ¿es posible que Dios haga su morada en un cuerpo tan vil, en un alma tan terrena, tan miserable y tan ingrata? Sí, por dicha mía, todo esto es **divinamente** cierto. "Apartóse de Dios el hombre, y vino el Dios

del cielo a hacerse hombre, para juntar al hombre con Dios y a Dios con el hombre!... " ¡Oh Señor, Señor! ¿Cómo, con qué corazón podré agradecerte tantas bondades?

¡Oh María! Tú que viviste de tu Jesús, íntimamente unida con Él; haz ¡oh Madre! que con los dos viva yo unida también, crucificándome por su amor. Amén.

14. ¿QUE QUIERES, SEÑOR, QUE QUIERES?

Habla, Jesús mío, que tu pobre sierva te escucha, yo, que cifro mi dicha en complacerte, sólo quiero conocer tu voluntad y volar a cumplirla.

¿Quieres que sufra, que padezca, que se me exprima el corazón, ahogándome en un mar de dolor? Yo quiero sufrir y padecer para transformarme en Ti.

¿Quieres darme consuelos y delicias, y que viva querida y estimada por lo que no valgo? Lo acepto también, Jesús querido, pues que no tengo otro anhelo que hacer siempre y a cada instante tu divina voluntad.

Yo amo la Cruz, Jesús de mi corazón, no tanto por ser cruz, cuanto por venir envuelta en ella tu voluntad, que adoro.

¡Oh voluntad santísima, amor de mis amores, cuánto te amo! Dame que la atienda, Señor, para cumplirla en todas partes.

¿Quieres que viva en la inacción, llevando un mundo de ensueños por tu gloria dentro del alma? Pues yo acepto esa inacción, esa impotencia, siendo mártir de deseos por tu amor.

Quiero ligarme a Ti con una entrega total de todo mi ser: alma, cuerpo, vida, sentidos y potencias, sin derecho a pertenecerme para volverme a tomar, es decir, que pueda yo creer que algo de estas cosas son mías.

¡Oh no, Jesús mío! Sólo para sacrificártelas, sólo para eso me prestarás el derecho que hoy te otorgo, pues quiero renunciarme inmolando mi voluntad a la tuya para siempre.

Pero dime hoy qué quieres, qué deseas, Señor, pues pronta estoy a escuchar tu divina voz y a seguirla sin vacilar.

—Quiero, hija mía, tu corazón vacío de criaturas y de ti misma.

Quiero ser Yo el único objeto de tus ansias y de tu amor.

Quiero de ti una fidelidad suma en mi Servicio. Y ya que tu voluntad quiere ser la mía ya que quieres regalarme, ¿sabes cuál es mi hambre, la necesidad, diré, de tu Jesús? Sólo una, hija de mi corazón, sólo una: la de almas víctimas, que en mi unión se ofrezcan en sacrificio por los pecados del mundo.

Eso quiero de ti: olvido propio y celo por las almas; pureza angélica y martirio continuado en favor de ese mundo que se hunde en los vicios.

Quiero amor, quiero pureza, quiero dolor, te quiero a ti, alma a quien tanto amo.

—¡Oh María, si, sí, ayúdame a dar a mi Jesús **amor, pureza, y dolor,** el alma y la vida y cuanto soy, y tengo, y pueda tener! Amén.

15. AMOR

¡Oh, Jesús, Jesús, Verbo Divino de mi vida, de mi existencia, de todo mi ser, que me absorbes, que me sumerges dentro de Ti, que me enloqueces, que me enamoras, que me liquidas, que me anonadas con tu alejamiento incomprensible! ¿Qué te diré?...

¡Ah, Señor! ¿Te diré que te siento, que te respiro, que te poseo, que te toco, que te adoro, que te amo? ¡Oh, sí, mil veces sí! que te amo, y que me muero por no amarte más, mucho más, infinitamente más, de polo a polo, de eternidad a eternidad.

Yo no tengo más amor que Tú, mi Bien Sumo, mi Vida, mi Cielo, mi Querer; y todos los otros amores, grandes en los límites de la criatura, puros y legítimos en su procedencia, santos y divinizados con tu contacto, a Ti también te pertenecen.

Me siento perdida, condenada, dentro de tu Corazón. ¡Jesús, Jesús de mi existencia toda! Me quemo, me abraso, me tuesto, me derrito, ¡ay, Dios mío!, y no sé cómo no me hago cenizas con tu acercamiento.

Miro, y remiro, y vuelvo a mirar esa Hostia consagrada, y su blancura me deslumbra, y sus resplandores hieren el fondo de mi alma haciéndola contemplarse en toda su deformidad.

¿Quién se ve puro ante la misma Pureza?... ¿quién, sin mancha ante la nitidez de Jesús?

¿Quién con humildad ante el Verbo divino bajo las apariencias de pan?

¿Quién puede decir que sufre ante el "Varón de dolores"?

¿Quién podrá creerse inocente ante el Cordero Inmaculado?

¿Quién, mártir, por fin, ante la sacrosanta Víctima del Calvario?

¡Ah, Señor, Señor!, sólo vergüenza, sólo rubor y anonadamiento debiera yo sentir en tu presencia; pero también siento **amor,** y un amor de fuego, que **une** consumiendo toda la basura de mi pobre corazón; amor purificativo, transformativo, que arranca de la tierra y trasplanta al cielo de esa purísima Hostia que encierra un horno da Caridad.

¡María, Reina del Amor Hermoso!, quiero amar a mi Jesús sin medida, como Tú le amaste; alcánzame de tu Divino Hijo que mi amor sea como el tuyo, purísimo, ardiente, doloroso, fiel y constante hasta más allá de la muerte. Amén.

16. PIENSO EN TI

¿Y cómo no, si eres mi Amor, Jesús Eucaristía? Mi primer pensamiento, al despertar, es para Ti, Amado de mi alma: y el último, al perderme en el sueño, es para esa Forma sagrada anhelando el nuevo día para acercarme a Ti y poseerte en la Comunión.

Y no sólo en esos dos términos pienso en Ti, mi Jesús adorado, sino que en todos mis latidos te busco... en todas mis respiraciones te anhelo... en cada palpitación te envío mi vida.

Pienso en Ti antes de que la aurora venga... antes de que los pajaritos te saluden. Pienso en Ti al calor del mediodía; y cuando las sombras de la noche vienen a envolverme, es mi luz tu recuerdo .. es mi lámpara tu amor...

¡Oh Jesús Eucarístico! ¡oh mi Hostia consagrada! ¡oh custodia envidiada, bendito copón de mi vida, cuánto os ama mi corazón! El Sagrario es mi delicia, y cerca o lejos, no lo pierdo de vista, porque encierra al que es mi Amor.

Yo te sueño, Jesús, en tu Sacramento de amor, y en mi mente te acaricio desde que despierto. Si oro, es para buscarte, y si me sacrifico, es para agradarte...

En mis dolores pienso en Ti, y mis alegrías son amargas si Tú no participas de ellas.

Cuando veo que te ofenden, se me despedaza el alma, y cuando te veo alabado, yo me gozo sin fin.

¿Cómo no pensar en el que es mi pensamiento dominante, el Rey de mi mente y corazón?

¿Cómo olvidar ni un solo instante a ese Jesús tan dulce, tan divino, amoroso y puro? ¡Oh, qué embeleso de Jesús, qué Hermosura, qué Primor!

Si yo supiera, Bien mío, que todos los martirios, y millones más, te arrancaban siquiera una sonrisa o te daban un pequeño placer, yo me arrojaría a ellos sin vacilar, con todo el corazón, para alcanzarlo.

Ese modo de amarte es como la esencia de mi vida; darte consuelo es mi misión, Jesús, olvidándome de mí para pensar en Ti; éste es el secreto para recordarte: **no recordarme a mi.** Así, y sólo de este modo, yo puedo pensar en Ti, **olvidándome de mí,** repito, ocupando Tú mi lugar en mi mismo pensamiento y corazón.

Concédeme siempre esta gracia, Señor de mi vida: que piense tan a menudo en ese Cielo de mi existencia, en ese Calor de mi alma, en ese Sol de mis amores, que no sepa ya vivir ni tener un solo aliento fuera de Ti. La Santísima Virgen no te olvidó ni un solo instante, Jesús mío. Pues dame su mente para que ni un instante se aparte de Ti mi corazón. Amén.

17. ANDA Y NO PEQUES MÁS

Así me dice Jesús cada vez que voy a confesarme: "Anda y no peques más".

¡Qué bondad del Corazón de mi Amado! ¡Yo quiero corresponder a esa delicadeza con un alma limpia, con una vida de mártir, con un corazón de ángel!

Estas palabras del Señor me enternecen en extremo. ¡Qué delicadezas del Corazón de Jesús! ¡qué caridad y ternura, propia sólo de un Dios!

¿Cómo correspondo yo a ese Piélago de bondad? ¿Qué frutos saco de mis confesiones? ¿Llevo siempre a ellas los mismos pecados, faltas e imperfecciones?

Realmente, después de escuchar estas palabras dulcísimas de Jesús, ¿no he vuelto a pecar?

¿He conservado esa paz que sólo trae la tranquilidad de conciencia en mi alma, o me la he dejado arrebatar de mil modos?

¿No he abusado muchas veces de ese Sacramento en el que se ahoga el alma, se limpia y purifica en la misma sangre del Cordero sin mancha? Al llegar a los pies del Sacerdote, ¿cuántas veces he ido más bien a buscar consuelos, que a arrepentirme y llorar mis faltas y pecados?

¡Oh, cuántas veces, en este lugar santísimo, me he buscado a mí misma... he tenido miedo de descubrir la miseria que soy!...

¡Cuántas y cuántas he paliado mis imperfecciones, he murmurado de otros, he buscado agradar al confesor, y me he olvidado del dolor y de la voluntaria humillación que ahí debe existir!

Quizás muchas veces he ido, aun con lo más espiritual, a buscar alabanzas, preferencias y disculpas; y cuando esto no he encontrado, me he levantado triste y con desabrimiento interior, por no haber quedado mi amor propio satisfecho.

¡Ay Jesús, mi Jesús Hostia! ¿cómo no me avergüenzo y ruborizo ante tus purísimas miradas, en este altar?

Perdón, Señor, perdón de mi poca delicadeza para contigo de mi mucho orgullo hasta en lo más sagrado.

No volveré a pecar más, Jesús del alma; te lo ofrezco avergonzada y confundida. A tus pies, en el sacramento de la Penitencia, iré como penitente humillada, y sólo implorando tu misericordia infinita. Seré sencilla, seré franca, y te pediré siempre esa gracia, tan poco común, "de marchar derecho con Dios y de ser sincera con Él!

¡Quién lo creyera! Pero es una triste realidad, ésta de no ser sincera con Él: lo que yo quiero a toda costa arrancar por intercesión de María. Sí, Madre mía querida, haz que yo ame mucho para que se me perdone mucho, todo, porque he sido una gran pecadora y quiero ser santa. Amén.

18. ¿A QUIÉN HEMOS DE IR?

Tu tienes palabras de vida eterna, y yo no quiero escuchar ya otra voz que la tuya, ¡Jesús del alma! ¡Atrás todos los sonidos mundanales!

¡lejos de mí todos los ecos de la tierra!

¡Háblale Tú a mi corazón, Vida de mi vida, Palabra divina, Verbo adorado! No me hablen las criaturas, es decir, no resuene su voz de adulación y de mentira dentro de mi alma.

No escuche yo a Satanás con sus tentaciones malignas de orgullo, de despecho, de antipatías, de ocultamiento y de envidia.

No me escuche a mí misma, Jesús mío adorado, con mis montañas de amor propio, con mis torres de imaginación, con esos humos de pasiones no vencidas, que todo lo ofuscan y ennegrecen.

¡Oh mi Eucaristía adorada! ¡oh Jesús manso y humilde de corazón! háblale al mío, y calma las tempestades que lo agitan.

Una sola palabra tuya, y la paz volverá a él.

Habla, mi Bien, habla, que tu pobre sierva te escucha; di una sola palabra, y mi alma quedará sana y salva.

¿A quién he de ir, Vida de mi vida, sino a Ti, que eres la Vida eterna? ¿Quién puede comprenderme sino Tú, Jesús adorado? ¿quién darme luz, gracia, fuego, esperanza y virtudes, sino el que es todo esto, y más, infinitamente más, todo Caridad y ternura?

Cuando me sienta ahogar en un mar de dolor, cuando las aguas de la tribulación inunden mi espíritu, ¿a dónde he de ir a buscar el puerto, sino a tu Corazón, Cielo y Arco Iris de mi alma?

Cuando las desolaciones y los desamparos me tuesten, ¿en donde encontrar refrigerio, sino en tu preciosísima Sangre, que refresca los ardores del alma deleitándola?

Cuando la debilidad y el desaliento me dominen, cuando las tentaciones me cerquen por todas partes, ¿a quién he de acudir, sino al que es la fortaleza misma?

Cuando la soberbia tienda a envolverme cuando las preferencias me torturen, cuando el amor propio todo me lo abulte. ¡oh Jesús, Jesús

mío!... ¿a quién he de buscar sino al humildísimo Cordero, manso y bondadoso, todo ternura y suavidad?

Y cuando los consuelos ensanchen mi alma y la paz y la dicha habiten en mi corazón, ¿a quien iré también sino a Ti, para gozar a tu lado?

En todas ocasiones, Hechizo mío, iré siempre a Ti, y, como María en todos los actos de su vida, me estrecharé contigo, corazón con corazón, alma con alma Amén.

19. YO, NADA; LA GRACIA DE DIOS CONMIGO

¡Qué gran verdad! Yo, nada, impotencia y debilidad soy; pero con la gracia, con la fe. Con el amor, todo lo podré, hundiéndome y desapareciendo en mi pequeñez y en mi nada.

Mas ¿cómo alcanzaré esa viva fe que transporta las montañas, esa gracia que es tan poderosa, ese amor que se eleva por encima de todas las criaturas y cosas?

Sólo por medio de la oración, porque en ella se encuentran escondidas esas tres fuentes que saltan hasta la vida eterna.

Cuando Dios obra en el alma para hacerla santa, se reduce a simplificarla, y sólo se simplifica orando, descortezando la propia voluntad y cortando todo lo que sobra de criaturas y de sí misma.

Las almas que sencillamente van con el fin de humillarse y de agradar al Señor, éstas se encaminan a pasos agigantados a la perfección.

—Señor, enséñame lo que quieras que te diga—le dijo un día Santa Margarita.

—Nada más—respondio Jesús— que estas palabras "Mi Dios, mi Único y mi Todo".

Pero ¿quién penetrará, ni en una ni en mil vidas, lo que estas divinas palabras encierran?

Si pudiéramos (dice Santa Juana Francisca) en verdad decir estas dos palabras **mi Dios y mi Todo,** jamás nos fastidiaríamos en la oración, porque, cuando nos diera el fastidio, estas dos palabras nos embelesarían...

"¡Dios, todo; yo nada!" En estas otras dos palabras se pasaba las noches y los días San Francisco de Asís en altísima contemplación.

¿Y por qué yo, Dios mío, aunque tan miserable y tan vil, no podré pasar a tus pies muy fervorosas adoraciones, diciendo: "**Yo nada...,** pero la gracia de Dios conmigo, todo"?

¡Señor, Señor! dame espíritu de oración para alcanzar, con la gracia que ella derrame en mi alma, todas las virtudes.

"Si en la oración Dios nada os da (dice San Francisco de Sales), si no podéis hacer otra cosa, adoradle, adorad su presencia... sus caminos... sus operaciones... No son necesarios para esto grandes pensamientos; mejor le adoráis en el silencio, que discurriendo".

Si nada absolutamente puedes hacer, sufre; porque lo que no hagas **obrando**, lo harás **padeciendo.** Por tanto, cuando nada podamos hacer abracémonos a la cruz, que algún día, **no yo, sino la gracia de Dios conmigo,** cuando a Él le plazca, todo lo podremos.

¡Madre mía, más que madre, que, familiarizada con el Espíritu Santo, jamás dejaba tu corazón de orar! Dame esa intimidad que con Él tuviste, para no apartar mis ojos del cielo.

20. YO SOY LA LUZ DEL MUNDO

Sí, Jesús mío, el que te sigue, no anda en tinieblas Tú eres la claridad de mi corazón la lumbre de mis ojos, la aurora de mi vida, el Sol de mi existencia, el Dios de mi alma toda; y tus irradiaciones me queman al acercarme a Ti.

Tú eres mi Luz, Señor; la que con sus destellos celestiales iluminan los pasos de mi vida.

Tu eres mi Cielo entre las negras sombras que voy cruzando.

¡En las obscuras noches de mi espíritu, eres Tú mi esperanza, Jesús adorado! y en los inviernos de mi alma, a Ti acudo buscando calor y abrigo.

El mundo se pierde porque huye de tu luz...y huye por temor de verse descubierto en sus negruras.

El mundo y las almas andan en tinieblas, porque huyen de la Cruz, y la Cruz es luz, es fuego, es amor, es Jesús mismo transformado en ella. Por tanto, el que se aleja de la Cruz, de Jesús se aleja, y ¿quién es el que, lejos de Jesús, no es ciego y no cae?

¡Cuántos ciegos existen, Dios mío, en el mundo y aun en las religiones, porque no aman la Cruz ni en ella se sacrifican!

No incendian sus almas en ese divino combustible, en ese santo leño, y los engañosos fuegos fatuos del mundo los envuelven, haciendo sus tinieblas más densas.

¡Oh Cruz, bendita Cruz, amada Cruz de mi vida! De veras mi corazón se derrite en ansias vivas por estrecharte; yo deliro con tu recuerdo y no anhelo otra felicidad que cruz y más cruz, dolor y más dolor. ¡Quisiera poder abarcar en mi alma miles y miles!

Quiero sufrir para que la luz del cielo me ilumine; tengo hambre de padecer para llenar ¡oh, sí! la medida del dolor que me cupiera en suerte.

Tengo en mi alma, Jesús, Jesús Eucaristía, un hueco que no se llena, una sed de martirio que no sacia, un ímpetu de sacrificio que crece y se desborda, anhelando la cruz que es luz.

"Vine a traer fuego a la tierra, y ¿Qué quiero sino que arda?..." Y si ese fuego lo produce la Cruz, ¿cómo no ansiar crucificarme en ella?

¡Oh, Luz del mundo, Luz de mi alma, Jesús crucificado! Clávame al reverso de tu misma Cruz, y ahí, con las irradiaciones de tu Corazón de

fuego, ilumina mi inteligencia para conocerte y conocerme... para amarte y aborrecerme. .

¡Esposa del Espíritu Santo, que es la Fuente de toda luz! Envíame ese Santo Espíritu, esplendor del Padre, que ilumine mi camino para el cielo. Amén.

21. NO TE DEJARÉ HUÉRFANA

¡Oh hija mía, hija de la Cruz de mi Corazón! podrán faltarte tu padre y tu madre, pero Yo no te faltaré...

Muriendo, no te dejaría huérfana, y de día y de noche siempre me encontrarías en los altares.

Con la ternura de mil madres, el Cenáculo alivió mi Calvario, pensando en que en Mí tendrías siempre un padre y una madre, y que nunca estarías sola en la tierra...

Por eso, si mi Pasión fue horrible padecimiento, lo que endulzó mis penas fue ya la Eucaristía...

Yo quería, hija de mi alma, que, en ese Sacramento, mi Cuerpo destrozado y mi Sangre derramada fueran tus más puras delicias...

Lo **quise...** y en aquellas supremas horas de angustia indecible, el pensamiento de tu felicidad, por la Eucaristía, aumentaba en la Pasión mi fuerza y mi valor. Por eso mi institución precedió inmediatamente a mis dolores.

¿Cómo no aliviarme el pensamiento de hacerte feliz, hija mía, viviendo siempre a tu lado?

Por eso canté alegre al encaminarme al Huerto de los Olivos... y en los crueles momentos de mi Pasión pensaba continuamente en las dulces esperanzas del Cenáculo...

Cuando mi cuerpo estaba desgarrado y cuando mi sangre se

derramaba toda, me gozaba, fíjate, hija de mi Corazón... me gozaba en ser molido como el trigo y prensado como la uva, haciendo el pan y el vino de Mí mismo, con que tú alimeltándote, te regalaras.

Antes de que la muerte me separara de la tierra, había renovado y multiplicado mi vida en los altares...

Muriendo ¡oh hija tan amada de mi alma! **no te dejaría huérfana...** y en todos los días y en todos los instantes, desde un extremo a otro del mundo, se levantarían al cielo estas palabras de los sacerdotes: **"Este es mi Cuerpo", Esta es mi Sangre",** y Yo me complacería en ser Víctima constante por tu amor.

¡Oh Jesús, Jesús, mi Jesús Eucaristía! Déjame, absorta, contemplar ¡ay! tanta caridad.

¡Oh María! Jesús no te dejó huérfana, se quedó contigo en la Eucaristía, después de la Ascensión, consolándote.

Me uno a Ti con toda mi alma para agradecer y amar a esa Hostia consagrada. Amén

22. DAME DE ESA AGUA

Tengo sed, Señor, de esas fuentes milagrosas, que la apagan para siempre; sed de tu Sangre para alimentarme, de tu agua para purificarme.

Tengo sed de humildad y de sacrificios... sed de cruz y de Calvario, sed de cielo y de Eucaristía... sed de amor, sed de Ti, Vida de mi vida; sed de Ti, que eres el mar de mis esperanzas, el río de las gracias infinitas, el gozo de la ciencia de la Cruz, el manantial de toda consolación y la fuente de toda pureza.

¡Oh Jesús, Jesús mío del alma! Tú eres Señor, el piélago de toda belleza, dulzura, ternura, grandeza, fulgor, consuelo, encanto. ¡Rosa de una Rosa, Azucena de una Azucena, Lirio de un Lirio, Jesús de María!

¿Cómo no apagar mi sed Contigo, mar y fuente, y río, y diluvio de todos los amores?

Eres, mi Jesús, "Grandeza de todas las grandezas, Dulzura de todas las dulzuras, Pureza de todas las purezas, Ternura de todas las ternuras, Belleza de todas las bellezas, Fulgor de todos los fulgores, Consuelo de todos los consuelos, Hechizo de todos los hechizos, Amor de todos los amores".

Eso y más eres! divino Jesús mío; ¿cómo, pues, no tener sed de Ti, Cielo del cielo?

Sed tengo de Ti sacramentado, tengo sed de Ti crucificado. ¡La Comunión y la Cruz serán las que calmen el ardor insaciable que me devora !

Quiero recibirte, Señor, en cada latido y respiración, quiero crucificarme a cada instante de mi vida; quiero subir por la Cruz a sorber la herida de ese Corazón divino, clavado en ella... quiero amor... quiero dolor..

¿Me escuchas, Jesús Eucarístico? Óyeme por piedad, y calma el incendio que me consume de más amar y de más sufrir.

Tengo sed de virtudes, Señor, que no poseo. .Tengo, ¡oh, si! y muy viva y ardiente, **sed de almas** que te amen, y que te adoren, y que cifren toda su ventura en crucificarse por Ti.

Esa sed me mata, Señor, cálmala por piedad, dándome millones para dártelas.

Tengo sed, sobre todo, de calmar la tuya, Jesús, con una, con mil almas perfectas; sed de consolarte, que eso has venido buscando en ese trono de amor.

El mundo te amarga y yo quiero darte de **un agua** que la Cruz destila, y que se compone de **pureza y dolor;** esa tendrás aquí, Bien mío, pero antes dámela, para gozarme en ofrecértela, calmando con esto la sed mía.

¡Oh María, madre de todas las almas! haz que yo las ame más y más, y me sacrifique también por su salvación. Dame de esa agua, Virgen santa, que brotó del Corazón de mi Amado. Amén.

23. NO JUZGUEIS, Y NO SEREIS JUZGADOS

Esto dijo el Señor, a su paso por la tierra; y yo, ¿he sido fiel en cumplirlo? ¿Ha brillado siempre mi caridad para con el prójimo? Y aun para con el mismo Dios, ¿no he juzgado a veces sus santas disposiciones criticando, si no exterior, sí interiormente, los acontecimientos ¡tantos! de mi vida?

Las acciones ajenas ¿las he interpretado siempre con bondad?

Los actos, aun de mis Superiores, ¿siempre han tenido mi aprobación?

¿He sometido mi propio juicio, sometiendo mi inteligencia y voluntad, con una perfecta docilidad y obediencia?

Delante de otros, ¿no he dado un parecer contrario, creyéndolo mejor y más oportuno y sabio que el de los demás?

¡Oh Dios mío! pongo la mano en mi pecho, y no puedo menos de sonrojarme al ver mi culpabilidad en muchas formas.

No juzguéis; a Dios solo pertenece el derecho de juzgar, he leído mil veces; mas por esto, ¿he sido más cauta en dejarme llevar de la imaginación y de la lengua?...

"Con la medida que midiéreis seréis medidos", dijo también el Señor; y yo tiemblo, Jesús mío, con esa medida, porque culpable soy.

¡Oh, no! ¡Cielo de mi alma! ¡Yo no quiero tener otra medida sino la de tu amor y de tu Cruz que no tiene medida! Olvida mis ingratitudes echa al fondo del mar mis maldades; pon en tus espaldas mis deslealtades; borra por piedad con tu preciosísima Sangre, mis pecados, y perdóname el sinnúmero de malos pensamientos y de torcidas interpretaciones.

¡Cuántos temerarios juicios y cuántos errores sobre el particular he tenido que lamentar!

Por tanto, de hoy en adelante sólo me juzgaré a mí misma y sin compasión, no viendo la paja en el ojo del vecino, sino la viga en el mío.

Dame, Señor, esa caridad, esa bondad que tiene más de Ti que del hombre, esa bondad que es la más noble porción de nosotros mismos, que todo lo disimula, lo atenúa y lo perdona.

Es preciso hacerme guerra y no familiarizarme con mis defectos y desfavorables juicios.

En todos mis prójimos verá la imagen de Dios, y los amaré **a lo divino,** que este es el gran secreto de la Caridad.

¡Virgen santísima, Reina de la caridad, haz que te imite siempre, no juzgando a nadie y dejándome juzgar de todos, sin quejarme jamás! ¡Oh María, cuán culpable soy!

24. MIRADA

¿Cuándo un alma puede mirar a Jesús en su Sacramento sin avergonzarse?...

Sólo cuando le ama, cuando esta limpia, pura o purificada, cuando se ha sacrificado y humillado por su amor.

Porque un alma soberbia, sensual y manchada, jamás puede mirar a Jesús sin ruborizarse, ni retratarlo en sus pupilas, ni reflejarlo en su corazón...

Para estas miradas de unión, o que unen con el Amado, son indispensables muchas Virtudes.

La humildad, porque ¿quién es digno de mirar a Jesús?

La pureza, porque el Señor aparta sus ojos de lo manchado.

La pobreza de espíritu, porque Dios no mira ni se deja mirar, ni menos desciende al alma que no cree necesitarlo.

La obediencia, porque sólo esta virtud hace dóciles a las almas como niños, y Él dijo: "Dejad que los niños se acerquen a Mí".

El dolor, porque Jesús busca ese reflejo, ese su color y parecido en las almas adoradas que van a visitarle Él busca su fisonomía del sacrificio en las almas. . en los cuerpos. . en sentidos y potencias, y en los corazones de sus hijas, deleitándose en encontrarla. .

No puede Jesús, este Jesús Eucaristía, ver el sello de su Cruz en las almas que vienen a sus pies, sin sonreír, sin dejar de mirar, ni apartar su vista de esta parte escogida, que voluntariamente se le asimila

¿Qué digo, yo, amante de la Cruz, adoradora constante? ¿vengo aquí a los pies de este altar, a la luz de estos cirios, con las condiciones antedichas?

¿Soy humilde, pura, mortificada, pobre, obediente y amante de la Cruz en cualquier forma, crucificándome sólo por parecerme a Jesús, sólo porque lo amo?...

¿Tengo las cualidades del niño para sentirme con derecho de venir a mirarle... a beber de sus labios las enseñanzas... a reclinarme en sus rodillas... a envolverme con su manto... aspirando de su Corazón luz, gracia, vida, fuego, amor y todas las virtudes para mi y para otros?

Medita, alma mía, arrepiéntete que tus miserias. ., propón lo que has de hacer, los medios que vas a tomar y al alejarte de aquí, llévate los ojos de Jesús para mirar como Él miraba.

¡Oh María! considero, enajenada, cómo mirabas Tú a tu Jesús, y cómo te miraba Él... Hazme digna de mirarlo siempre como Tú, es decir, con pureza, con humildad, con ternura, con amor. Amén

25. CARIDAD

¡Eso necesito, Jesús mío Eucaristía! de eso tiene sed mi alma, y viene a beber de la Fuente divina, de esas cristalinas aguas que brotaron de tu costado, lavando, limpiando, curando, perdonando.

Fuente de caridad eres, Señor, y yo quiero saciar mis ardores en ella y para saber, con su virtud, compadecerme también de mis prójimos... disimular sus defectos... perdonar sus faltas y olvidar sus ingratitudes.

¿Cómo veré, Jesús mío, esa serie de miserias ajenas, esos defectos con que roza mi alma a cada paso, esa dureza con que a veces tropiezo, esas pasiones momentáneas de que está lleno el pobre corazón?

—Siempre con caridad, hija mía; siempre imitando a tu Modelo, que pasó por la tierra haciendo el bien... y de quien se dijo: **"La Bondad ha aparecido en el mundo..."**, **y que te dijo: "Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón"**

¿Cómo verás, hija amada de mi Corazón, los defectos ajenos? Siempre con pureza de intención, es decir, sin pasión.... sin preferencias... viendo a la criatura en Dios y a Dios en la criatura.

Debes recordar a menudo sus cualidades... debes estar siempre tan sobre de ti, con el dominio propio, que con disimulo santo debes dejar pasar el primer choque de sus defectos en tu alma, y procurando en la calma, sin el amor propio que siempre abulta, encomendarla a Dios

Con humildad profundísima debes pensar que, tú eres o pudieras ser, sin tantas gracias de mi parte, mucho peor...

Debes pensar que, a la hora de aquella falta, fue sorprendida por el enemigo... Puedes creer que no tuvo luz, y que Yo lo permití para ejercitar tus virtudes;... ¿Y por qué no?

Vive más alto, hija querida, de todas las miserias humanas, de las cuales tú también estás llena. Levanta tu vuelo con miras sobrenaturales...

y que no manchen tus alas ese polvo y lodo de la tierra.

¡Humilde y caritativa! Eso debes ser, y esas virtudes muy particularmente debes practicar.

Jamás vengas, a mi presencia, manchada. ¡Amor y humildad! Vamos, hijita, ejercita esto, que Yo te ayudaré.

¡Oh María, nuestra Madre! también se puede decir de Ti: "La bondad ha aparecido en el mundo". Haz que te imiten tus hijos y tus hijas, siendo, como tu Jesús, "mansos y humildes de corazón". Amén.

26. MUCHOS SON LOS LLAMADOS.

¿Y por qué, mi buen Jesús, son tan pocos escogidos?

¿Por qué, de mil almas que llamas a la perfección, apenas hay diez que responden a tu voz?

—Porque no aman la Cruz ni en ella se sacrifican... porque las espanta el padecer... porque no me aman lo suficiente...

Yo amo, hija mía; pero ¿quienes son los que me escuchan, los que tienen el corazón limpio y los oídos dispuestos para oír mi voz? Muy pocas son las almas que, vacías de sí mismas, mortificadas y humildes, se me entregan sin reserva y se prestan a **dejarse** hacer, correspondiendo a mi llamamiento.

Las almas escogidas son las humildes de corazón. A éstas Yo les doy una luz de propio conocimiento, que las hace empaparse de su nulidad y ser felices; comprenden que merecen mil infiernos, y que todo lo que eso no sea, es favor de Dios y de las criaturas; con esto hacen expiar a sus pies su loco orgullo.

¡Con qué claridad palpan su indigencia, su debilidad, su no ser, devolviéndome lo mío y quedándose gozosas en su miseria!

Estas son, hija mía, las almas escogidas entre las llamadas; las que han entendido el lenguaje de la Cruz y lo han puesto en práctica, las que,

muertas a sí mismas y a todo propio querer, viven sólo de mi vida de víctima, abandonadas a mi voluntad

¿Quieres tú seguirme muy de cerca?

Toma tu cruz y renúnciate por amor.

Las almas escogidas son almas ocultas, de esas que, pasando inadvertidas para el mundo, envían al cielo todo su perfume.

Las almas escogidas son almas puras, desligadas de la materia a fuerza de vencerse, libres de las cosas de la tierra y aun olvidadas de sí mismas; esos corazones puros no pueden más que amar, porque llevan en ellos a la fuente del amor, que es Dios.

¡Oh hija, hija querida! Cuando un alma es enteramente pura, el cielo entero la mira con amor, y el Espíritu Santo reposa en ella como en un lecho de rosas.

¿Quieres, pues, entre las almas llamadas ser escogida? Sé pura... sé amante, y sé mártir, abrazada de María y protegida bajo su manto.

Ama hasta el delirio y sufre hasta el martirio.

¡Oh María! aunque indignos, hemos sido escogidos. Haz que, amando la Cruz como Tú y sacrificándonos en ella, seamos cada día más y más dignos de nuestro Jesús crucificado. Amén.

27. ¡ALMAS! ¡ALMAS!

Ese es el grito de mi corazón, Jesús mío, al acercarme a tu Sagrario; ése es también el eco de tu Corazón divino que repercute constantemente en el mío. Este es mi martirio mayor, Jesús Eucaristía de mi vida; el sentir que me pide tu divino pecho "¡almas!" y no tener a mi disposición millones para ofrecértelas.

"¡Almas!" me dice cuanto veo, cuanto oigo, cuanto toco. Ese grito me despierta por la noche, y yo no tengo, Señor de mi vida, sino una que

darte: la pobre mía, ofreciéndose en inmolación, con el fin de que millones de salven y te den gloria.

¡Oh celo comprimido, amor de mártir, que se muere por darte lo que no tiene: lo que causa su mismo martirio!

¡Oh dolor sobre todo dolor, al verte, Jesús mío, ultrajado, abandonado, herido y despreciado!

Pero ¿acaso yo puedo levantar mi frente inculpable delante de este altar? ¿no he desgarrado tantas veces tu Corazón con mi deslealtad e ingratitud?

¿En dónde están las pruebas del amor que te tengo, ¿qué he hecho hasta ahora por Ti? ¿en dónde están las victorias sobre mis malas inclinaciones?

De tu parte, Señor, humillaciones, trabajos, espinas, clavos, silencio, amor; y de la mía: ¿qué?.. rubor me causa decírtelo: Tú sabes lo que he sido, lo que soy; pero con tu gracia, de hoy en adelante yo te daré consuelo con mi alma pura, humilde y mortificada. Siquiera la mía, la bruñiré, Jesús del alma, para que Tú en ella te reflejes.

Pero también, aunque no lo merezco, dame, para darte, almas puras y candorosas, valientes y ansiosas del dolor.

Yo no soy sino polvo y ceniza, pero ¡ah, mi Amor amadísimo! inclina tu oído y escúchame, concediéndome hoy lo que con ardor te voy a pedir.

Yo te ruego, Jesús, Jesús de mi vida, que ames a los que te aman; que abras tu Corazón a los que no llaman a tus puertas, y que cures a los que, lejos de pedirte salud, se complacen en envenenar sus llagas. ¡Ah, Señor! no atiendas a su ceguedad e ingratitud, y piensa sólo en la Sangre que por salvarnos derramaste. Detén a tus enemigos, haz ostentación de tu divina clemencia, y sálvalos. Ya que no quieren ir ellos a Ti, ve Tú a ellos, mi Jesús adorado, y a todos perdónanos por piedad.

Así me vas a dar almas que darte, así vas a enjugar mis lágrimas por tantos como se pierden... Sí, Jesús mío, esas almas, que sean para Ti,

aunque me cuesten la sangre y la vida; pero, sobre todo, ten compasión de la mía, que ya será tuya para siempre. Amén.

28. ¡QUE ENVIDIA!

Me dan, Señor, esos ángeles que te hacen guardia, envidia, santa envidia, porque ellos jamás se separan de tu trono.

"¡Quién fuera ángel!" me repito a menudo, cuando tengo ¡ay! que arrancarme de tu lado.

Pero ¿yo ángel, si no soy pura? ¿Yo ángel, siendo lo que soy? Por eso no merezco, Bien mío, hacerte compañía; por eso tengo que retirarme de tu altar.

Mas ¿qué digo? yo puedo ser ángel de muchos modos. Yo, con la pureza de mi alma, no tendré rubor de hacerte compañía. Yo seré también tu guardia, tu compañera, Jesús del alma, y velaré día y noche con mi corazón a esa Hostia consagrada. Yo llevaré una vida angélica sin apartarte de mi mente, adivinando tu mirar y el menor movimiento de tus ojos divinos .. yo volaré, sin tocar las cosas de la tierra, a llevarles el bien a las almas que me rodean... yo lloraré tus dolores, y me gozaré en que tengas millones de corazones para consolarte.

Haré oficio de ángel, Jesús mío, trayendo a tus pies las penas de los que padecen, para que las remedies... las faltas de los pobrecitos pecadores, para que las perdones... las virtudes de los tuyos, para que te regocijes... y mi pobre corazón ¡ah, sí! para que de el te compadezcas, aunque los ángeles no son miserables como yo.

Ellos te aspiran con sus entendimientos y viven del fulgor de tus resplandores, cierto; pero yo te **como,** yo **bebo** tu Sangre cada mañana, y te introduzco hasta lo más hondo de mi espíritu y de mi corazón.

Ellos te ven cara a cara, pero yo aprieto tu Corazón dentro del mío... yo siento en mi pecho sus latidos, yo me blanqueo y estremezco con la pureza de su contacto ¡oh mi Jesús Eucaristía, que eres feliz con la compañía, no del ángel, sino del hombre!

¡Oh Señor mío, que para habitación de los ángeles criaste un cielo, y **para la tuya** mi pobre corazón!... ¿Qué te diré?... Que quiero corresponder con abatimiento a tu abajamiento, y con amor a tu amor.

Yo sé que, para ser ángel, tengo que vivir unida a Ti por medio de la luz de la blancura pues purifícame, Jesús, y transforma esta negrura y obscuridad en luz, para no avergonzarme ante los ángeles que te rodean.

Seré ángel, seré tuya, con el depuramiento absoluto de todo afecto menos puro.

¡Oh María! haz que como Tú seamos los copones de Jesús, las conchas de esa Perla Divina, y amemos a Jesús como Tú, entrañablemente. Amén.

29. HUMÍLLAME

Eso necesito, Jesús mío, que me humilles de todos modos, para transformarme en Ti.

Mientras no tenga marcada en mi alma la fisonomía de la humildad, estoy muy lejos de parecértememe, y yo quiero ser tu retrato aun cuando no lo merezco.

Sea mi estado natural el estar contigo crucificada, sin creer nunca el haber bajado lo bastante. ¿Cuándo, Amadísimo de mi alma, desapareceré totalmente a mis propios ojos?

¿Cuándo perderé de vista ese **yo** que me sale al encuentro a cada paso? "Nunca seremos nada delante de Dios, ni ante sus divinos ojos, en tanto que seamos algo a los nuestros". Y con esto, Jesús mío, ¿querré de hoy en adelante otra cosa que tenerme en lo que soy, humillarme y desaparecer? . Aumenta, Bien mío, los sentimientos bajos de mí misma, que los lleve dentro del alma, simplifícame por piedad, para que conozca la nada que soy, purificándome para toda alabanza y encubrimiento humano.

¿Qué soy sino miseria? .. ¿Qué puedo si no condenarme?... ¿Qué valgo sino nada? ..¿Qué tengo sino pecados?. .

¿Y con esta convicción seré capaz de levantarme y envanecerme?

¿Qué tengo que no haya recibido?

¿Una pecadora y miserable como yo, enorgullecerme, Jesús del alma?

¡Oh Dios mío! si las gentes me conocieran, huirían de mi como de un apestado.

¡Cuánto, pues, urge a mi perfección, Jesús del alma, ser algo más que un sepulcro blanqueado! Por eso, en esta feliz adoración que me cupo en suerte, vengo a clamar a tus divinos pies, pidiéndote humildad, y humillaciones para ejercitarla.

Yo sé que señalar a Jesús es señalar la humildad, y hasta allá pretende mi amor parecérsele. De suerte que mi mayor delicia, de hoy más, consistirá en verme humillada y despreciada; buscaré con ardor el ser desconocida y el sentir que no sirvo para nada.

Jamás me gloriaré sino en mis miserias, convenciéndome plenamente de que no merezco ningún afecto ni estimación, reconociendo por justo cuanto de humillante me suceda.

Nunca me quejaré, Señor, ni excusaré mis faltas, antes bien seré feliz, si te dignas regalarme las perlas de ser el asco universal.

¡Oh Jesús mío, mi Jesús Eucaristía! todo lo que no sea infierno será favor para mí.

¡Oh María, que tanto amaste la humildad! enséñanos a ser pequeños como Tú y tu Jesús, Para agradaros. Amén

30. ¡SOY TAN POBRE!

Si, Jesús mío, muy pobre soy de virtudes, soy muy pobre de amor para amarte. ¡Por eso vengo a Ti y digo desde el fondo de mi corazón:

"¡Mira, Jesús mío, qué pobre soy! ¡compadécete de mi miseria y socórreme por piedad!"

Soy pobre de humildad y de humillaciones; ¿me las concederás? Soy pobre de paciencia y de vencimientos, ¡ah, Jesús mío! dame hoy la gracia de que aprenda de Ti la mansedumbre de tu Corazón.

Soy pobre de silencio... de abnegación, de caridad y de pureza; soy pobre, Jesús mío, ¡ay, escúchame por piedad! soy pobre de cruces, de dolor; y esto sí que no puede soportarlo mi alma.

Dame, pues, Señor, con las virtudes, esas perlas del padecer...esa fecundidad de la Cruz, esas penas que purifican, esos tormentos que contigo unifican.

Quiero llorar, Señor, para enjugar tus lágrimas... quiero espinarme para curar tus heridas... quiero un camino de Calvario para seguir tus huellas... quiero una cruz para en ella crucificarme a tu lado... quiero sus locuras para semejarme a Ti...

Señor, abre tus manos benditas y derrama sobre mí los tesoros del padecimiento voluntario; quiero sangre, quiero clavos, quiero heridas, quiero humillaciones; soy pobre de afrentas, de desprecios, de baldones, de calumnias, y tengo hambre de todas estas cosas, si, hambre de parecerme a Ti; por eso quiero que me sacrifiquen, porque el martirio, en un alma que de veras te ame, nunca puede tener término, y yo te amo, y por eso quiero calcarte en mi cuerpo y en mi alma.

Cada momento de mi vida quiero que sea una inmolación; sólo la Cruz forma a los santos, y yo no tengo cruz, Jesús de mi corazón, y yo no sufro, y me muero de sed por padecer.

¡Oh! te repetiré mil veces: mira, Jesús mío, qué pobre soy, y tenme compasión, enviándome tu cruz y tus virtudes.

¡Oh Rey mío del Calvario, poderoso y rico en dolores, en humillaciones y en lágrimas! una limosnita por amor de Dios, para quien tanto te ama y quiere sacrificarse en tu honor.

¡Oh María, Madre amadísima, tan pobre como tu Jesús y rica de todas sus gracias! haz a tus hijos y a tus hijas pobres de la misma pobreza y ricos de los tesoros de la gracia y de la cruz! Amén.

31. DOLOR...

¡Jesús, mi Jesús Eucaristía!

Chorreando sangre mi corazón, vengo hoy a tus pies bebiendo mis lágrimas, ahogándome dentro de un mar de amargura...

Pero ¿qué mejor preparación para contemplarte como Víctima de ese Sacramento adorado?... ¿No te engolfaste Tú, mi Dueño y único Amor, en mares de dolor... de tristeza... de tedio... de temor... y de cuanto era capaz una humanidad sostenida milagrosamente por la misma Divinidad para sufrir?...

De suerte, Bien mío, que, mientras más amargo... y más hondo... y más espacioso... y más tempestuoso se encuentre este mar, o estos mares, en donde ahora me ahogo, más me gozaré, porque mayor será mi parecido contigo y la complacencia del Padre, del Espíritu Santo y tuya, Verbo encarnado por mi amor.

El dolor es una gracia, Jesús mío, no cabe duda... es la atmósfera de tu casa, la que impregna tu altar de un aroma divino... el dolor purifica, y yo quiero ser pura... Las lágrimas. brotadas en la obscuridad de tu presencia, lavan, y yo quiero estar limpia... Las espinas sangran, y yo quiero presentarme ante tu altar ensangrentada del corazón, para arrancar las tuyas...

La Cruz santifica, y yo quiero ser santa...

¡Oh Jesús Víctima! yo quiero parecerme a Ti, quiero que mi alma aliente en mi cuerpo sólo para **sufrir y padecer...** quiero amarte y olvidarme de mí... quiero recordarme ¡oh, sí! solamente para martirizarme...

En medio de mi dolor, te amo, y si crece éste y se ensancha, más te amo. Recibe mis lágrimas, Señor, y mis ocultas penas Siento que me vas rompiendo una a una las fibras más delicadas de mi corazón, pero no le hace, divino Médico, concluye tu obra por caridad.

No importa que llore, que sangre, que me despedace; Tú prosigue, mi buen Jesús, golpeando esta peña hasta calcarte en ella.

¡Qué hermoso, qué dulce es padecer por quien tanto padeció por mi!

¡Oh María! haz entender y practicar de tus hijos y de tus hijas estas palabras de tu amante servidor San Francisco Javier: "Los que aman verdaderamente a Jesús, suspiran por una vida llena de cruces, de angustias, de calumnias, de persecuciones y de dolor". Amén

32. AL AMANECER

Ya viene el día, y con él la dicha de las dichas, Jesús mío, a llenar mi alma de rosas y de espinas, mi camino de flores y de lágrimas, mi corazón de gracias y de méritos.

Ya viene la luz, la aurora; y, con ellas, el Sol de mis amores pronto va a aparecer.

La luz del día, disipando las tinieblas de la noche, llegará hasta mí, encontrándome muda y arrodillada delante ¡ah, sí! de lo que más amo: de mi Jesús Eucaristía.

Siento que se despierta la naturaleza, y los pájaros, al trinar en sus nidos, cuando vislumbran el primer rayo de luz, no me ganarán, no, en alabar a mi Amado.

El mundo despierta también, y yo me estremezco al pensar en que volverá a ofender a ese Dios escondido, cuyo único crimen es amar y sacrificarse por los culpables Me parece ver que, con la luz, le vienen las espinas a ese Corazón que adoro . , mi alma sufre al considerar las flechas de los sacrílegos que ya se afilan para traspasarlo.

¡Dios mío! al considerar estos crímenes, quisiera detener la luz del día, y seguir ¡ay! velando y consolando a mi Jesús oculto en su Sagrario...

¡Oh, si mi amor fuera capaz de detener tantos pecados! ¡si mi oración fuera tan sonora que vibrara en los oídos del Señor sin dejarle escuchar las blasfemias de los hombres! Pero, ¡oh miserable de mi! ¿quién soy yo, Jesús mío y qué puedo ofrecerte en mi pobreza, sino sólo un corazón que se consume por amarte, pero que nada vale para consolarte?

Sin embargo, él se volverá todo expiación; y uniéndose al despertar de tantas almas santas, se gozará en sus alabanzas, entonando con ellas himnos de amor y de gratitud, anhelando el instante de recibirte.

He velado tu sueño, Dueño mío, he detenido los latidos de mi pecho para no despertar al Amado...; pero ha amanecido ya, y déjame llamar nuevamente al Tabernáculo y decirte conmovida: Jesús, ven; Jesús, despierta, porque no tengo otra aurora que tus ojos, ni otro Sol que tu Corazón.

Ven, Señor, que mi pecho delira por estrecharte; va a llegar la hora feliz en que seas mío, y tiemblo de emoción al sentir tu acercamiento y el fuego de tu mirar que es mi vida. Ven, Jesús, que te espera anhelante mi corazón, ardiendo en ansias vivas de poseerte.

Llegó el día, y con él la felicidad y mi todo.

Virgen Purísima, Madre de la Luz, haz que, en este día, Jesús, el divino Sol de nuestras almas, nos ilumine con sus santas inspiraciones. Amén.

33. TREINTA MINUTOS

¡Qué veloces pasan ante Jesús Sacramentado! ¡cómo vuelan los instantes cuando se está aquí, Amor mío, al pie de tu trono, contemplando la bondad, tu caridad y tus virtudes ocultas!... ¿Qué son esos momentos de cielo para mi alma que te adora, que te anhela, que suspira por venir a tus plantas, que te ama, que se consume amándote, que no piensa sino

en complacerte, que se muere por estar a tus pies y contemplarte? Sin embargo de ello, ¡cuántas cosas puede el alma hacer en la intensidad de su amor en un minuto!

Puede tener un acto de contrición perfecta... puede ahogar un afecto que le impida... **puede humillarse sin medida...** puede llorar sus pecados... puede ¡Dios mío! salvar un alma sacrificándose en su favor, ofreciéndose al Verbo divino con todos sus méritos por su conversión.

¡Cuántas cosas puedo yo hacer de mi adoración! ¡cuántas gracias alcanzar! ¡cuántos pecados expiar!

¡Y si pienso en tantas almas que darían gozosas cuanto tienen por tener la dicha que yo disfruto y de la que daré cuenta algún día, Dios mío!

Haz, Jesús mío, que sepa aprovechar y agradecer tantas gracias que no merezco; haz que con una pureza sin igual venga a adorarte, concédeme que jamás empañe mi pobre alma la menor culpa deliberada.

Ángeles deben ser los que rodean tu altar, y yo quiero ser ángel; a eso aspira mi corazón a ser pura, Jesús mío, a ser azucena, a ser luz, a ser blancura, para poder, sin ruborizarme, venir a la adoración y mirarte, adivinando los menores deseos de tus divinos ojos.

¡Oh Amor mío sin igual! ¡Oh Jesús mío adorado! Apenas comienza mi alma a vaciarse dentro de Ti, cuando concluyen los minutos, cuando llega la triste hora de separarme de tu trono... Apenas principian sus confidencias, sus promesas, sus intimidades amorosas, cuando el reloj, sin detenerse, me anuncia que debo partir y que otra alma digna debe sustituirme... ¡Oh Señor, bendito seas! ¡Si me fuera dado detener, como Josué, el sol en su carrera, para concluir de decirte lo que mi alma te ama!. Pero ¿acaso podría concluir yo, sin tener una eternidad en la que cupiera la intensidad de mi amor?

¡Oh María, Nuestra Señora de la Eucaristía! quédate conmigo en estos treinta minutos de amor y de reparación, para enseñarme a hablar con tu Jesús, y decirle lo que Tú le decías. Amén.

34. NO TE OLVIDARÉ

¡Eso, jamás! De todo podrá olvidarse mi alma; pero de Ti, Jesús Eucaristía, de Ti, Vida de mi vida, escogido entre millares, mi bien, mi Unico y mi Todo, ¡jamás me olvidaré!

¿Cómo olvidar al que es mi mismo Ser y Vida? ¿Como no recordar a cada paso, a cada aliento y respiración, al que es mi atmósfera, mi aurora y mi Luz?

Podré llegar, Señor, a olvidarme ¡oh dicha, si así fuera! hasta de mí misma; pero de mi Crucificado Dueño, ¡jamás!

Él es mi Padre y mi Madre, y mi Hermano y mi Amigo, y mi Cielo de la Tierra, y más que mi alma, mi sangre, y mi aliento, y mi mismo corazón. Con todo esto, o siendo esto así, ¿podré, olvidarte nunca?

Cuando mi memoria no puede moverse sin recordar sus primores... mi entendimiento, sin delinear sus bondades... mi voluntad, sin lanzarse como la piedra a su centro a decirle cuánto le amo, ¿podrá moverse sin Él?...

Mis ojos, al abrirse y al cerrarse, sólo a Él buscan, sólo en Él se recrean y descansan. Mis oídos quieren escuchar únicamente sus alabanzas y su divina voz... y mi gusto, y tacto, cuanto soy, no se contentan sino con sus dulzuras y su pureza, sus hechizos y su Cruz...

Y esta alma, ¿qué me dices, Jesús Eucaristía? ¿en dónde tiene su trono sino en tu trono su anhelo sino en tu Cruz? ¿qué quiere sino tus dolores? ¿a qué aspira sino a tus amores?...

¡Oh, no! no te olvidaré jamás, porque eres la miel de mis labios, el calor de mi alma, mis placeres y mis quereres. ¿Cómo olvidarte entonces, Jesús, Jesús? ¿Verdad que es imposible olvidar a quien se ama?

"¡Tú eres el Rey de mi mente por tu verdad, de mi corazón por tu amor, de mi cuerpo por tu pureza!" ¿Qué otra cosa puedo desear fuera de una Hostia consagrada? ¿Qué puede satisfacerme en el cielo y en la

tierra fuera de Ti? ¡Oh suavidad, oh gracia, oh fuerza del amor!

¿Qué haré contigo, Jesús, Jesús del alma? ¿qué harás conmigo?

No olvidarnos mutuamente jamás...: yo, contemplar tus amores, y Tú, compadecerte de mis miserias; yo, llorar mis pecados, y Tú, perdonarlos amante; yo, no volver a pecar jamás, y Tú, regalarme tu Corazón para siempre. ¡Oh vehemencia del amor de mi Jesús! ¿Seré capaz de olvidarlo? ¡Oh, no, no lo olvidaré jamás!

Madre amantísima de Jesús y también mía, enséñame y ayúdame a no olvidarme ni un momento de nuestro Jesús. Amén.

35. TENME COMPASIÓN

Por piedad, Jesús mío, tenme compasión. Soy el asco de la religión, soy una sentina llena de gusanos, soy un alma miserable, que viene a Ti enseñando sus andrajos y pidiendo compasión.

Llevo muchos años en tu servicio, Jesús mío, y no soy humilde y no soy mortificada. Tan vivas están mis pasiones como el primer día, ¿y por qué Jesús mío del alma? ¿en qué consiste que no me muevo de mi sitio, antes bien siento que retrocedo?

—¡Ay hija de mi corazón! todo consiste **en que no te has renunciado todavía...**; y sábete que éste es el primer paso de la perfección, al cual impulsa el amor.

Si no te renuncias, ¡ay hija en mi alma! es porque no me amas, porque **a la medida del renunciamiento es el amor.**

Mi amor reclama muchas muertes, y el renunciamiento es el campo de batalla del amor.

Si me amaras, te olvidarías de ti... Si me amaras ansiaría tu alma parecérseme crucificado... Si me amaras, hija querida, te lanzarías con todo el ardor de tu corazón hacia las humillaciones, haciendo de ellas tu alimento y tu vida. Si me amaras, no tendrían medida tus sacrificios, y te

gozarías en destruir y aniquilar tu propia voluntad y juicio.

Si me amaras, por fin, hijita mía, **saldrías de ti.** Y ¿qué es salir de ti? Negarte a ti misma y morir a todo propio querer ..; dirías entonces, y hasta sonriendo, un **no** a tu **sí** y un **sí** a tu **no,** abnegando tu voluntad.

Todo esto te falta, porque... ¡ay! ¡te lo diré. aunque se me traspase el Corazón!... **porque te falta amor.**

La soberbia te es impedimento; y en tanto que no la venzas renunciando a tu juicio y arrojándote como niña en los brazos de tus Superiores, te quedarás en el triste estado en que te encuentras.

Sacude ya, hija mía, ese sopor que te envuelve... rompe ya esos hilos de propio juicio que te atan a ti misma, y vuela, vuela sin trabas a tu Jesús, que ansía tu perfección y cuenta tus pasos esperando que mueras a ti misma para que vivas en Él.

A eso has venido a este lugar bendito; para eso me tienes aquí en el Sacramento del amor; ven a Mí con todas tus deformidades, que yo te curaré.

No temas, que hace mucho tiempo has despertado mi compasión. Sé humilde para poder estrecharte contra mi amoroso pecho.

—Y tú también, María, tenme compasión por lo mismo que eres mi Madre y que me has de llevar a tu Jesús pura y crucificada. Amén

36. A JESÚS

¿Qué podré negarte hoy? Nada, porque ¿que se puede negar a quien se ama?... ¿Se puede acaso decir que no cuando se tiene al mismo Jesús en el corazón? ¡Imposible, Jesús mío, que mi alma **no** te dé hoy lo que le pidas!

¿Qué quieres, Jesús mío, qué quieres? Mis intereses... mi salud... mis afecciones... mis dolores... mis sacrificios... mi vida... ¿qué, Jesús del alma, qué?...

—Tu corazón, hija mía, tu corazón lleno de la más grande pureza; porque la pureza, hija, ya sabes, es como la flor del amor, lo mejor del amor; y que donde hay amor, no puede haber culpa.

Ese es mi ideal, un jardín de corazones puros, ardiendo en virginal amor, siempre blancos y crucificados.

No hay pureza, hija mía, si no la guarda un cerco de espinas y no la envuelve la sombra bendita de la Cruz.

No hay pureza, ni puede existir, sin sacrificio voluntario, y sólo hay sacrificio voluntario **en donde hay amor.**

¿Y qué es el amor, en qué consiste el amor?

En salir de sí, para entregarse sin reserva en manos de Dios.

El amor consiste en despojarse de si, para que Yo solo ocupe el sitio todo del corazón...

Y de esto tengo sed en este mundo corrompido, sed de corazones vacíos para llenarlos Yo en su totalidad... sed de pureza y de sacrificio, sed de generosidad en mi servicio... sed de olvido propio; sed, por fin, **de cruces vivas** hechas por medio del amor, de la pureza y del sacrificio.

Hoy que nada quieres negarme, hija querida niégate **a ti misma** toma tu cruz, y de veras sigue mis huellas de pureza y de santo amor.

—¡Oh Jesús, Jesús, mi Azucena amorosa y llena de Sangre! Sí, te seguiré... sí, seré lo que Tú quieres...si, te daré lo que me pides, porque nada puedo negarte hoy.

¡Oh María, amor y pureza, pureza y amor, Jesús y María, María y Jesús! que esto sean tus hijos y tus hijas, **todos amor, todos pureza,** como Tú y tu Jesús Amén.

37. CUATRO AMORES

¿Cómo te amo?...

Yo no sabré decírtelo, mi Jesús Eucaristía, pero me gozo en pedirte amor, para amarte sin medida y con amor **insuperable;** es decir: por encima de todas las cosas y acontecimientos... por encima de todos los afectos terrenos, de la vida y de la muerte... por encima de mi misma, olvidándome y desapareciendo...

Que nadie alcance ese amor, de tan alto, de tan supremo y superior, de tan puro y humilde.

Con amor **insuperable** también te quiero amar, Jesús mío adorado.

¡Oh Bien mío! esto me trae el pensamiento de tu acercamiento con la criatura... en el estrechamiento de corazón con corazón, de alma con alma, de vida con vida.

Con amor **singular** también quiero amarte, Jesús mío; único en mi existencia, en su clase y en su forma; en su pureza e inmolación; en su color excepcional, indecible. Como cielo de todos los amores, como centro de todas las cosas, como foco de todas las luces, como sol de todos los rayos; y tan singular, que sólo a Ti sepa amarte con el amor de tu mismo Corazón.

Y también quiero amarte con amor **insaciable.** Claro está; que jamás quede satisfecho, que crezca siempre esa hambre y sed de más amar. ¡Oh, sí! insaciable en perfección, en grados, en pruebas y en martirios por el Amado. Insaciable en hambre de crucifixión voluntaria.

Amor con hartura, infinito, lleno, siempre anhelando y satisfaciendo.

Dame, dame esos amores, Amado mío amadísimo, Jesús adorado y divino, que quiero arder, consumirme y quemarme en ese divino incendio de caridad.

Dame estas cuatro clases de amor, Jesús mío, para vivir ardiendo para el cielo. De esta manera, mi amor a Ti será perfecto y sobre todo **sin declinación** al contrario, **siempre en creciente,** y más y más activo, hasta morir de puro amor: vale que el amor es más fuerte que la muerte, y si quiero sufrir por el Amado, el amor tiene finísimos martirios, desconocidos suplicios y dolores intensísimos.

Así quiero amarte, Jesús del alma, y ya no quiero hacer otra cosa a mi paso por la tierra sino amar; que el que ama, sufre, y más y más por no amar lo suficiente al que es Amor. Me voy, Jesús mío, pero muy confiada en que me escucharás.

¡Oh María! Tú que verdaderamente amaste a tu Jesús con amor **insuperable, inseparable, singular e insaciable,** danos tu corazón para con él amar al que es Amor. Amén.

38. ESPERA EN DIOS

Ese es el grito de la fe, que constantemente sostiene a mi alma. ¡Oh, qué bella esperanza es el Dios de las esperanzas!

"¡Espera en Dios!" me dice una voz misteriosa cuando las tribulaciones me cercan... cuando las amarguras me ahogan... cuando las desolaciones me martirizan... cuando los desamparos me tuestan.

¡Qué dulce es esperar contra toda esperanza, no ignorando que el que espera en Dios, no será confundido eternamente!

¡Tú eres, pues, mi esperanza, Jesús del Sacramento! Si soy débil, de Ti espero la fortaleza... si tengo hambre, de Ti espero el socorro... si soy pobre, de Ti espero el remedio de mis necesidades... si estoy enferma, de Ti espero el alivio.

¡Oh Jesús mío, mi santa Esperanza! Si estoy en tinieblas, de Ti espero la luz; y aquí, donde me hallo, de Ti lo espero todo.

El que espera, es sin duda porque no tiene lo que espera; y yo espero en Dios, porque no tengo lo que de Él quisiera, porque soy pobre

de Dios, y quiero ser rica de su posesión y de su amor, porque el que no tiene amor, no tiene vida, ¡y yo estoy sin vida!

¡Oh buen Jesús, Esperanza mía y mi refrigerio, mi Maestro y mi único Dueño! ¡Oh Amor mío, y esencia de mi esencia, y agradable descanso de mi espíritu! ¡Envíame hoy una mirada de cosas penetrativas, que hacen a los santos en un instante! Impúlsame a la virtud y al sacrificio, porque yo sé que no hay amor en donde hay ociosidad, ni es perfecto si hay en él declinación por falta de sacrificio. "¡Oh vehemencia, oh excelencia y alteza de la Caridad de Cristo!" decía San Pablo cuando le invadía la Cruz. Y yo le envidio, Señor, y vengo a pedirte y a esperar de Ti semejante dicha.

Amar y sufrir! ése debe ser mi paso por la tierra. ¡Amar sufriendo, y sufrir amando! ¿Puede haber mayor delicia para un corazón enamorado? ¿Acaso el amor necesita descanso, cuando su descanso es no descansar?

Entonces, ¿por qué estás triste, alma mía, y por qué te llenan de turbación tus miserias? ¡Espera en Dios! Levanta tus miradas de la tierra, y, abrazada de la Madre de la santa Esperanza, piensa que "¡ahora, sobre la Cruz; después, al Cielo!"

¡Oh María! la que pasaste tu vida en la cruz y ahora reinas en la gloria, ayúdanos a llevar con valor las aflicciones del tiempo para gozar contigo y de tu Jesús durante la eternidad. Amén.

39. ESCLAVA Y VÍCTIMA

¡Oh, qué hermosos nombres, que hacen estremecer de emoción!

¡Esclava del Señor y de los hombres, atada con las voluntarias cadenas del amor y del dolor! éste debe ser mi papel, Jesús Eucaristía, al calor de tu Sacramento adorable.

Debo aquí servir y no ser servida... debo tender a ser siempre la ultima, **a ser nada en todo.** ¡Oh, y qué delicia, qué idea, que me deleita y me enajena, Jesús del alma!

A los esclavos se les utiliza y luego se les desprecia; a los esclavos no se les tiene en cuenta sino para el trabajo y para el dolor: pero ¿acaso merezco estas perlas celestiales? ¿soy por ventura digna de ser esclava y víctima?

No lo soy, cierto, pero anhelo alcanzar esa desnudez espiritual, ese despojo del yo, ese ser **siempre menos,** sin más apego que a lo que me pueda mortificar y herir.

¡Dame, Jesús Hostia, vivir muy lejos de mí, y muy cerca de Ti, para aspirar a esa esclavitud de amor que te tiene atado en los altares! ¡Dame que desaparezca en mí el yo, y que lo substituyas Tú, mi Cielo, Tú, Víctima, enseñándome a inmolarme por amor!

Quiero que mi alma, toda tuya, sólo aliente a mi cuerpo para padecer y sufrir. Quiero e imploro de tu bondad ese desmembrar el yo, ese dejamiento propio, que forma a los verdaderos esclavos, ese disminuir y aniquilar al hombre viejo, haciéndome **nada** por fin, en favor, diré, del mismo Dios y de los hombres.

Vive, Jesús del alma, tu propia vida en mi; ¡vida de abajamientos y humillaciones! Haz esclavo a mi corazón y esclavo a mi cuerpo para estar siempre debajo de los demás; pero ¡oh Señor, que me escuchas! tengo otra ambición, y es el no quedarme en el tamaño o ser de esclavitud que hoy te ofrezco, sino el ser **siempre menos,** dejando a cada instante mi voluntad propia, de sed de afectos, el deseo humano de agradar, las propias complacencias, el ansia de sobresalir, con un anonadamiento **siempre en creciente.** Te ruego que desbarates y consumas todo lo terreno en mi corazón, llenando después este vacío con el Santo de los santos, con la Víctima de las víctimas, que siempre bajó y murió sediento aún de más bajar y de más sufrir.

¡Oh Jesús, Jesús del alma toda! Yo te prometo apagar mi sed, continuando en mí tu vida de crucifixión voluntaria, ese anhelo de tu Corazón divino, siendo hasta la muerte esclava y víctima por tu puro amor.

¡Oh María, nuestra amadísima Madre, modelo perfecto de las almas víctimas y esclavas de Jesús! ayúdame a imitarte, crucificándome constantemente por amor. Amén.

40. QUIERO PADECER

¡Oh, sí, mi querido Jesús del alma, quiero padecer! Mi corazón late con violencia desconocida al oír este timbre divino, esas palabras que hacen eco en mi pecho, haciéndolo estremecer de Santa alegría!...

"¡Quiero padecer!" me gritan el alma, el cuerpo, mis potencias y sentidos; y yo, Jesús mío, no tengo ese dolor suficiente para satisfacerlos. Por eso vengo a Ti, para que escuches esa plegaria de mi corazón miserable.

Quiero padecer para satisfacer mis muchos pecados... Quiero padecer en acción de gracias por tantos beneficios... Quiero padecer por los pobrecitos pecadores...por los ingratos, y por las almas que repelen el **dolor**, y que huyen de él, abarcándolo yo con toda mi alma y **en su favor,** ¡Dios mío!

Quiero padecer para comprar el cielo en unión de los méritos de Jesús, con esa moneda del dolor, única que vale más en el mercado divino.

Quiero padecer por los agonizantes... por los incrédulos... por los criminales... por los presidiarios... deteniendo, ¡oh, sí, Jesús Eucaristía!, deteniendo a quienes sólo falte una línea para condenarse.

Quiero padecer por las almas del purgatorio; por los vivos, por los muertos, por los justos, por los malos corazones...Escúchame, Bien de mi vida, e inclina tus oídos hacia mí.

Mira, Jesús, Tú ves las ansias con que todo mi ser anhela el dolor; pero más que por otra cosa ¿por qué crees que quiero padecer? **Por Ti no más...** por parecérteme crucificado, porque te amo con un amor entrañable, indecible, desinteresado, ardoroso, inflamado.

Quiero padecer porque yo sé que con esto te complazco; y darte gusto es la única aspiración de mi vida.

Te amo en el Calvario; te amo, "no sólo al partir del pan", sino muy **íntimamente** en tu Pasión; te amo con amor ensangrentado, con

espinas y con cruz, ambicionando estos clavos que me estrechan contigo, como el ciego ambiciona la luz, como el avaro el oro, como el sediento la fuente... Y así ¿cómo espantarme con lo que es mi vida? ¡Oh, Jesús, Jesús, Jesús del alma! dame, pues, ese padecer sin término, que hoy le abro con entusiasmo los brazos y el corazón, no seas esquivo de tus ternuras, y ternuras son tus afrentas y espinas, tus lágrimas y tu Cruz. Quiero, pues, padecer y que me crucifiques, que me remaches en el dolor, porque yo tengo hambre de las dulzuras del Calvario, de esas caricias que chorrea tu Cruz. Amen.

41. APRENDED DE MÍ, QUE SOY MANSO Y HUMILDE DE CORAZÓN

Nunca dijeron los divinos labios de Jesús: "**Aprended de Mí**, que soy omnipotente, que soy eterno, que soy sapientísimo, que soy grande, etc.": sino solamente, hablando de Si mismo una vez en su vida, dijo: **Aprended de Mi, que soy manso y humilde de corazón".**

¡Oh hechizo de los hechizos, primoroso Jesús mío! ¡Oh suavísimo y amabilísimio Dueño de mi alma! ¡Qué blandura, qué dulzura, qué humildad, qué caridad contemplo en todo tu ser! Yo quisiera imitarte, Señor, y quitar la dureza en mis respuestas, la acritud en mis conversaciones, la sequedad en mis palabras, y ese tono de superioridad con todo el mundo.

¡Humildad y mansedumbre! ¡Qué virtudes tan divinas y tan necesarias para el trato con los demás! Dulzura y paciencia, para formar en mi alma el parecido contigo, necesito, Señor; y, pidiéndote esta limosna, tiendo hoy mis manos hacia Ti. Dime, Jesús del alma, dime hoy, mansísimo Cordero, ¿cómo hablabas Tú, cómo te ganabas los corazones arrebatándolos para el cielo?

—Mira, hija; te voy a dar unas lecciones para el trato con las almas, para que aprendiéndolas de mi Corazón, las imites. Yo atraía siempre hacia Dios, practicando primero lo que enseñaba Nunca exageré ni reprendí los defectos cuando éstos no nacían de malicia, sino de sencillas o humana ignorancia; estudiaba primero, diré, los caracteres, y me acomodaba a ellos, dejando obrar más o menos despacio las gracias

del Espíritu Santo. Ablanda más a las almas con la suavidad de la conversación que con el rigor de la reprensión.

Nunca un alma aborrece su culpa sino cuando se halla alumbrada de divina luz y poseída del fuego del amor de Dios; y, antes de esto, es machacar en hierro frío, es querer desprenderla con fuerza y con rigor de lo que estima. Ve mucho mejor los defectos en la hermosura de la virtud cuando se le muestran, que en la fealdad de las faltas que se le imputan. Así se curan las llagas ajenas, con mansedumbre y paciencia. Nunca muestres fastidio; y **el quererlo todo de todos, es gran yerro.** Debes disimular con el débil, y ayudarle y favorecerle en su poquedad, sosteniéndole y animándole. Nunca reprendas en público a tu hermano, y no abuses de su bondad **jamás.** Piensa que más se caza con miel que con hiel, hija mía; y, si quieres darme gloria en otros, nunca te quejes de ellos, sino de ti; y bebe en la oración esa ternura que forma el parecido de mi Corazón, pensando que, si soy tres veces Santo, soy también **mil veces padre, para olvidar, para perdonar, para acariciar** a cuantos a mis brazos lleguen.

—¡Oh mi buen Jesús, gracias! Dame ese tacto divino, esa mansedumbre y humildad de tu Corazón, para hacerte amar como Tú me amas, para saber sufrir como Tú me sufres.

¡Oh María! ¿Quién más que Tú ha practicado ese precepto de Jesús: **Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón?** Haz, por tu poderosa intercesión, que seamos mansos y humildes los que tanto amamos a Ti y a nuestro Jesús embelesador, Cordero sin hiel. Amén.

42. ¿ME AMAS MÁS QUE ESTOS?

Señor, ¿qué quieres que te conteste si Tú ves mi corazón?

Sí, quisiera amarte más que todas las criaturas del cielo y de la tierra; más que todas las madres a sus hijos; más que todos los ángeles a los santos; ¡más, mucho más, que mil mundos y mil cielos si los hubiera! ¿Cómo no querer amarte sin medida, Jesús Amor?

"La caridad es, por sí sola, todas las virtudes", dice San Agustín. Es fe cuando creemos, esperanza cuando confiamos, fortaleza cuando

vencemos, paciencia cuando sufrimos sin murmurar, misericordia cuando nos compadecemos de nuestros prójimos, largueza cuando hacemos el bien, humildad cuando nos abatimos, justicia cuando damos a cada uno lo que es suyo. En fin, la Caridad es todas las virtudes.

¿Qué no puede el amor, qué no vence, qué no acomete y que no abarca?

"De las cosas fuertes, la más fuerte es el amor; de las cosas suaves, la más suave es el amor".

Ese amor divino ¿quién no lo anhelará?

¡Oh Jesús! Dame esa Caridad, ese fuego consumidor, haciendo que todas las palpitaciones de mi corazón sean divinas; y lo serán, ¡oh sí!, lo serán cuando mis miradas no se aparten de esa Hostia consagrada... cuando se dirijan al cielo siempre, sin despreciar los pormenores de la tierra, ni el más pequeño de mis deberes. . cuando Tú seas, Jesús mío, mi principal tesoro y el objeto único de mi vida.

Sí, Bien mío, quiero amarte más que todos los que me rodean, haciéndome mucho menos que ellos en todo lo demás.

Yo sé, Señor, que el grado de perfección delante de Ti está en razón directa del grado del amor, de la hermosura de nuestro interior, de la pureza y brillantez de ese santuario íntimo que se llama "la celda del alma", en donde se celebran con Dios los misterios de la vida del corazón. pues yo quiero ese amor, esa nitidez del alma, esa hermosura interior que tanto te complace.

Yo quiero amarte con humildad, con pureza, con virtudes, Señor, crucificándome.

Si no es amando, decía San Bernardo, ¿quién podrá luchar con Dios? Pues yo quiero esa lucha y triunfaré de Ti, Señor, porque, como dice el mismo Santo, el amor sólo se puede tener a brazo partido con el mismo Dios, amando. ¡Qué grande es el amor!

¡Oh, sí, Madre mía, María! **¡Qué grande es el amor!** ¿Quién más que Tú lo comprendió? Haz que crezca en nuestros corazones el amor a

Jesús, que sea **amor doloroso** para ser grande como el suyo y como el tuyo Amén.

43. AL MEDIODÍA

Esta es la hora en que, como el girasol, sin perder de vista un solo instante al Amado de mi alma, llego con Él a la plenitud de su amor, y me dejo bañar, impregnar, empapar de sus divinos resplandores.. ¡Oh, sí, Jesús del alma! Desde que viene la aurora, mi alma te busca, y cual otro sol te siguen mis miradas... mis pensamientos... mis latidos... mis suspiros... mis sacrificios... mis amores...

No te pierdo de vista, Jesús, Jesús adorado, en mis humillaciones y pobres vencimientos; los ojos de mi cuerpo y de mi alma no se apartan ni un instante de su Sol eucarístico, cuyos benéficos rayos los alcanzan en todas partes deslumbrándolos.

Y te recibo en mi pecho, Jesús de los altares, y va creciendo, creciendo, el incendio amoroso, hasta que llega esta hora feliz, en que vengo de tus pies, caldeada con el fuego de tu trono.

Esta es, por excelencia, la hora del amor en creciente (por eso la prefiere mi corazón), la hora de la paz y de las gracias, la hora de los desbordamientos del corazón, de los efluvios de la luz, de las ternuras contenidas, de los delirios sofocados.

¡Oh Jesús, mi único Amor! Pero ¿a qué hora, digo, no se te puede amar con locura, con pasión? Con todo, a mí me parece que el mediodía se presta más para la explosión del amor, aquí a los pies, a las miradas, a las sonrisas de Jesús Hostia, sacramentado por amarme.

Parece la hora en que me pides descanso, Amor de mis amores... Me figuro que es el momento en el que debo ejercitar mi envidiable misión de proporcionártelo, Jesús adorado.

Siento que en esta hora buscas recrear tu vista en el jardín de azucenas que te has formado... Me parece que me piden tus ojos que arranque las espinas de tu Corazón y con ellas martirice el mío...

Me parece que me pides los maduros frutos de virtudes y sus amores para aspirar su aroma... que me convidas a la sombra de tu Cruz para refrescar los ardores de mi alma; que quieres recostarte en mis brazos, en mi pecho, en mi corazón. Todo esto me parece... y ¿por qué no si soy tu Cruz?

¡Ay Cielo mío eucarístico, Jesús mío, escogido entre millares! ¡Ven, ven, que me muero por sostenerte y acariciarte!

¡Oh María! **¡El mediodía!** hora santísima, que siempre me hace pensar en tus dolores, que es cuando fue clavado Jesús en la cruz en tu presencia.

¡Hora santa, en que empezaron dos agonías, la de tu Jesús y la tuya! Haz, Madre, que, al principiar las **"Tres horas de amor"**, nuestros corazones, íntimamente unidos al pie de la Cruz y por las mismas intenciones, te den gloria, y consuelo a nuestro amor crucificado. Amén

44. EL QUE AMAS, ESTÁ ENFERMO

Aquí vengo, divino Médico, a decir a las puertas de tu Corazón tiernísimo: "Señor, el que amas, está enfermo" y quiere curarse; por eso viene a Ti, implorando tu protección. Di una sola palabra, y mi alma quedará sana y salva. Mira, Jesús; muy débil soy contra mis enemigos; sostenme, por piedad, contra el mundo, contra mi ligereza, tedio y soledad en tu servicio.

Sostenme, Señor, que, sin Ti, nada puedo hacer, de nada bueno soy capaz, ni siquiera de pronunciar tu Nombre bendito como debo.

Tú Señor, que has puesto en mi alma esta confianza de que me sostendrás, ven a curar mis llagas, porque eres mi Padre muy amado.

Si, pues, viniese a entibiarme, ¡ah, no lo permitas!, acudiré a Ti, divino Jesús, y Tú me reanimarás con tu divino fuego. Si una exagerada timidez entrase en mi alma, a Ti acudiré, y Tú me darás aliento. Si fuere tentadade alejarme de Ti, ¡oh Señor!, a Ti volveré humillada y me sacarás victoriosa de la tentación.

Si por desgracia llego a enfriarme, comeré el Pan de los fuertes para reparar de nuevo mis fuerzas y sostenerme en mis resoluciones.

Así curaré mis dolencias del alma, y sanaré a la sombra benéfica de la Cruz.

Cúrame, Señor, de la lepra de mis pecados, de la miseria que mancha mi alma. Eres mi Padre, y, si quieres, puedes curarme. Yo sé que me amas; ¿cómo, entonces, no me has de sanar?

La soberbia me inunda... la impaciencia me enciende... la ligereza me domina... la envidia asoma a mis puertas... las preferencias me turban... los desprecios me duelen... la imaginación me arrastra... el trabajo me cansa... el desaliento tiende a envolverme... ¿qué haré mi Jesús Sacramentado? Dame paciencia y una santa esperanza que corone todos los esfuerzos de mi pobre corazón.

La tristeza tiende a invadir mi alma... la rutina quiere absorber mi pureza de intención... la desconfianza toca el campo de mi vocación las dudas obscurecen mi espíritu... y mil tentaciones se suceden, rodeándome y haciéndome aspirar una emponzoñada atmósfera que me asfixia ¿Qué hago, Amor mío?

Recurrir a Ti, por intercesión de María; y, al venir al pie de tu trono, con una confianza .amorosa repetir ante esa Hostia consagrada: ¡Señor, Señor, piedad, que el que amas, está enfermo! Amén.

45. HOSTIA

¿Puede acaso explicar el alma lo que es una Hostia consagrada, lo que se siente al mirarla, lo que se experimenta con su acercamiento, lo que produce su divino contacto en la Comunión?

¿Quién te ve, Hostia santa, que no te sienta? ¿A quién no seducen tu atractivo y tus hechizos? ¿Quién, al sentir tus irradiaciones que queman, no siente tu calor, no bebe tu vida?

¿Quién a tus pies no cree, y espera, y se enamora de tu abajamiento infinito?

¿Quién no se arrepiente de sus pecados, y anhela ser puro, ser pobre, y ser santo contemplándote?

¿Quién no se limpia y blanquea con el reflejo de tu luz?

¿Quién no arderá en celestial fuego con un rato que piense en tus amores?

¿Quién se quedará frío con un instante que estudie tus primores?

¡Oh Jesús de toda mi alma! ¡oh Cordero que borras las pecados del mundo! Yo me acerco a Ti, y quiero ser humilde; yo te miro, y quiero ser mortificada, penitente, abnegada, mártir, Señor, ¡crucificada!

Yo no puedo estar un rato a tus pies sin querer ser también hostia, ser víctima, humillada y despreciada a tu imitación.

Cuando pongo mis ojos en Ti, mi blanca Hostia consagrada, siento rubor y vergüenza, y muchas veces tengo que bajarlos, con mi corazón también.

Otras veces me basta con acercarme a Ti, Señor, para que los rayos de tu luz, reverberando en el fondo de mi alma, le alumbren los abismos de su miseria y de su nada.

Y saco riquezas de una mirada sola, de una sola mirada que ponga en Ti, Hostia inmaculada.

No sé qué tiene una Hostia en el altar, o si sé: ¡tiene imán, tiene Jesús, tiene cielo!

¡Oh Astro del mundo! ¡oh Sol divino, que haces germinar en las almas todas las virtudes, que siembras cruces y recoges lirios! ¿Por qué ¡ay! no te amo tanto como mereces? Necesitaría ser otro Dios para amarte con tu mismo Ser, con tu misma substancia, ¡con tu mismo juego!

Al mirarte, Hostia divina, no puedo menos de sonreír, aun cuando esté mi corazón destrozado y mis ojos envueltos en lágrimas, antes bien, creo que, empañados por el dolor, te ven más bella, más hermosa, transparente y santa. Existe una simpatía especial entre el sacrificio y una

Hostia consagrada, y el alma siente necesidad de ser víctima ante la Víctima, y pura ante la misma Pureza.

También mis ojos te adivinan, y, al buscarte, te encuentran y son felices; yo creo que, si no hubiera en el mundo Hostias consagradas, no tendría dificultad en cegar, porque deseos vivos, ardientes y profundos, de ver sólo a Ti, Jesús Hostia, tengo; pues todo mi gozo lo cifro en contemplarte. ¡Oh, quién no hiciera otra cosa sino mirarte!

Te llevo retratada en mis pupilas, purísima Hostia del Sacramento, pero más en mi corazón; las niñas de mis ojos, siempre, con el pensamiento, están en un copón, en una custodia, en un sagrario, traspasando paredes, sedas y metales, y aun las mismas especies en que te envuelves.

Yo quiero que hasta el fin de mi vida nada empañe ni intercepte tu reflejo, que ninguna criatura ni cosa del mundo venga a borrarte. ¡Te pido, Jesús mío, que en mi muerte quede grabada la sagrada Forma, su bendita imagen, en mi corazón!

Yo quiero que mi ultima mirada, Jesús, Jesús que me escuches, sea para Ti Sacramentado, y que, mientras esto suceda, jamás, a imitación de María después de tu gloriosa Ascensión, aparte mis ojos ni de la Hostia ni de la Cruz. Amén.

46. SER MENOS

Ser más, es muy fácil entenderlo, porque la viciada naturaleza siempre nos pide subir, enaltecernos a cualquier costa, superar a los demás, reinar, imperando siempre con nuestros caprichos, amor propio y sensualidad.

Pero ser menos, ¿qué querrá decir? ¿Cómo se aprenderá esta ciencia? ¿Dónde y en qué libro se estudiará?

—En el Sagrario, alma mía, al pie del altar y delante de una Hostia consagrada.

Ser menos, es quitar de nosotros mismos lo que nos sobra, desbastando todos los días tantos vicios como sobresalen en nuestra alma haciéndole sombra. Es ahondar, profundizar, formar el vacío que ha de llenar Jesús en nuestro corazón.

No tan sólo debemos llegar al nivel de la tierra que todos pisan, no tan sólo debemos ahondar, ocultarnos y descender hasta ser verdaderos esclavos de Dios y de los hombres, así todavía quedaríamos, bajos sí, hundidos sí, pero aún cabales de nosotros mismos; y se trata de que desaparezcamos, si posible fuera, a nuestra propia vista, aniquilándonos en el sentido de comprender claramente el fondo sin fondo de nuestra miseria y de nuestra nada.

¡Oh Jesús, Corderito humildísimo del Sacramento! Ilumíname... envía sobre mi corazón ¡oh Luz de luz! un rayo de tus resplandores, que me haga entender para practicar ese **ser menos** de que está sedienta mi alma; habla, Jesús, que tu pobre sierva te escucha.

—Mira, hija, serás menos siempre que las penitencias desmiembren tu naturaleza en mi honor y a favor de otros.

Serás menos, disminuyendo el yo con un constante dejamiento propio, con un continuo disminuir del hombre viejo, contrariando sus inclinaciones por medio de la mortificación y dominio propios, llegando a desposeerte de ti misma, por fin, en favor de la gloria de Dios y de la salvación de las almas.

Mira, hija; si quieres que otras almas crezcan y me den gloria, debes empequeñecerte humillándote.

Sólo se da la vida, quitándosela, disminuyéndose en favor de otros, y si quieres, con tu celo, dársela a los demás, debes desmembrarte y dar pedazos de corazón, diré, trozos de alma, por medio de esa disminución íntima, desapareciendo para que Yo en tu alma aparezca, atrayendo y reinando en los corazones.

Los que dan la vida a las almas, tienen que ser **siempre menos** a sus propios ojos, dejando a cada instante la corteza de la propia voluntad, de sus afectos, de sus deseos y aspiraciones, jamas obrando con conocimiento de causa para su propia satisfacción, **hasta no ser,** hasta

que la propia personalidad desaparezca, y sólo reine en ella **el que es,** absorbiéndolo todo y fecundando ese vacío del corazón.

—¡Oh Señor! ¡oh Maestro divinísimo de mi pobre alma! Dame una gran sed de bajar, de disminuirme, de disolverme dentro de los abismos de mi nada, para que ya no yo, Jesús mío, sino Tú solo reines en mí. Dales vida a las almas, aunque a mí me la quites, que sin duda te servirán mejor que yo; que el sitio que yo pueda ocupar en el corazón de las criaturas se vacíe y que Tú, Amor mío, llenes ese lugar.

Ayúdame, María, Madre amadísima, a ser menos, para que otros sean más, y tú Jesús reciba mucha gloria. Amén.

47. TU GUSTO

Tu gusto es el mío, Jesús adorado, que me escuchas; porque ¿qué puede mi alma, mi pensamiento y mi corazón desear, sino lo que a Ti te agrada, lo que Tú quieres?

¡Oh Jesús, Jesús, único amor mío único placer mío! yo me gozo en repetir hoy aquí al pie de tu altar, la entrega toda de mis quereres, uniéndolos a los tuyos para siempre.

Pero ¿cuál fue tu gusto, Amor de mis amores? Tu gusto fue la Cruz, ¿y había yo de permitir que fueras al Calvario sin mi? Dame esa Cruz, Señor, dame mil cruces, o mátame en este momento con el fuego de tu caridad, si se que he de pasar la vida sin emplearla toda en padecer por Ti.

No merezco esa dicha, Señor, de que todas las horas de mi existencia sean cruces, llevadas por tu amor; pero tu liberalidad puede dármelas, con ellas la fuerza, que, obrando con la naturaleza, no me abandonará. Yo sé, Jesús mío, que Tú nunca niegas tu gracia a los que crucificas; yo sé que los que van en pos de Ti, pisando sobre tus huellas, siempre te van viendo delante de si... siempre van recibiendo bendiciones... siempre van gozando de tu compañía. Por eso los crucificados van alumbrados, esforzados e inflamados, porque no se apartan de Ti. El amor atrae, y el amor lleva a la Cruz éste es el imán poderoso que, pasando sobre todo, hace que el alma llegue feliz hasta el

Calvario. Pero ¿qué combustible es el que incendia ese divino fuego, sino la Cruz? Entonces, ¿cómo tendré por grande ningún trabajo? ¿Cómo arredrarme ante cualquier dolor?

¡Oh Jesús de mi alma toda! Si tu gusto es que yo sufra sequedades, que padezca enfermedades, y penas, toda clase de soledades y tribulaciones, ¿no será éste el mío, Amado único de mi alma? Sí, lo será; que el que no toma tu cruz y te sigue, no es digno de Ti; y yo quiero seguirte **muy de cerca,** y clavarme con tus mismos clavos, crucificarme sobre tu misma cruz.

"Mi carne miserable siente y gime con el dolor: como ciega, quiere huir de la Cruz; como pervertida, la aborrece". Pero Tú, Señor de mi alma, puedes reforzar mi flaqueza y enamorarme hasta el delirio del sacrificio; Tú puedes ayudarme a cargar la Cruz, pero no tan sólo para aligerar su peso, sino para que llegue ¡oh si! **más pronto al Calvario.** Tú harás que, si caigo, me levante, y tan sólo mi caída como la tuya, por persistir en seguirte en el camino de los sufrimientos. ¡Oh Jesús mío! refina mi gusto por la Cruz, y no tenga ya otra en esta vida que vivir y morir en tan dulces brazos.

¡Oh mi buen Amado! Si tu gusto fue humillarte, humíllame; si tu gusto fue crucificarte, crucifícame. Ponme la vestidura blanca que te puso Herodes, y la roja que los soldados te vistieron, la de la humillación y el dolor que Tú llevaste. Yo quiero en todo parecérteme, y grabar en el fondo de mi alma todas las virtudes.

Concédeme la gracia de que no te pierda de vista jamás, y que tu gusto sea siempre mi gusto, y que tu Cruz sea mi Cruz.

¡Oh María, que pusiste toda tu complacencia en ser siempre olvidada, humillada, arrinconada y crucificada! Pide a Jesús, para tus hijos y tus hijas, que sean los mismos nuestros gustos en cada instante de nuestra vida, en aras del amor y del sacrificio! Amén.

48. ÉL Y YO

¿Quién pudiera meditar suficientemente estas palabras que enseñan la verdad y el cielo... mis miserias y mi felicidad?

Él, todo, yo, nada. Él, santidad, yo pecado. Él, ternura; y yo, ingratitud. Él, belleza; y yo, cieno, vileza, asquerosidad, basura. Y, sin embargo de la distancia de estos dos polos, Él quiere que le ame, que me una e identifique con Él, transformando mi corazón en el suyo. Y con esta bondad que me anonada, Él lo es todo para mí... Él llena superabundantemente todos los senos de mi alma... y condensa todos mis cariños, deseos, aspiraciones y esperanzas. El es mi alimento, mi vivir, mi atmósfera, mi sueño, mi realidad, mi encanto.

Él es mi pensamiento, mi recuerdo, mi paraíso, mi cielo de la tierra. Él es mi Eucaristía, mi ideal, mi respiración, mi comida y mi bebida. Él es mi melodía, mi suavidad, el néctar y el aroma de mi alma, mi aliento, mi delicia, mi tesoro, mi querer. Él es quien me enamora endiosándome, el que me mata y me da la vida. . . el que abrasa, incendia y quema mi corazón, haciéndolo arder con sus miradas... con sus primores... con sus sonrisas... con sus amores... Mis horas y mis instantes son de Él; mi cuna le pertenece, y mi sepulcro no tendrá otro Dueño.

Mis penas y mis alegrías, mis suspiros y mis lágrimas, mis dolores y mis dichas, ¿de quién han de ser, sino de Ti, Amor mío, Jesús mío, Dios mío, tres veces santo y mil veces padre?

Mis besos y mis ternuras, mis caricias y delirios, y locuras, un solo Dueño tienen: ¡Él!

En Él vivo sumergida, ahogada, envuelta, perdida, como un punto en el infinito.

De Dios a Dios se encierra mi vida... Él, mi principio y mi fin; de Él vine y a Él voy, pero ¿hasta cuándo?...

Él me espera y me tiende sus brazos en una Cruz, mostrándome un Corazón víctima de mis ingratitudes. Me enseña una corona en la cima del Calvario, convidándome a subir, a crucificarme y consumirse ahí en favor de los culpables. Él va delante de mí, dejando huellas ensangrentadas, diciéndome: "Si quieres seguirme, toma tu cruz, y sé pobre, obediente y pura. Baja, hija mía, y nunca subas".

Él me pide que me marchite en su servicio, para retoñar para el

Él me pide que me marchite en su servicio, para retoñar para el cielo; que me opaque, para que Él brille; y que desaparezca, para que Él reine.

Él me enseña que el último será el primero... me recuerda que vine a servir y no a ser servida; que nada soy, ni tengo, ni puedo, ni valgo, ni merezco, trayendo con esto la paz a mi corazón.

Él me hace palpar que todo lo que no sea infierno, es favor para mi. Él me da la luz para hundirme en las profundidades de mi nada, y ver cómo soy humo y ceniza que el viento se llevará, y cómo no soy capaz sino de ofenderle, y condenarme, siendo todo lo demás delirio y locura, dado lo que soy. ¡Oh gracia inapreciable del propio conocimiento, que estrecho contra mi corazón, temerosa de que me sea arrebatado! ¿quién te me ha dado, perla divina, sino Él, ese Él que me enloquece y enamora, invitándome a una inmolación constante en su unión?

Él me instruye en la ciencia de la Cruz con sus ejemplos, y me hace decir, emocionada, con San Pablo: "Yo no quiero saber sino a Jesús y este crucificado: yo no quiero gloriarme sino en esa Cruz, porque el mundo está crucificado para mí, y yo para el mundo" Y abriendo los brazos, y más el corazón, me hace repetir, llena de entusiasmo, estas palabras: **O Crux, ave, spes unica! Amplius Domine!** ¡más dolor, más sacrificios, más Él!

¡Oh Jesús, escogido entre millares, blanco y rubicundo, santo y perfecto! Tú eres la plenitud de la Hermosura, del Poder, de la Bondad Tú eres el Hijo más tierno, el Padre más amante, el Hermano más cariñoso, el Esposo más fiel...

Tú eres el conjunto de los hechizos, el Hechizo mismo, el Verbo hecho carne, que embelesas a los ángeles, que arrobas a los cielos, que deleitas al Padre y al Espíritu Santo, que enaltece, sublima y endiosa a María.

¡Tú eres el Hijo de la virgen incomparable, Azucena de azucena, Lirio de lirio, y Candor de la luz eterna!

Él **es el que es,** y yo nunca concluiría ni de empezar a mencionar sus primores.

¿Qué cosa habrá ¡Dios mío! divina, bella y santísima que no sea Él?

Con razón mi alma arde delirante de amor, arrastrada por ese imán poderoso que la tiene absorbida... poseída, haciéndola sólo amar ¡ay! al que es amor.

Ahora, ¿qué diré de mi? No quisiera ni tocarme, Señor, sino seguir diciendo de Ti lo que eres, porque todo lo que he dicho es sombra, es borrón, es nada para lo que Tú eres. Dentro de mi corazón te quedas como eres... ¡Oh, si, pero decirlo es imposible; no existe idioma para expresarte!

Ya está Él delineado; pero ¿yo? ¿Qué podré decir de ese **yo** que me envuelve toda en el amor propio, en el egoísmo y el orgullo, y en todos los vicios y pasiones? Basta decir que soy la esencia de todo mal, la misma inconstancia, debilidad y corrupción.

¡Oh Jesús mío sacramentado, que me escuchas! ¿y a esta cloaca te unes, y a este yo desciendes, y a esta miseria atraes, y le tiendes tus brazos, y la perdonas, y no te desdeñas de amarla?...

¡Oh buenísimo Señor! ¡qué contraste! Tú y yo. Se conoce que eres Dios para soportarme.

En esas dos letras: **Él,** se encuentra mi pasado, mi presente, mi porvenir, ¡mi cielo!; y en estas otras dos: yo, se encuentra la más pesada cruz para mi amantísimo Jesús.

¡Qué vergüenza, qué hundimiento! ¡Él y yo!

¡Oh María, oh Madre! **no, no se me olvida,** sin embargo, que entre Él y yo estás Tú, pues en Belén me diste a Jesús, y al pie de la Cruz estuviste entre Jesús y yo, pobre pecadora...! ¡Oh Madre, haz siempre entre Él y yo la unión más estrecha, unión de amor y de dolor en la tierra, y de amor y gloria en el cielo, contigo! Amén.

49. ESTA ES LA VIDA: CONOCERTE

¡Oh sí, Vida de mi vida! la vida es conocerte; que quien te conoce, no puede menos de enamorarse de Ti, hasta el delirio, hasta el martirio. A mí me parte el alma pensar en aquella sentida queja que brotó de tu Corazón un día: "Felipe, dijiste, ¿tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y todavía no me conocéis?" Y eso me lo aplico a mí, Jesús del alma, y sufro, y lloro, y quisiera vivir esa vida que consiste en conocerte y despreciarse, que es la verdadera vida... El que no te conoce, ¿cómo ha de tener nada, si muerte es todo lo que no eres Tú?

¿Y cómo se te conoce, Jesús del alma? Con la dulce ocupación de pensar en Ti... con esa vida de respetuosa intimidad y confianza, con la vida de oración, con la presencia de Dios.

Se te conoce, más que nada, con la limpieza del alma, con la virginidad, como San Juan, que, antes de que nadie te conociera, dijo conmovido: "Es el Señor". Él te sintió y te adivinó con su pureza, y éste es un punto capital para conocerte aún en las obscuras sombras de las noches del espíritu.

¡Cuántas veces no se te ve, Jesús mío, y, sin embargo, el alma que te siente, se estremece y dice: "Es el Señor". El alma pura te adivina y siente tus irradiaciones a muchísima distancia. ¡No importa que las tinieblas de la fe te envuelvan! Ella sabe, ella siente, bajo estos velos de las especies sacramentales, tu calor, tu aliento, tu respiración, tus aromas, tus miradas, tus caricias, ¡tu Corazón! "Es el Señor", dice, pero te conoce, porque tiene la vida de la gracia y del amor, la vida de la pureza, que limpia los corazones y los hace como bienaventurados en esta vida porque te ven; y viéndote, te conocen; y conociéndote, te aman; y amándote, poseen la verdadera vida que no muere ¡porque conocerte es vivir!

Por eso quiero y te pido que grabes tu divina imagen en mi alma, delineándote e incrustándote en ella para siempre.

Pero, si es la vida conocerte, es porque, conociéndote, no puede uno menos que imitarte crucificándose, fotografiando en el alma tus

espinas, tus clavos y tu Cruz.

¡Ven, pues, a mis brazos, Jesús, Jesús mío! ven a mi mente, a mi corazón, formando de todo mi ser una cruz viva, en donde mores reclinado.

¿Quién puede conocerte más que la Cruz? por eso ella tiene vida, y yo quiero parecérmele, siendo como una hiedra adherida a tu cuerpo, a tu alma, a tu Corazón, adivinando tus miradas, tus sonrisas, tus quereres, para volar a cumplirlos. Amén.

50. CUANDO HAY AMOR

Sí, Jesús mío adorado, cuando hay amor, lo hay todo. Por eso vengo a pedirte hoy, con toda el alma, amor para amarte, que me muero por no amarte más, mucho más, infinitamente más.

Quiero, Señor, que me des un corazón de fuego, de aquellos que dicen: "amar o morir... "no morir, sino sufrir..." "crecer siempre en el padecer... amar y ser despreciado por Ti": un corazón de aquellos que no tienen medida, ni en el martirio, ni en el amor... cuando hay amor, no hay obstáculos... ni montañas que no se pasen... ni fuegos que no se pisen... Cuando hay amor, las espinas son rosas, y las cruces perlas... Cuando hay amor, el dolor es el alimento indispensable del alma... los desprecios son honras... las humillaciones, coronas... y las locuras de la Cruz, tesoros...

¡Oh mi buen Jesús, Fuente de todo amor! ¿Y en dónde estás, para llenar los senos de mi alma con ese amor? ¿Por dónde ando, cuando no ando tras de Ti? ¿Qué amo ¡ay! cuando no te amo? ¿Qué busco, cuando a Ti no te busco? Tú, solo Tú, puedes alentar mi flaqueza y alumbrar mi ignorancia, curar mis llagas y enfervorizar mi tibieza.

¡Quién siempre te hubiera amado! ¡Quién nunca te hubiera ofendido! ¡Quién jamás se hubiera apartado de Ti!

Dame, Señor, ese desprendimiento perfecto de todo lo que no seas Tú; dame ese purísimo amor de desasimiento sobre toda amistad, sobre toda cosa terrena y celestial; dame un corazón puro, limpio, desprendido y sin más anhelo que hacer tu voluntad.

¡Oh Jesús mío y todo mi amor! voy a pedirte hoy una gracia muy grande, y es, no tan sólo la resignación de preferir tu voluntad a todas las cosas, sino aquella santa indiferencia que excede a la resignación, porque nada ama que no sea por amor a tu voluntad. Dame, Señor, un corazón **sin elección,** siempre dispuesto para todo, sin otro objeto de mi voluntad que la tuya; quiero un corazón que no ponga su amor en las cosas que Dios quiere, sino en la voluntad de ese Dios que las determina. Esto es muy alto; lo sé, Jesús mío; pero, cuando hay amor, hay aspiraciones gigantescas, hay celo, hay ardores inflamados, sed de pureza, hambre de martirio crucifixiones sin fin y una muy grande confianza en Dios.

Por tanto, dame, Señor, tu amor, un ardiente amor que consuma en mí todo lo que no sea divino. "¡Oh! diré con San Agustín, ¿por qué ¡ay! no dispongo de un amor infinito para amar a un infinito Amor?"

¡Amar, amar y sacrificarme, como la Reina de los mártires, por Ti, será mi delirio continuado hasta poseerte eternamente! Amén.

51. EL O YO

Alguno de los dos ha de reinar en mi alma. Si entra Él, de toda precisión tendré que salir yo; y si entro yo, Él será quien tenga que abandonarla, porque es muy cierto que Jesús no se alberga en el corazón donde hay otros huéspedes. Y todavía; cuando hay criaturas en el corazón, se digna Él mismo quitarlas; pero cuando el orgullo, el amor propio, o **el yo,** existen ahí, entonces deja esa morada, y el Espíritu Santo no acostumbra comunicarse a tales almas.

¡Qué delicado es el Señor en las almas que quiere poseer! Cuando Él obra en un alma para hacerla santa, se reduce a vaciarla de sí misma, a desocuparla de las criaturas y de las cosas, en una palabra, a **simplificarla.** No le gustan al Señor los compuestos, el demasiado aglomeramiento hasta las piadosas prácticas. Él **es uno,** y quiere ocupar el corazón en su totalidad.

Si un alma se le presta y le es constantemente fiel, serán en ella más frecuentes y exigentes las inspiraciones.

Si los deseos de vaciarse y de adelantar fueron flojos, la gracia de Dios se hará menos luminosa y apremiante, pero si el alma a cualquier costa quiere llegar hasta la cumbre del amor, recibirá luces, impulsos **más vivos,** porque cuanto más le diere a Dios, más El le pedirá, permitiendo que se redoble el número de las pruebas para que sea mayor el número de las victorias. Coloca el Señor en circunstancias nuevas que imponen sacrificios imprevistos, que revelan a menudo al alma secretos apegos, restos de amor propio, o faltas de valor y generosidad que antes no conocía.

Así trata Jesús a las almas que le dejan el campo, a las que, huyendo de sí mismas, le proclaman Rey de sus corazones. Pero a las que se buscan, se inciensan y se poseen, las deja en su trono hacerse desgraciadas. No hallando fuertes y dispuestas a las almas que quiere labrar, no va adelante en purificarlas.

¡Oh Jesús mío, Cielo mío y mi único Amor! No permitas que yo ocupe en mi alma el lugar que sólo a Ti te corresponde. Yo quiero y te Pido renunciarme por tu amor; salga yo de mí para siempre y entra Tú, Bien mío, a llenar por completo mi corazón. Seas Tú solo el fin de mis deseos, de mi vida; a Ti llegue, a Ti desee, a Ti sólo ame, y no tenga más pena que perderte.

Tú, y yo no, seas el que vivas y reines en mi alma, aquí en la eternidad.

¡María,. Madre mía! haz que, como Tú, no piense en mí, sino en Jesús, para amarle e imitarle, crucificándome. Amén

52. JESÚS NOS AMÓ EL PRIMERO

No fui yo ciertamente la que te escogí Jesús del alma, sino Tú a mí, miserable gusanito de la tierra, y desde la eternidad ..

Tú me amaste primero... y desde antes que el sol alumbrara, ya me tenías presente... Aun no venía al mundo, y ya tu Sangre me tenía rescatada.

Yo era tuya, aun antes de conocerte y de amarte; y ¡cuántas gracias, para agradecerlas, me oprimen con su peso, confundiéndome!

Apenas tuve uso de razón, me ocupé en ofenderte... mas Tú, amándome primero,. ya me tenías preparados los remedios en los Sacramentos.

Me limpiaste en las fuentes del Bautismo... y las confesiones, cuantas he querido, han venido a purificarme.

¡Cuántas Comuniones, de las que bastaba una sola para haberme hecho santa!

¡Y la gracia, esa participación divina de la que yo he abusado tantas veces!. ¡y el ángel de mi guarda, que de tantos peligros me ha librado!... ¡y la Madre de Dios, por mi Madre!... ¡y el Corazón de Jesús, y su amor inconcebible, y su ternura sin igual, y el Dador ¡ay! que es más que el don!... ¿Cómo agradecer tan grandes beneficios?... ¿Y los beneficios particulares .. especiales?... ¿Y los futuros, que me quedan por recibir?...

¡Oh Dios mío, que mi ingratitud es mucha, y no sé cómo corresponder a ese amor eterno que me sacó de la nada, que me dio el ser, que me amó El primero!

Quiero, de hoy más, dedicarte todos los instantes de mi vida, todos los momentos de mi existencia, todas las palpitaciones de mi corazón.

Me tomaré cuenta, cada día, de cómo guardo mis sentidos. . de cómo empleo mi tiempo. . de qué resquicio dejo por donde se escape el fervor... Me examinaré muy a menudo de mis propósitos...de mis deberes y modo de ejecutarlos .. de mi voluntad, genio, vicios, índole, disipación y presencia de Dios.

¡Cómo y con qué fervor hago mis oraciones, Misas, Comuniones.. y con qué preparación, y con qué fruto!.. Yo veré qué virtudes principalmente me faltan, para apretar... reformar quitar poner.. y arrancar sin compasión, y con la generosidad que sólo da el amor

¡Oh Jesús, que me amaste primero! ayúdame a cumplir estas pequeñas prácticas para agradarte.

Sí, sí, te prometo practicar con fidelidad y constancia los seis puntos siguientes:

En mi exterior:

1° Exactitud en mi método de vida.
2° Hacer bien cada obra.
3° Tener mucho cuidado en las cosas pequeñas.

En mi interior:

1° Una gran pureza de intención.
2° Una presencia de Dios continua.
3° Todo cuanto haga, hacerlo por amor.

Esto me propongo, Jesús del alma toda, para corresponder a quien me amó Él primero.

¡Oh Madre mía! bien sé que, después de Jesús, nadie me ha amado, me ama ni me amará tanto como Tú, pues **eres mi Madre;** haz! te lo suplico, que guarde perfectamente en mi interior y mi exterior estas santas prácticas, para que así me parezca mejor a Ti y a tu Jesús. Amén.

53. AMAR ES SUFRIR

¡Qué verdad es ésta, Jesús del alma toda! No hay amor sin sufrimiento, no hay caridad sin sacrificio. ¡Amar es sufrir, y **para saber cuánto sufro, sería preciso saber cuánto amo!**

Y sólo Tú, sólo Tú, Dueño de mi ser, sólo Tú, Jesús del Sacramento, puedes medir el tamaño de mi amor, que quiero no tenga tamaño; y si la Cruz es la medida del tuyo hacia mí, esa misma ¡oh, si! quiero que sea la del mío hacia Ti.

Si me abrazo a ti, Cruz sacrosanta, compañera perpetua de mi alma, es porque amo a ese Jesús que me escucha. La muerte sólo apartará de ti mi cuerpo; pero el amor que mi corazón te profesa, vivirá en él y reinará eternamente"

Yo te adoro delante de mi Dueño, Cruz sacrosanta, sabiduría escondida, desconocida luz, honra de los que te sirven, seguridad de los que te llevan, corona de quien te abraza, premio, de los que te aman, y salvación de los que a ti se entregan.

"Quien en ti muere, Cruz preciosa, vive; quien en ti vive, reina; quien te ama, está contento; quien te busca, acierta. Tu altura penetra en los cielos, tu pie llega hasta el infierno, y tus brazos nunca se encogen y a todos amparan. Quedaste ardiendo siempre en el amor del que en ti se sacrificó, y a todos los que te buscan y aman comunicas ese fuego; tú confundes al mundo, derribas la soberbia, coronas la humildad y pueblas el paraíso".

¡Oh mi buen Jesús, amar es sufrir, y sufrir es amar! Nunca apartes de mí el dolor, y no haya en mi vida hora ni momento en que no halle la Cruz junto a mi.

Si quiero amarte hasta le delirio, debo sufrir hasta el martirio. ¡Oh bendita Cruz, quién nunca huyera de ti! ¡quién conociera tus secretos! ¡quién entendiera las dichas que encierras! "Tú traes gracias a las almas abatidas, desterradas, perseguidas y llenas de lágrimas, y con quien te muestras más cruel, eres su mejor amiga; si quitas los bienes temporales, das el divino amor, si llenas de injurias, das coronas de gloria; si desamparas por fuera, unes por dentro con Dios. A los que prendes, libras, a los que cargas de penas, sueltas de culpas; a los que todo les quitas, les das a Jesús, Tesoro del cielo".

Yo quiero todos sus rigores, ¡oh. sí! para abrasarme de los divinos amores.

¡Madre mía, Virgen dolorosa, sin clavos y sin cruz crucificada, dame un ardiente amor de dolor! Amén.

54. JESÚS OBEDECIO HASTA LA MUERTE Y MUERTE DE CRUZ

Ese debe ser mi Modelo de obediencia, ese Jesús cuya comida y bebida era hacer la voluntad de su Padre celestial. "Mi sustento es hacer la voluntad del que me envió" (Juan, II, 34) Y esa obediencia siempre lo crucificaba; pero a esa Cruz, diré, como a todas las otras, se las endulzaba el amor.

De la obediencia procedieron todos los trabajos de Jesús: obedeció Cristo al ir a Belén; obedeció en la huida a Egipto; obedeció quedándose en el Templo. "¿No sabíais que en las cosas de mi Padre conviene que yo esté ocupado?" (Lucas, II, 49) . Vivió con obediencia, sujeto hasta los treinta años a sus padres, y sus últimas palabras en la Cruz fueron éstas: "Todo está consumado", "en tus manos encomiendo mi espíritu": que ha obedecido hasta el último instante.

"El que me amare, guardará mis preceptos", dijo el Señor; de suerte que por la desobediencia **se pierde el amor,** es decir, que el que no le amare, no los guardará.

Por la desobediencia cayó Adán, y caerán todos los que, ciegos y orgullosos, no quieran obedecer; porque el obediente cantará victoria.

"Existen tres raíces de donde procede la desobediencia: la primera nace **de la estimación de sí mismo,** que ciega el alma y no le deja conocer su natural bajeza. Esa presunción derribó a Lucifer, y el abatimiento propio ensalzó a María

La segunda raíz viene de **la confianza en el propio parecer,** y en esta ceguedad es muy frecuente que falte la cruz; de aquí han venido las herejías.

La tercera raíz viene de la soberbia **de dejar a Dios por la criatura, de no querer descontentar a otro o a sí mismo, o por no cortar el apetito en que el hombre pone su consolación.** Ésta derribó a Adán por no disgustar a su compañera, por no negarse a sí mismo".

¡Oh Jesús Eucaristía, Modelo sin igual de obediencia! dame hoy esa virtud y la gracia suficiente para cumplir los propósitos que siguen. Siete puntos de oro, que me santificarán si llego a cumplirlos:

1° "Obedeceré **por Dios** como si Él me hablara en los Superiores, porque cierto e indudable es que la voz de los Superiores, la voz de la obediencia, es la voz de Dios.

2° Obedeceré **con prontitud,** sin un minuto de detención, adelantándome aún, previniendo los deseos de mis Superiores.

3° Obedeceré **siempre sobrenaturalizando todos mis actos,** hasta el comer, el beber, el dormir, etc.: todo sellado con la santa obediencia.

4° Obedeceré **con sencillez** y a ciegas, sin criticar interior ni exteriormente.

5° Obedeceré **alegremente** sin manifestar repugnancia, esforzándome siempre en demostrar contento.

6° Obedeceré, **como Jesús hasta la muerte,** haciendo que el sustento de mi alma sea su voluntad santísima.

7° Oraré, trabajaré y lucharé por alcanzar el espíritu y la virtud perfecta de esta tan amadísima virtud, **imitando a María,** la Reina de la obediencia".

¡Oh Jesús que me escuchas! Dame hoy la gracia de salir de mí, y vivir en plena sujeción a la voluntad ajena; hazme entender que la obediencia de obra **es la más baja;** la de voluntad y obra, **la más santa;** y la de voluntad, obra y entendimiento, **la más perfecta.**

Dicen que a ésta pocos llegan, Señor; pero Tú puedes hacer que yo sea de estos pocos, con tu gracia y el amparo de María, y sólo para glorificarte. Amén.

55. SIN MEDIDA

Así quiero amarte, Jesús Eucaristía, **sin medida,** con todas las fuerzas de mi corazón, con todas las energías de mi alma.

¡Sin medida en el dolor... sin medida en el amor!

Yo te quiero amar sin estos mezquinos cálculos de la naturaleza, sin esa poquedad y ruindades de un esquivo corazón. Yo quiero que me des hoy una generosidad sin límites para inmolar a tus pies todos mis afectos, y quereres, y pareceres.

Ya que tanto te he ofendido hasta aquí, ya que tan infiel y tan ingrata me he portado contigo, Luz de mi vida, ahora quiero llorar todos los días perdidos, y ofrecerte una vida toda de expiación y de amor...

¿Cuántas veces, Jesús que me escuchas, has puesto sobre mi corazón tus ojos, y yo los míos en innumerables bajezas? ¿cuántas, Señor, que has brindado tu amor, y yo he empleado el mío en las criaturas? ¿Tú siempre en pos de mi, y yo huyendo de tu divina presencia? ¿Tú dentro de mi, Jesús del alma, y yo siempre lejos de Ti?... ¡Oh mi único Dueño! ¿verdad que mi ingratitud no tiene medida, como no la tiene tu amor hacia mi?

¡Oh mi gloria y mi tesoro! yo me muero de dolor cuando contemplo tus ternuras y las faltas de delicadeza de mi corazón... ¡Cuántas veces llamaste a él y no te abrí!... ¡cuántas lograste entrar y te deseché!... ¡cuántas troqué tu compañía por una criatura. . . por un placer... por una pasión!...

¡Ay, Amor mío, Cielo mío! perdóneme tu bondad, y arranca la tibieza de mi alma. Tú Señor, que toleraste el frío, aborreces esta tibieza; ¿y con ella has vivido en mi pobre corazón? Arrójala, Señor, y muda y transforma a quien a Ti se convierte.

Ya no quiero alentar sino para Ti; acaba con esa miseria, y enciérrame dentro de tu pecho. No te fíes, Señor, de mí, que soy la pequeñez misma; **ésa es mi medida;** pero Tú solo, Jesús mío, eres grande

en todo: en padecer y en amarme, en disimular mis faltas y en perdonarme. ¡:Esa es tu medida; la de tu misericordia que no tiene medida! Pues empléala en mi, y suple con amor mi impotencia y nulidad.

Tú, que eres Todopoderoso, enciende mi corazón, y hazlo arder en celestial fuego curando todas sus llagas.

Quema mi pecho, Señor, Señor con el leño de tu Cruz; yo te veo clavado en ella, espinado, desangrado, y me quedo electrizado cuando, sonriendo al mirarme, **con los brazos extendidos, me dices:** "¡No temas, hija, que **ésta es la medida de mi amor!** Llora y agradece, porque la medida de mi amor es la Cruz, la cual no tiene medida.

¡Madre del alma, Cruz viva del crucificado Jesús! dile con tus labios que soy suya y que quiero padecer y ser despreciada por su causa. Amén.

56. MI HORA DE CIELO

¿Cuál ha de ser sino ésta, Jesús mío, mi Tesoro, mi querer; ésta, en la que, arrodillada aquí a tus pies, te miro y me miras. . me confundo y me bendices? "Hora de amor" debiera llamarse, porque el amor es el cielo, es la vida, ¡lo es todo!.

Aquí vengo, pues, Jesús mío, a vaciarte mi corazón con todas sus miserias .. vengo a hablarte, y a escuchar tu dulce voz... Vengo a tomarte en mis brazos, y a estrecharte contra mi corazón... Vengo a desahogar mi pecho que te adora en mil ternezas... a empaparte en mis lágrimas, ¡en esa sangre del alma exprimida por el amor!

Tú sabes, Vida mía, Amor de mi alma, lo que te pregunto.. lo que me respondes... lo que te cuento... lo que te prometo...

Y en esta hora no hay mundo para mí, ni padres .. ni familia... ni cariños .. ni nada...

¡Solos Tú y yo, Jesús Sacramentado! ¡tú y yo, uniéndonos, identificándose nuestras almas, nuestros pechos, nuestras voluntades!

Solo una cosa tiene entrada en estos minutos, acompañando al amor, y es ¡el dolor!... el dolor de verte ofendido y tan poco amado el dolor de celo... el dolor de no ser ángel, ¡de no ser mártir!... el dolor de que las almas se pierdan... Y la consideración de tu amor, Jesús adorado, acrecienta todo esto; por eso mi pecho se rompe, Bien amado de mi corazón, mi tormento crece, y te pido mil veces, ofreciéndote el sacrificio que te plazca, perdón, misericordia, ¡piedad!

Aquí me aconsejas, Señor..., aquí me animas a seguir tus huellas, a no soltar jamás la Cruz .. aquí me fortaleces ¡y me perdonas!...

Aquí ¡oh felicidad incomparable! me recuerdas mis heridas y me enseñas a remediarlas.

Aquí me abres tu Corazón, Asilo seguro de los culpables, refrigerio de los cansados, y recogimiento de los desamparados. ¡Oh Jesús amoroso, que amas viviendo y amas muriendo, y amas después de muerto, y amas eternamente! Ni con la muerte se pudo tu amor agotar, y dejas abrir, romper con hierro la entrada a tu Corazón, para enseñarme mi nombre escrito en él... Ni aun muerto me olvidas, Señor, sino que tuviste cuidado de hacer abrir tu Costado para que saliera la Sangre que todo lo limpia, y pudiera entrar hasta lo íntimo de ese Corazón enamorado en donde todos los bienes se atesoran. Eso haces conmigo aquí. recordarme tus beneficios, y, mostrándome la Cruz, gritarme. "¡Adelante, hija, adelante! aun cuando tengas que atravesar una montaña de dolor, sube a ese Calvario y espínate por mi amor. Si nadie te comprende. . si no encuentras eco en los corazones, aquí está el mío, que es todo tuyo. Si las almas se escapan de tus manos y siguen otro rumbo, ora, calla y sacrifícate en su favor. En todas tus penas estoy muy cerca de ti, aunque no me sientas, aunque no me veas. ¡Ánimo, que la vida es corta, y la gloria eterna!"

Eso me dice Jesús, en mis horas de cielo, en mis horas sagradas, en mis horas de amor.

Eso me repite María, que siempre siento a mi lado en mi hora de cielo, y de la cual no me separo nunca, ni un minuto, para amar a mi Jesús, imitándola. Amén.

57. ¿QUÉ ME DICES SEÑOR?

—Yo te digo, hija mía, que bajé del cielo, porque te vi muy lejos, muy sola sin Mí... porque mi amor a ti, pobre gusanito de la tierra, me impelía a tomar tu carne haciéndome hombre, y a darte la mía en esta Hostia consagrada... a vivir cerca y dentro de ti... a bajar de mi trono de querubines y a ocupar el pobre y silencioso albergue de los sagrarios de la tierra, y el de los corazones de los hombres.

Yo te digo que, si tú me amas desde hace algunos años, Yo te he amado de eternidad a eternidad, no siendo causa tus pecados... tus olvidos... tus desdenes y hasta tus ingratitudes para entibiar mi amor.

Yo te digo, hija querida, que mi Pasión y mis martirios fueron poco para saciar mi sed de dolor, y que quiero continúes tú lo que Yo no puedo ya, es decir, que sufras, que padezcas, que, siendo víctima en mi unión, te ofrezcas y me ofrezcas en favor de mis planes redentores.

Quiero almas sencillas, puras, ocultas y generosas, que cifren su dicha tan sólo en sacrificarse por Mí.

Te digo que formé este tabernáculo para estar aquí más solos, más cerca... corazón con corazón, comunicándote mi interior en cada uno de sus latidos.

Yo estoy aquí viendo venir a las almas que se me acercan... contando sus virtudes... sufriendo sus olvidos... consolándome con su amor.

Yo las sigo con mis ojos, las tengo retratadas en mis pupilas, y llevo escrito su nombre en mi Corazón; y cuando las veo acercarse para tomar aliento y vida aquí a mis pies, me derramo en gracias, sobreabundo en ternuras, quisiera estrecharlas más y más con el que es su Vida, por medio de las virtudes perfectas del propio vencimiento, del anonadamiento constante y de la voluntaria mortificación.

Yo te digo que quisiera de ti más limpieza de alma, humildad, olvido propio y abnegación.

Quiero de ti una vida interior de unión con Dios, negándote a ti misma, alimentándote con virtudes heroicas y probándome tu amor con obras.

Quiero de ti, hija querida, que completes mi Pasión en tu carne, haciéndote víctima de tu unión. Quiero que compres pureza para ese mundo corrompido. Quiero que te crucifiques sin testigos, con aquel dolor que une, que santifica y alcanza gracias... con aquellas crucifixiones ocultas que me hacen sonreír y desarman a mi Corazón todo ternura y bondad, aplacando la justicia de Dios y atando sus manos para el castigo.

Yo quiero que tu cielo en la tierra sea sufrir por Mí... hacerte como leña que se queme en mi honor y en favor de los pobrecitos pecadores.

Esto te dice tu Jesús, alma querida, en estos minutos silenciosos que nada ni nadie turba, sino las palpitaciones de mi Corazón y del tuyo, que se enlazan, que se comprenden, y que laten a un mismo compás ¡amándose!

—¡Oh Jesús, fuego mío, Amado mío, Señor mío! guardaré en mi corazón tus quereres, y sólo te pido tu gracia para cumplirlos.

¡Oh María! ayúdame, mi buena Madre, a realizar en mí todo lo que me dice mi Jesús, pues, cueste lo que cueste, quiero pasar mi vida en darle gusto, y por puro amor. Amén.

58. MI ESPINA DE HOY

Tú sabes cuál es, ¡Jesús de toda mi alma! Sólo Tú la conoces y mides su profundidad y dolor.

Ella me traspasa el corazón haciendo estremecer a mi naturaleza con su contacto... Pero... ¡no importa! yo vengo a ofrecértela con toda mi voluntad, y quisiera, Jesús, clavármela más honda para tener más dolor, centuplicada amargura que ofrecerte...

¿Cómo no, Cielo mío, si mis sufrimientos alivian los tuyos, si mis espinas a Ti te las quitan?¿No es delicioso entonces coronar mi cabeza y

mi corazón con millones, puesto que al punzarme a mí, a Ti te consuelan?

Pero ¡hay tantas clases de espinas de parte de Dios y de los hombres!

Existen unas tan crueles y angustiosas, que, minando el alma, la hacen agonizar sin consuelo... Hay espinas de humillaciones públicas... las hay de afectos despreciados... de negativas descorteses... de sospechas infundadas, etc... Hay espinas, sobre todo, de ingratitudes; y ésas son las más dolorosas, las más punzantes, porque son las que coronan ¡ay! tu Corazón, ¡Jesús del alma!

El mundo está lleno de espinas más que de cruces; pero yo quiero pisarlas, mi Jesús, quebrarlas y destruirlas entre mis brazos, y contra el pecho que te adora.

Son la mirra con que mi alma, miserable y pobre, obsequia al Amado: son mi querer, son rosas para mí, porque lo son ¡ay! para mi Jesús.

Mi camino está sembrado de esas preciosas flores que no se marchitan... y a la medida que se riegan con sangre, crecen y se multiplican, aromatizando mi vida espiritual para que las aspire mi Dueño.

Por eso, cada mañana, la primera espina que brota ante mi vista, la tomo con ternura, y, aun cuando sea en medio de mis lágrimas, vengo a ofrecértela, Señor, porque esa agua, esa sangre del alma, la purifica y hermosea.

Yo te la presento, y Tú, Bien mío, la clavas en las fibras más delicadas de mi corazón. Pero, al clavarla, arrancas una tuya; y con esto soy feliz, y quisiera tener millones que ofrecerte.

¡Oh Cielo mío Eucarístico, mi Dueño del Sacramento, mi adorado Jesús! Nunca me dejes sin que taladren mi cuerpo y mi alma. No escasees, por piedad, esas perlas; que yo quiero envolverme en ellas, sólo porque te amo.

¡Oh María! tu corazón fue traspasado por espinas sinnúmero... ¡así el mío!... ¡Feliz en parecerme a mi Madre! Amén.

59. SÁLVANOS, QUE PERECEMOS.

Sí, Señor mío y Dios mío, aquí presente, las tempestades rugen en mi alma, las tormentas se suceden incansablemente, las amargas aguas del dolor llegan a mis labios y han inundado mi pobre corazón.

Me ahogo, Jesús Eucarístico, entre mil pasiones encontradas... al estallido de la soberbia y de la ira, del orgullo y de los celos.

Relámpagos de envidia y despecho vienen a envolverme. Sálvame, Jesús, despierta y escúchame, que perezco.

Mi fe es muy lánguida, mi esperanza parece muerta y la caridad no arde en mi helado corazón... ¡Sálvame, Señor, Tú que eres mi Salvador!

Mira, Señor, soy muy miserable en todo mi ser: muy pagada de mí misma, muy fácil a encariñarme con las criaturas, muy suspicaz, muy pronta para censurar, muy tarda para corregir mis defectos; sálvame de mí misma, por piedad, pues que muchas veces ni necesito de Satanás para mancharme; me basto yo para atizar mis vicios...

La obediencia me cuesta... las preferencias me duelen, los vencimientos me fastidian, y la tibieza ¡ay, Jesús, Jesús mío! me tiende sus redes. ¡Sálvame, que perezco sin tu ayuda!

Me hace falta el incienso en cualquier forma... tengo mucha sensibilidad, y me rijo por impresiones que pasan, dejándome hielo y vacío en el corazón.

¡Sálvame, Jesús, y óyeme por piedad!

La imaginación es mi aliento; las reprensiones, mi martirio; no soy cristiana sino de nombre, Jesús, Jesús mío, y quiero serlo **crucificándome.**

Calma, pues, los huracanes que me arrebatan y la tempestad que brama por devorarme.

Apacigua mis tentaciones, desbarata esas negras nubes que están para descargarse sobre mí, Jesús Jesús mío ,y ¡sálvame!

¡Estrella del mar, María, María! Serena, por piedad, el cielo de mi pobre alma, y dile a tu Jesús: "Sálvala, sálvala; es mi hija, y está a punto de Perecer". Amén.

60. INCIENSO

El incienso no da aroma si no lo devora el fuego, y yo quiero ser tu incienso, Jesús adorado, aunque arda en cualquier crisol, aunque me queme en cualquier martirio. ¿Me lo concederás?

Pero también se incendia el alma en el amor... también ese fuego quema y derrite, consumiendo dulcísimamente el corazón, el cuerpo, la vida entera en honra del Amado.

¡Sufrir! ¿qué importa si éste es el aroma que agrada a Jesús?

¡Oh, qué dulzura sienten en los sufrimientos las almas que son puramente de Dios!

¡Incienso! ¡qué hermosa palabra! ¡qué símbolos encierra! Yo, desde muy niña, lo envidio, porque, cuando se quema, sube, sube envolviendo a Jesús como entre gasas y aromas; siempre va para arriba... y penetra hasta el fondo del Sagrario, sorprendiendo y adivinando los primores del Tabernáculo.

¡Qué dulce ha de ser la muerte cuando se ha sido en la vida incienso de Jesús, es decir, cuando se ha vivido siempre en la cruz sobre las brasas de su divino amor!

¡Es tan lindo el dolor para el alma enamorada de la Eucaristía!

Si pudiéramos pasar ocho días en el cielo, comprenderíamos lo que vale un instante de sufrimiento. Entonces no encontraríamos cruz alguna que fuera pesada y ninguna prueba que fuera amarga.

¡Oh Jesús del Sagrario! ¡quémame al pie de tus altares, en la humillación y el dolor! Soy tu incienso, por dicha mía, y llegaré hasta tu trono, y me haré una nube que te envuelva rozándote, besándote con amor, escondiéndote de todos las que quieren despreciarte. ¡Hostia de mi vida, Custodia amadísima! Tú serás mía, aunque sea de instantes en instantes, cada vez que me arda en la humillación y el sacrificio: todas las ocasiones que debaste mi voluntad, que abnegue mi juicio, que sufra en silencio alguna afrenta, que me domine venciéndome, que me sacrifique amando!

Entonces seré tu incienso, cuando me abandone en manos de la obediencia, destruyendo todo propio querer, y me deje hacer de Dios y de los hombres en las brasas del amor y del dolor.

¡Oh María! haz que, como el tuyo, los ardientes corazones de tus hijos sean incensarios en los cuales ardan siempre esas divinas brasas del amor más puro y del sacrificio más completo. Amén.

61. CÚRAME

¡Oh, si, Jesús del alma, mi divino Médico! ¡cúrame, cúrame por piedad!

¡Tú ves, Señor, la profundidad de mis llagas, y conoces hasta dónde llega su gravedad!

"Señor, el que amas está enfermo". Voy, Jesús mío, a decirte mis dolencias para que las cures, a enseñarte mi lepra para que la sanes.

Tengo a menudo soberbia.. vanidad... cariños mal entendidos... afectos que, si no me impiden por completo tu unión, si merman tu presencia en mi alma.

Tengo amor propio herido... propias complacencias... faltas de caridad con mis prójimos... murmuraciones internas que enfrían... retardos en corresponder a tus inspiraciones... faltas de vencimiento y de mortificación.

¿Qué más, Jesús del alma, qué más? ¡Cuántas faltas de silencio y de obediencia! ¡cuántas excusas y rutinas en tu servicio! ¡cuánto propio juicio, Señor, Señor!...

¿Cómo me curaré? ¿cual será mi enfermedad capital entre tantas otras que atrofian mi alma?

Me examinaré a la luz eucarística, aquí, Jesús, en la pobre adoración que te dignas recibir de esta alma tan llagada.

Ilumíname y habla a mi corazón, que ya te escucho.

—Mira, hija, tus males proceden todos de la soberbia y de la falta de recogimiento. Generalmente vienen las turbaciones a tu alma de no verte alabada, querida y tomada en consideración.. vienen de que buscas a la criatura, no para que te lleve a Mí, sino para que contente tu amor propio; y, si esto no encuentras, te desazonas e inquietas, buscas satisfacciones vanas, que sólo pueden dejar el vacío en el corazón.

No me buscas a Mí, hija querida, sino a ti en otros, y por eso no encuentras la paz.

Sólo encontrarás esa paz el día en que, negándote a ti misma, quieras con toda tu voluntad hacerla en **todo...**

Convéncete ya de que, para ser feliz, sólo se necesita desaparecer... bajar... desposeerse y dejarme el campo a Mí que sólo puedo dar la dicha en la humillación y el dolor.

Este es el paso que para el paladar de tu alma guste del santo recogimiento y de la mortificación, que es su vida, sólo de esta manera puedes tener presencia de Dios y unión con Él. Esta es tu medicina, si quieres sanar: la humildad.

Piérdete de vista a ti misma. convéncete de tu nulidad, hija querida y procura ser menos que nadie delante de los hombres y más que nadie sólo delante de Dios.

—¡Oh María! haznos humildes y pequeñitos como Tú Amén.

62. SIN MI, NADA PODEIS HACER

Cierto, Señor ¿qué puede hacer el discípulo sin su Maestro, el esclavo sin su Señor, la cruz sin su Jesús clavado en ella?

Caña hueca, desierto árido, heno y paja, sólo buena para el eterno fuego soy yo sin Ti.

Pero, ¿acaso una amante de la Cruz podrá estar sola sin su Dueño amorosísimo, sin el único amor de su alma? ¿Es posible que pueda existir una cruz viva, que no lleve latente, y vivo, y palpitante con ella a su Jesús?

Sólo en tu unión puede moverse las almas amantes de la Cruz. Sin Ti ¿qué pueden hacer sino condenarse y delinquir?Sin Ti, ¿acaso sabrán otra cosa que pecar y hundirse en el cieno de mil miserias e imperfecciones?

Cuando yo ¡miserable! he tenido la desgracia de ofenderte, siempre ha sido, Señor, por haberme creído capaz de algo olvidándome de Ti.

¡Cuántas veces la vanidad ha venido a empañar mis actos! ¡Cuántas otras, las vanas complacencias han enlodado ¡ay! el cristal de mi alma donde te reflejas!...

¿Cuántas ocasiones ¡ay! (y perdóname) he dispuesto las cosas sin consultar en la oración tus designios; sin humillarme, para tener luz; sin acordarme de tener presente, Señor, a Ti, que eres el todo de mi alma?

En las correcciones, ¿he buscado antes tú ayuda, tu beneplácito y favor? Cuando en mil circunstancias me he estrellado, ¿no ha sido acaso por contar mucho conmigo misma, olvidando que, sin Ti ¡oh Jesús que me escuchas!. **nada absolutamente** podía hacer?

¿Quién es el que da espíritu y vida a cuanto existe? ¿Acaso soy yo? ¿Quién es la luz del mundo, el que puede mover los corazones, el que puede apoderarse de las voluntades, sino Ti, Señor, el Todopoderoso?

¿Qué es el hombre sin Ti? La palabra puede convencer, pero sólo la sangre persuade, es decir, la vida de sacrificio en unión de Jesús. El arte hace al orador, pero **sólo el sufrimiento hace al santo.**

Las palabras conmueven, pero sólo la santidad convierte. De suerte que, para obrar eficazmente sobre los hombres, es menester replegarse primero en Dios.

Somos impotentes sin Jesús; pero con Él, todo lo podemos hacer: "todo lo puedo en Aquel que me conforta". ¿Verdad, María, Virgen santa, que tú así lo hiciste? Dame tu fe, tu firmeza y tu humildad. Amén.

63. VER A JESUS EN TODO

Esa debe ser la vida de las amantes de la Cruz; ver a Jesús en todas las cosas.

¿No es así, Señor de mi alma? ¡Verte siempre obrando y permitiendo las cosas para nuestro mayor bien!

Yo quiero, Señor, y vengo hoy a pedirte, por medio de la Inmaculada María, que me concedas esa constante presencia de Dios para verte, oírte y tocarte en todo.

En mis superiores, siempre veré tu imagen, Jesús querido; y en mis hermanas, tu parecido.

"Es Jesús", diré cuando se me presente alguna humillación o dificultad; es Jesús, el que viene envuelto en estos velos. "Es el Señor", repetiré, cuando las pruebas vengan a quebrantarme; es su visita en la forma de una cruz .

Cuando las desolaciones me tuesten, cuando los desamparos hagan a mi alma desfallecer: "Es el Señor, es Jesús", me diré, venciéndome y estrechando el dolor, y las mil penas, fatigas y luchas, con mi corazón destrozado.

¡Oh, si en todo, de veras tuviera yo esa mirada sobrenatural, viendo la mano de Dios, su voluntad santísima, al mismo Jesús, que,

velándome, me hace sentir el contacto del dolor por amor!

¡Cómo vería yo entonces en cada prueba una gracia; en cada contradicción, el cielo! ¡Qué árida es la vida sin Jesús! ¡qué dulce toda cruz a su lado! ¿Por qué entonces, Señor, de mi alma, yo sufro y lloro, sino porque vivo aún de lo natural, y no pienso en Ti, que todo lo dispones para mi mayor bien?

¿Qué me falta, Señor que me escuchas, sino sobrenaturalizar mi vida, y tenerte presente a todas horas, en mis gustos y en mis penas, exclamando a cada paso, emocionada: **Es el Señor?...**

Dame, Jesús, dame, Bien mío, esa clara luz de la fe, que me alumbre siempre, esa celestial verdad de que Tú vienes en la enfermedad y en la salud, en los gozos y en los sufrimientos; yo quiero vivir de Ti, de tu vida y de tu voluntad adorable.

Nunca me deje de alumbrar tu acercamiento, porque eres mi luz, Jesús; y el que traes a mis labios el cáliz de la amargura.

Aun cuando mi naturaleza se resista de dolor y sienta horrible pena, y quiera ver a la criatura en las ocasiones de padecer, no lo permitas, Señor, y levanta mis miradas de la tierra, haciéndome ver sólo a Ti en todas las cosas. Aunque a veces tenga miedo a la Cruz, aunque haya momentos en que rehuse llevarla sobre mis hombros, aunque llegara el caso de que quisiera huir, Tú nunca me desampares, mi buen Jesús, y haz que, en esos días tormentosos, y en esas noches desoladoras, en las tempestades de mi vida, y en el batir de las tentaciones, escuche siempre tu voz, aun cuando sea en el fondo de mi alma, que me diga: "No temas... soy tu Jesús que te visita, que te prueba, que te ama: **Es el Señor".**

¡Oh María! Tú, que **viste a Jesús en todo** durante toda su vida, y te aplicaste en imitarle, haz que lo vea yo también con los ojos de mi alma, y que, pisando sus mismas huellas, ande siempre en pos de Él. Amén.

64. NO SOY DIGNA

Sí, Jesús Eucaristía, yo no soy digna ni de mirarte... ni de estar en

tu presencia... ni de alentar en este lugar... ni de vivir contigo bajo un mismo techo, respirando el aire que Tú respiras.

¡Oh, y qué feliz soy en mi nada, y cómo quisiera que este propio conocimiento no me dejara ni un instante! Lo estrecho contra mi corazón, temerosa de que me sea arrebatado. No, ¡Dios mío!, déjamelo, únelo a mí, tan íntimamente, que llegue a ser mi sangre y mi vida.

¡Ha sido este propio conocimiento mi aliento y mi descanso entre las dolorosas luchas de mi existencia! Siquiera he tomado fuerza respirando la suave atmósfera de **la verdad.**

¡Oh hermoso descanso, oasis verdadero de mi corazón! ¡Oh dulce conocimiento propio! no te alejes de mí... sé mi luz, mi sostén y mi apoyo en las tempestades del orgullo que vengan a envolverme.

¿Por qué busco afectos, Dios mío, siendo lo que soy? ¿por qué ese desorden de querer tener lo que no merezco?

Húndete en tu nada, pobre humo, que pronto vas a desaparecer... escóndete y aniquílate, puñado de ceniza que el viento se llevará... tu puesto se encuentra en el muladar, y es gracia que las personas te soporten en su presencia. Deliras, miserable, cuando crees que eres capaz de algo que no sea ofender a Dios y condenarte... ¡Oh, sí, Dios de mi corazón! Estas verdades son como un bálsamo que baña las heridas de mi alma.

¡No soy digna, Señor, de darte gloria!. Yo, con tantas consideraciones... ¿Y quién soy?... Yo, recibiendo a mi Dios, ¿y en qué morada?

¡Oh Señor, Señor de mi vida! Húndeme. escóndeme incrustame dentro de la tierra, porque aun el estiércol es trono para mí. Todo es dignación para quien tanto ha ofendido a Dios.

Un leproso, un charco de cieno está más limpio que yo, Señor; soy asquerosidad y contagio, y así ¿quisiera ser apreciada y querida? ¿De qué, si a un microbio se le desinfecta, se le huye y se le aborrece? ¡Oh Jesús Hostia, blanquísimo Señor mío del Sacramento! ¿en esta cloaca te recibe mi corazón? Templa mi dolor, bondadosísimo Jesús, que lucha

entre mi dignidad y mi amor.

Sólo me consuela que Tú, como luz, ni te contagias, ni te ensucias, sino que limpias; yo necesito **blanquearme, purificarme,** angelizarme, porque no soy digna de recibirte.

—¡Hija mía, cuánto me hechizan esas palabras! Procura comprenderlas y practicarlas a imitación de María, y así, como Ella, atraerás a Jesús a tu corazón. Amén.

65. MARTIRIO

Muy poco es lo que padecieron los mártires, comparado con lo que padece un alma **que tiene a Dios y no siente a Dios.**

¿Qué tormento puede igualarse con el que siente un alma que carece de Dios, llena de Dios?

¡Oh, cuánto encierran estas palabras, Jesús mío! ¡Qué tormentos, desconocidos para el mundo, muy saboreados por las almas que te aman!

Por la fe, yo sé que estás conmigo, pero no te veo, no te siento, no te toco; y las tinieblas, y las tentaciones, y los desamparos, y las amarguras ahogan mi espíritu.

Esto se llama, Jesús Eucaristía, el martirio del amor, más duro y cruel que todos los martirios juntos.

¡Ay, Jesús oculto, cuanto te amo! ¡Ay, mi desdeñosito Jesús, cómo me hechizas y enloqueces! ¡Ay, mi esquivo Señor, qué te diré, sino que tus desprecios más me enamoran. que tus ocultamientos más me atraen. y que no sé cómo vivir sin vida!...

Parece que un mundo me separa de Ti, sintiendo ¡ay! latir tu pecho dentro del mío. Parece que una montaña de hielo se interpone entre los dos, siendo así que tu Corazón derretiría en un instante las eternas nieves . Siento mil nubes que te me cubren y no dejan que me acerque a mi Tesoro... que te envuelven y que no puedo rasgarlas para contemplarte... Siento, como un ciego, tu presencia cerca de mi alma,

dentro de mi alma misma, ¡y no tengo ojos para mirar.

Me roza tu acercamiento ¡y no tengo manos para detenerte!...

Pasa tu aliento sobre mí, y quedo inmóvil en mi sitio, anhelando un Bien como perdido una luz como extinguida; y lloro y gimo, y suspiro, y me duelo en vano...

¡Oh Jesús mío! ¿En dónde estas, que no te veo, que no te toco, que no te siento, que no te respira y te aspira mi alma? O más bien diré: ¿que quiere decir este misterio, en que te veo. en que te toco, en que te siento, en que te aspiro y te respiro, y no te encuentro?

Y pasan los días, y vuelven las noches, aparecen las auroras y en mi alma todo es obscuridad, tinieblas espesas, frío y dolor.

¡Oh Cielo de mi existencia! ¿cuándo será que amanezca para mí?

¿Pasarías tu también por ese martirio, Madre mía, **de tener a Dios y no sentir a Dios?** ¡Oh. si, no lo duda, pues eres la Reina de los mártires y has sufrido cuanto se puede sufrir!.

Ayúdame a llevar con amor y paciencia esa cruz tan pesada, cuando me la mande mi Jesús.Amén

66. ÁNGEL, APÓSTOL Y MÁRTIR

Ese debe ser mi retrato, si soy cristiano, si amo a Jesús.

¡Angel, por la pureza; apóstol, por la oración, y mártir por el sacrificio! ¡qué hermosos títulos, que llevan vinculadas tan hermosas virtudes! Si las practico, tendré derecho a ocupar este sitio de predilección, en donde me postro a adorarte, Jesús mío ¿Y qué es ser ángel? Es ser puro en pensamientos, palabras y obras; es tener limpio el corazón para ver a Dios, para adivinar sus deseos, para vivir al calor de sus miradas, **entendiéndolas...** Ser ángel, es tener las alas extendidas para volar a hacer el bien, a levantar a las almas, a abrirles el cielo. . Ser ángel, es hacer su oficio intercediendo, ante el acatamiento divino, por los pobres pecadores, es ver a Dios siempre y en todo, y jamás perder, ni un

solo instante, la divina presencia. Ser ángel, es parecerse a María en su blancura inmaculada, en la nitidez de sus pensamientos, en el candor de su alma, en el reflejo de la divinidad que la poseía, en la inocencia de su vida, en la sencillez y pureza de su corazón. ¡Oh Jesús, mi Luz y mi Cielo! dame esa pureza, que quiero angelizarme para agradarte.

Apóstol también debo ser en mi silencio, cuando se trata de murmuraciones... en mis palabras para defender la honra del prójimo, para disculpar sus debilidades y defectos; para hablar de Dios, de su amor y de sus beneficios, de sus tesoros, y caridad por todo el mundo. Apóstol debo ser contra el respeto humano, siendo la primera en vencerlo, apóstol en mis ejemplos, y, sobre todo, en mi oración; ahí sí que debo ensanchar mi amor para con el prójimo, implorando de noche y de día las gracias del cielo en su favor.

Pero la oración no llega al cielo sin sacrificio, necesita, para que sea eficaz, partir de un corazón mortificado, acrisolado por el dolor, por el martirio, por la Cruz.

¡Hermosa misión, Jesús del alma toda! ¡Angel, apóstol y mártir! Pero de los tres títulos, el más general, el que todos podemos llevar con facilidad sin podernos eximir, es el de mártir; porque ¿quién no tiene cruz en la vida? ¿Quién pasa por este destierro sin espinarse, sangrándose a cada paso los pies y el corazón? Pero a la cruz la endulza el amor, la suaviza el amor, la aligera el amor. Primero, se toma la cruz con repugnancia; luego, con facilidad, y por último, con amor.

Es muy cierto que, en el camino de la Cruz, sólo el primer paso es costoso, y la cruz lleva al que la lleva con amor.

De la cruz, la más pequeña partícula es preciosa, y la unción que lleva consigo ¿quién la comprenderá? ¡Sólo el que haya probado la miel que encierra, la virtud que atesora, la paz que consigo lleva!

Pues crucifícame, Señor, y dame tu amor, que, con amor, el alma se atreve a todo, pasa por todo, y no descansa, porque su descanso es no descansar ¡Mártir, apóstol y ángel!. . Alcánzame, María, serlo con perfección, y recibir en cambio tres coronas de gloria Amén.

67. ME AMÓ, Y SE ENTREGÓ POR MI

Así ama Jesús, y ésa es la prueba del verdadero amor: **¡el entregarse!**

¿Y a qué te entregaste por mí, Jesús del alma? ¡A toda clase de afrentas y humillaciones, a pobrezas y trabajos, a inconcebibles dolores!. . Pero ¿qué le importaba a Jesús todo esto si me amaba?...

¿Y yo, cómo te amo, Cielo de mi existencia? ¿Puedo acaso decir como Tú: **Lo amé y me entregué por** Él... ¡Oh, sí, Jesús mío que me escuchas! Permíteme decirte que sí; que, aunque muy imperfectamente por mi grande miseria, pero vine aquí porque te amaba; y **por eso,** sólo por eso, he entregado a la obediencia mi cuerpo y mi voluntad, y no en parte, ni a medias, he querido con tu gracia entregarme a tu servicio, sino entera y totalmente, y para siempre! Y cierto, Jesús Eucaristía, sólo **el amor** puede desposeer al hombre de su libertad; sólo el amor es capaz de llevarme por Ti hasta la muerte, hasta el martirio en cualquier forma.

El amor que crucifica, ése es el verdadero amor; ese amor de entrega, que no tiene restricciones para el dolor; y ése es el mío. Bien de mi alma, mi cuerpo y mi corazón, sin reservas, Jesús, sin pensar más que en amarte, porque eres digno de todo amor

El amor que se **entrega,** va siempre adelante, siempre da pasos sin jamás arrepentirse, es un amor que constantemente crece en pureza, en ardor y en sacrificio.

¿Tiene estas cualidades el mío?

¡Oh, Jesús, de cuántas cosas tengo que avergonzarme!

¿Vacilo acaso ante alguna cruz? ¿Tiembla mi corazón ante la presencia del dolor?

Sí, tiemblo y vacilo a veces; pero ¡ah, Jesús, Jesús mío! haz que, por tu bondad, amándote a Ti, ante el dolor y en él, tenga mis delicias en imitarte.

Yo sé que crucificarme es la venturosa misión que me cupo en suerte, y por eso no me extraña tener martirios ¿No soy acaso tu víctima? ¿no debo aquí ser una copia fiel del que todo fue dolor?

Cierto es que existen ocultas penas que el mundo ignora, y que, aunque puras y puestas en el alma por Ti, sangran en silencio conociéndolas sólo Tú, mas esas penas, **consumiendo, conservan, y quitando la vida, la dan.**

Pero éste es el misterio del dolor, que se descubre únicamente a los que, amándose, se entregan a Ti, Jesús del alma, y yo quiero que me concedas hoy la dicha de dejar de pertenecerme enteramente

Es mi único deseo y mi delirio. amarte y entregarme por Ti a imitación de María. Amén.

68. MEDIANOCHE

Me parece mentira estar a tus pies a esta hora solemne, Jesús Sacramentado... A medianoche, recibiendo tus resplandores... en este santo recinto, en la soledad más sublime... en el silencio que nada turba. ¿Posible, Jesús del alma? ¿Eres Tú, Señor, o sueño? ¿Soy yo la que a tus pies anonadada te adoro?

¡Oh, sí, sí, por dicha mía! Eres Tú... ¡Tú, mi Bien, mi Amor y mi todo! Eres Tú el que desde esa Hostia consagrada me miras con aquella mirada de ternura inconcebible con que miras a las almas tantas veces, derritiéndolas .. adivinándolas... perdonándolas...

¡Es El, mi Jesús, el que no me quiso dejar huérfana, aliviando su Calvario con el pensamiento de hacerme feliz, encontrándolo siempre de día y de noche en sus altares!...

Tú eres el que quisiste que tu Cuerpo y tu Sangre derramada fueran **mis más puras delicias...** ¡y lo son, Jesús del alma, lo son!; porque no hay para mí delicia mayor en la tierra que recibirte Sacramentado... que estrecharte contra mi corazón... que alimentarme de tu misma substancia... que llamarte **mío,** que mirarte y contemplarte sin

saciarme jamás en esa Hostia consagrada.

Eres Tú, mi Rey, mi Dueño, mi Cielo, mi Todo, el que ahí estás... y **yo soy** también, aunque miserable y vil lodazal, la que aquí me encuentro... ¡Oh! Señor, mira correr mis lágrimas de gratitud, sin enjugarlas; deja que mojen este bendito pavimento, mudo testigo de mis amores...

Mira, Señor, nada turba este majestuoso silencio de la noche... sólo ese reloj, que me recuerda que avanza siempre el tiempo para mi muerte... que debo ser santa y amarte hasta el; martirio.

Me dice que tengo unos minutos menos de vida, y se engaña, porque aquí a tus pies bebo esa vida, la aspiro y la respiro: vida de pureza, de abnegación, de inmenso amor... El no sabe que ya no moriré, porque recibo al que es la Vida... y si muero, ¿qué es la muerte, sino la puerta para caer en tus brazos, Jesús mío? Pero se acaba mi hora... ¡ay, mi Amor! y tengo que arrancarme de tu trono .

¡Oh María! Te tengo envidia, pues en la tierra tu Jesús no se separaba nunca de Ti, y tus ojos siempre descansaban en Él. Haz que por medio de la fe vea siempre en mi interior a la Divina Persona del Verbo hecho carne en una hostia consagrada. Amén.

69. SI CONOCIERAS EL DON DE DIOS...

¡Qué tiernas, qué delicadas y dulces son estas palabras, que revelan un mundo de misterios y un abismo de ternuras del Corazón de Jesús!

Si conociera el don de Dios, sin duda que ya sería santa. Pero ¿qué me falta para conocer ese **don,** para entenderlo y agradecerlo? Me falta la oración, el penetrarme, en el silencio de una conciencia pura, de los beneficios que, sin merecerlos, he recibido.

Cuanto más el hombre salga de sí, tanto más lugar deja a Dios para entrar en él; y entrar en él, **es darle a conocer el don de Dios.**

"El especular con el entendimiento las cosas divinas, purifica el alma; pero el **amarlas,** la deifica; y ¿cómo las amaremos viviendo en la disipación y huyendo del santo deseable recogimiento? ¡Oh Jesús Eucaristía! enséñame a orar, enséñame, por piedad, aquella clase de oración en que, como el agua, se derrama el corazón ante tu divina presencia, no como aceite ni miel, que siempre deja algo pegado, sino como agua, que no deja una sola gota".

Dame de esa oración que vibra dentro de tu Corazón, Jesús del alma; esa oración silenciosa al parecer, pero que traspasa al mismo cielo, para agradecer tus beneficios ¡tantos!

"¿Qué voces son esas que me das?" preguntaba Dios a Moisés; y él apenas movía los labios; pero esa oración fervorosa, perseverante, salida de las entrañas del corazón, atronaba los oídos de Dios. Esa quiero, Jesús mío, que **tenga eco** dentro de tu Corazón, y que repercuta en mi pobre alma haciéndola conocer el don de Dios.

De lo profundo de mi alma quiero llamarte; ¡Señor, Señor! de lo más hondo de mi espíritu quiero clamar a Ti, pidiendo luz, gracia, vida, fuego, amor, y todas las virtudes...

Quiero recogimiento, Señor, quiero soledad interior, para perderme en la contemplación de mi Amado, y entonces conocer el don de Dios.

¡No te entristezcas, Jesús de mi vida! yo conoceré con tu gracia, ese don, que me hace feliz, que me dará el cielo. Si hasta aquí he abusado de tus gracias y de tus favores, perdóneme; pero yo prometo dedicarme con fervor a la oración, y cuando nada pueda hacer, sí podré padecer en tu honor.

¡Oh María! Tú que recibiste más que ninguna criatura **el don de Dios,** haz que tus hijos lo reciban, lo aprecien y lo sepan aprovechar. Amén.

70. ABUSO DE GRACIAS

¡Eso me parece que he tenido yo, Dios de mi vida, abuso de tus

gracias! ¡y tiemblo y sufro al considerar mi crimen! Después de tantos años en tu servicio, Jesús de mi vida; después de tantas confesiones y comuniones, del torrente de gracias que me ha bañado, ¿soy acaso más humilde, mortificada, desasida del mundo y de mí misma?

¡Cuántas almas, con la menor de las gracias que yo he recibido, pudieran haberse santificado; y yo, miserable, las he desperdiciado pisoteándolas!

¿He apreciado siquiera lo que vale una gracia, el precio sin precio de la Sangre de Jesús?...

Recuerdo con temor aquella higuera del Evangelio, y bien puede ser que yo esté ocupando la tierra inútilmente. . que sea un árbol estéril y sin frutos para la vida eterna...

"Córtese y arránquese", dijo el Señor al hortelano; ¿y yo estoy segura de no correr la misma suerte siguiendo mi vida tibia y floja, de rutina en su servicio, sin energía para vencerme, bebiendo como el agua las faltas?

Engañando a los demás, se concluye con engañarse uno a sí mismo. ¿Cómo me encuentro sobre este particular?...

¡Oh Dios mío, Dios mío! ¡cuán grandes son mis pecados y cuan llenas de malicia mis faltas! ¿Y quién podrá contar su número?

¡Cuántos pecados olvidados... ! ¡y cuántos ni siquiera sospechados!

¡Cuántas ignorancias culpables, inadvertencias deliberadas, rebeliones de la propia voluntad aceptadas... aturdimientos... enjambres de vanos ensueños... desbordamientos de palabras contra la caridad, perjudiciales o inútiles... omisiones sinnúmero; y, sobre todo, ¡cuánta negligencia en aprovechar la compacta masa de gracias recibidas!

Ocasiones mil he sentido venir hacia mí las inspiraciones divinas, y las he desechado culpablemente.

¡Cuántas veces el Señor me ha brindado sus gracias para el

vencimiento, la humillación y el sacrificio!, ¡y yo, miserable, no me he movido de mi sitio!

¡Oh Jesús Eucaristía! ¿qué te diré, Señor, sino que me perdone tu bondad, y que me esperes ¡oh, sí! que me esperes para corregirme?

Hoy mismo, en este instante, voy a comenzar una vida de correspondencia amorosa. Te lo prometo, Jesús del alma; pero ayúdame, por piedad, que mi fragilidad es mucha.

¡Oh María, nadie más que Tú fue fiel a la voz interior del Espíritu Santo; pide para mí la más entera correspondencia a la gracia. Amén.

71. ES DE JUSTICIA

¡Si, Señor mío; es de justicia que yo padezca, que yo cargue el peso del dolor, puesto que he pecado, que te he ofendido, Jesús del alma!

Si Tú, mi Amor, que sólo cargabas o vestías el pecado para expiarlo, decías **que era de justicia** aquel mar de dolores y de humillaciones que abrevaron tu vida, ¿qué diré yo, que soy el mismo pecado? ¿no será de justicia que yo sufra, que yo padezca y viva una vida de inmolación, sacrificándome y dejándome sacrificar en tu honor?... Si Tú escogiste siempre el dolor, ¿podría yo acaso buscar otra cosa que no fuera padecer?

—Sí, hija querida, es cierto. Yo escogí siempre a mi paso por la tierra, y sólo porque te amaba, lo más doloroso y humillante, lo más afrentoso y cruel, y esto en el alma y en el cuerpo; y tú debes vivir mi vida de víctima, abandonada a mi voluntad.

Déjate hacer, y en todo lo que te vaya presentando mi voluntad, busca siempre lo más doloroso, lo que más cueste y desgarre a tu corazón, lo que más te humille y sangre el alma, porque es de justicia que padezcas por los pecados ajenos.

En tu vida ordinaria, aprovecha, y **busca, además,** las ocasiones de humillarte y de padecer, sin detenerte por las infidelidades que a veces tengas. Cada día, hija de la Cruz, irás viendo nuevos campos que

cosechar, desbastando tu voluntad, abnegando tu propio juicio, y lacerando tu corazón, con la hermosa cruz de buscar el dolor, gozándote en encontrarlo por mi puro amor.

—¡Oh Jesús Eucaristía! ¡qué hermosas enseñanzas te has dignado darme hoy! Yo le abro mi corazón, y quiero subir, subir, hasta lo más alto de la Cruz; yo me arrojo desde hoy a lo que me pides, y quiero vivir esa vida de dolor, única que transforma y diviniza. ¿Me escuchas, Jesús mío?

—Sí, te escucho, alma querida; sufre y no temas; tiende tus alas, y ámame ensangrentada, que así te amo Yo, que así te he amado siempre y tú debes amarme con mi mismo amor.

A cada humillación que recibas, a cada prueba de Dios o de los hombres, a cada trabajo o dolor, repite, hija querida, **sintiéndolo en el fondo de tu alma,** estas palabras, que te alentarán humillándote; **"Es justo, es de justicia** que yo, pecadora, padezca en unión de la Inocencia misma, del que es mi amor".

—Sí, Jesús mío, eso quiero practicar, imitando así más perfectamente a María, que, aunque inocente, quiso unir sus dolores a los tuyos para satisfacer a la justicia del Eterno. Padre Amén.

72. INMOLACIÓN

¿Qué me cuesta hoy más? Vencerme humillarme... descubrirme... pisar mi orgullo... y salir al encuentro del dolor... de aquello de que he venido huyendo y disimulándome con el Señor, por mi cobardía y poca generosidad.

Yo sé muy bien qué es lo que más me cuesta hoy... lo que me ha detenido en la perfección hace mucho tiempo... lo que me sale al encuentro en mi interior... lo que me asalta con remordimiento cuando menos lo quisiera...

¡Oh Jesús Eucaristía! y aquí a tus pies, en mi adoración de estos instantes, cuando tu luz divina irradia sobre mi alma, cuando veo tender tus manos hacia mí, pidiéndome **eso** que tanto tiempo te he negado,

¿podré acaso no rendirme a tus ternuras?... ¿Tendré corazón, aquí a tus pies, para decirte una vez más **que no,** por no machucar mi orgullo, por no caer de la gracia de las criaturas, por no romper con un afecto, por no lacerar mi corazón, viendo el tuyo todo espinado y desangrado? .

¡Oh, no, Vida de mi vida! No puedo ya resistir a las voces de tu alma... no puedo negarte **el negarme a mi misma,** y decir por fin un no a mi sí y un sí a mi **no,** quebrantando mi voluntad a tu querer y a tu amor...

¿Qué importará de hoy en adelante humillarme, si con ello te complazco?

¿Qué vale sacrificarte cuanto soy y tengo: honra, cariños, estimación, alma, y la misma vida?

¡Ay, Amor mío, tus miradas me rinden, tus esperas me sonrojan, tus ternuras me anonadan, tus bondades me aniquilan!..

Voy en este instante a sacrificarme por Ti... Yo sé lo que más me cuesta; y, con la ayuda de María, mi amorosísima Madre, te lo sacrificaré gustosa en el altar de mi corazón.

¡Alienta a tu pobre hija, Jesús mío, e impúlsala a crucificarse por tu amor! Amén

73. GRITO DEL ALMA

¡Vida, Vida!... ¡Jesús, Jesús!... Cielo... Delicia . Hechizo... Primor... ¡Dios mío!

¡Ay, Jesús Eucaristía, Verbo adorado, mi Dicha, mi Bien, mi Tesoro!... ¿Qué te diré, si en el mundo no existen palabras ni conceptos que interpreten los sentimientos de mi alma, lo que mi corazón, ardiendo en tu fuego, te quiero decir?...

Todos los amores de la tierra son un punto, comparados con el que a mi corazón abrasa...

Todas las ternuras son sombras... todas las caricias, tosquedades... comparadas con este sentimiento que me absorbe... que me enajena... que me rinde... que me hace gemir y estremecer de amor.

Los sonidos son duros... las suavidades, esperas... las melodías, sin concierto... las dulzuras, amargas... la luz, obscuridad, junto a este indecible amor eucarístico, que me embarga en un delirio de sentimientos como angélicos... como celestes... como divinos.. comunicados a este desecho asqueroso de los muladares.

¡Oh Jesús, que me das la vida! ¡oh Señor, que no te desdeñas en habitar en el más indigno de los corazones! ¿qué te diré sino lo que te estoy diciendo, aunque sea entre vergonzosas lágrimas del más profundo anonadamiento?

Tú has venido a juntarte con la basura... y tu humildad me arrastra a humillarme, y tu papel de Víctima me impele a sacrificarme.

Siento que sólo para esto debo existir, padeciendo y anonadándome sin cesar.

Mi alma no debe apartarse ya jamás de esa Hostia consagrada, y mi cuerpo será sólo leña, fuego, incienso que se queme y se consuma en su honor.

Concédeme, mi buen Jesús, Amor de mis amores, que vuele siempre con este empuje divino que me impulsa a aborrecerme... a bajar y a crucificarme, en el silencio de una vida interior, toda pura, toda oculta y sacrificada.

María, Madre del alma, concédeme, por favor, esta dicha de las dichas. Amén.

74. ¿PARA QUE?

¿Para qué, Jesús Eucaristía de mi alma, viviendo al calor de tus irradiaciones y de tu amor, busco afectos, estimación, aprecio y cariños que se lleva el viento desgarrando el corazón?

¿Para qué tiendo a poner mi nido en lo que pasa y se desvanece dejando vacío a mi rededor?

¿Para qué buscar el humo de los aprecios humanos y las vanidades que merman ¡ay! tu presencia, Jesús mío, en el alma?

¿Para qué pierdo el tiempo en tontas imaginaciones, en complacencias propias, en castillos que se desbaratan, en pensamientos que martirizan el corazón en vano?...

¿Para qué busco la paz, la felicidad y la dicha, fuera de la Cruz en todas sus formas?...

¿Para qué me inquieto por salir de los martirios a que el Señor quiere sujetar mi cuerpo y alma?

¿Para qué tengo otras aspiraciones que no sean sólo más y más humillarme y crucificarme?

¿Para qué ando vagueando tras el reposo de mi alma, sabiendo que éste sólo puede realizarse al pie de la Cruz?

¿Para qué ansío nada si no es el dejarme crucificar de Dios y de los hombres?...

¿Para qué me canso en vano buscando cómo **seré más tuya,** Jesús de mi alma, si no es crucificándome constantemente por tu amor?

¿Para qué busco alegría en otra cosa si no en la mortificación y en esa inmolación completa de todo mi ser en aras del amor más puro, desinteresado y generoso?

¿Para qué digo ¡ay! que amo mucho a Dios, sino amo mucho la mortificación?

¿Para que busco gozo fuera del dolor, el cual tiene virtud para purificar y gracia para unir el alma con el Amado?

¿Para qué pierdo mi tiempo en teorías de virtudes, y no me lanzo con ardor a arrancarme de mí misma y de cuanto amo, haciendo de mi corazón

una lámpara viviente que se consuma por Ti, mi Eucaristía adorada?

¿Para qué deseo otro tesoro que la humillación, el desprecio; el asco de las criaturas, el no ser, y desaparecer del corazón de todas ellas? ¿no sé acaso que debo ser menos que nadie a los ojos de los hombres, y más que nadie, ocultamente, a los de mi Dios?

¡Oh Señor, Señor! mi sitio está en el cielo y no en el suelo en este Corazón divino, en esta blanca Hostia consagrada; concédeme, pues, la gracia de vivir y morir en unión de María, absorbida, como mi Madre celestial, por ese Centro de amor. Amén.

75. ESCÚCHAME

Escúchame, Señor, y concédeme lo que hoy vengo a pedirte.

Quiero que todo mi anhelo y mi pasión sean cumplir tu divina voluntad, llenando tus designios sobre mi pobre alma. Dámelos a conocer, Jesús querido, y hazme indiferente a todo lo que no seas Tú. .

Haz que encuentre amarga toda alegría que no sea en Ti .. insoportable todo descanso que en Ti no halle... Suba mi alma hacia Ti, sin cesar, Jesús mío, para que mi vida se deslice en un continuado acto de amor jamás interrumpido...

Hazme comprender que las obras que no te honran por su pureza de intención, son obras muertas, y que no consistan mis actos de piedad en una mera costumbre, sino que éstos sean **una necesidad** de amor para mi corazón.

¡Oh Jesús Eucaristía, mis delicias y mi vida! concédeme que no me busque a mí misma en la humildad... que no me distraiga en las conversaciones . que no me abata en las tristezas que no sea taciturna en el recogiimiento y austeridad

Enséñame también a hablar sin doblez a temer sin desesperación .. a esperar sin presunción a sufrir el ser reprendida sin alterarme... a amar con sinceridad al prójimo a edificar a los demás sin ostentación.. a obedecer sin replicar .. y a padecer sin quejarme

¡Oh Jesús, todo bondad! Dame un corazón enamorado de Ti, que no pueda distraerse con ningún ruido... un corazón fiel y generoso, que no titubee ni jamás desfallezca en el camino de la Cruz... un corazón invencible, y dispuesto siempre a luchar después de cada tormenta... un corazón libre, jamás esclavizado por ninguna pasión... un corazón recto, que jamás ande por senderos extraviados.

Dame un espíritu, Señor, incapaz de desconocerte y constante en buscarte.

Señor, Señor, haz que mi alma, siempre llena de fe y confianza, aguarde tus respuestas y se fíe en tu palabra divina...

Que en las obscuridades seas mi luz; en los dolores, mi consuelo.

Que tu contento sea mi dicha, y que lo **busque,** lo **encuentre** y lo cumpla todos los días de mi vida.

¿Me escuchaste, Jesús mío? ¡Oh, si! Tú siempre escuchas el grito del alma enamorada, que sólo aspira a olvidarse a sí para encontrarte a Ti.

Concédeme hoy todos estos favores por intercesión de esa mi Madre que es la tuya, y que tan bien supo practicar las virtudes. Amén.

76. HACERME CARGO

Eso me falta, Jesús del alma: **hacerme cargo.** El día que esto llegue a suceder, cesarán en mi alma las turbaciones del amor propio, los infundados levantamientos del corazón.

• No me he hecho cargo todavía, después de tantos años, de lo que soy y de lo que merezco...

No me he hecho cargo, hasta aquí, de la gracia insigne de la devoción a la Cruz, pasando muy por alto la celestial misión que lleva consigo...

No me he hecho cargo, Jesús Eucaristía, de que he de servir y no ser servida... de que he de negar mi propio juicio y voluntad, tomando la

de mis superiores como la del mismo Dios sobre mi.

He venido a ser niña, y con todas las cualidades de tal, perdiendo cuanto soy, para tomar su sencillez, su fe, su candor, volviendo a formarme en la inocencia y desapropiación de toda voluntad propia, con una confianza absoluta en las disposiciones superiores. Un niño no critica, no murmura, no piensa, se deja hacer, subir y bajar sin ver el porvenir, que a él no le pertenece esto. Le basta, en los peligros, arrojarse en los brazos de su madre con una confianza ilimitada, creyendo siempre lo que se le dice.

¡Oh Jesús Eucaristía! Dame hoy la docilidad de los niños para poderme acercar a Ti concédeme que me haga cargo de que la Religión es mi madre, y yo, una pequeñita que debo alimentarme en su seno a la sombra fecunda de la Cruz Hazme niña, para poder entrar en el reino de los cielos.

Abra yo los ojos, Señor, a la luz de este altar y a las irradiaciones de esa Custodia querida, para **hacerme cargo** de mi humildad, y de que todo es favor para mí.

Hágame cargo de que no muy lejos está la muerte esperándome, y de que los pocos días que me restan de vida, los he de emplear en **sacrificarme** y en **amar,** con María, al que es Amor. ¡Oh Virgen amadísima, dame una buena muerte! Amén.

77. MIS PENAS NO SON PENAS

¡Sí, amado Jesús de mi vida! por más que padezca y el dolor me ahogue, **mis penas no son penas, tus penas son mis penas.** Todas mis amarguras se pierden en el monte de los Olivos, y todos mis martirios se estrellan ante la Cruz

Pierdo de vista mis tormentos cuando pienso en los tuyos, y entonces, por más atribulada que se encuentre mi alma, me digo ¡No, no, mis penas no son penas, sus penas son mis penas!

Por más humillada que me halle, ¿puedo reflejar siquiera las que angustiaron tu Corazón?

En mis pobrezas, hambre, frío y sed, ¿podré acaso igualarte?

En tus cansancios y trabajos materiales, ¿te alcanzaré?...

En tu continuo sacrificio, en tus desolaciones y desamparos crudelísimos, ¡ay Jesús, Jesús mío! ¿qué puedo yo decir, sino que todos los martirios son sombra en comparación de los tuyos?

Todas las crueldades las quisiste para Ti... todos los dolores los abarcaste.Tú divinizaste el dolor;Tú, como Corderito, no abriste tus labios cuando te llevaron a crucificar... Tú extendiste tus manos para que fueran clavadas. ¡Tu saliste al encuentro de las humillaciones y de los desprecios!...

¿Y qué diré de las penas internas, de las agonías de tu Corazón?... ¿Qué de esa sed de almas que te consumía, de esa hambre infinita de la gloria de tu Padre celestial, que te abrasa.

¿Qué sentirías, dulcísimo Jesús, y qué sentirás aún con la ingratitud sin límite de los hombres y también de la mía?

¡Oh locuras de la Cruz, a las que yo amo con todo mi corazón! Y si mis penas nada valen Señor, dame más y más de las tuyas, para sufrir a tu lado por la misma causa... y con las mismas espinas que a Ti te punzan...

¡Quiero llorar cuando Tú lloras, Jesús Eucaristía!

Quiero ser víctima como Tú, aunque nada valgo, en favor de los culpables...

Mis penas no son penas, porque son tesoros: las humillaciones, honras; los desprecios, perlas endulzadas por tu recuerdo.

Lo que constituye mis penas, Jesús, Jesús del Sacramento, es ver a las almas perderse... es contemplar cómo se te ofende sin medida, cómo se pierde la fe... cómo se pisan tus gracias... cómo se vive en la sensualidad... cómo se obstruye el espíritu... cómo reina Satanás. cómo se persigue a la Iglesia... cómo se ultraja a tu Padre celestial. . ¡cómo se aborrece a la Cruz!... Esas penas sí me matan, porque son las tuyas y

porque hieren tu Corazón; por eso y sólo por eso, tus penas son mis penas y mis penas no son penas.

Las penas de María, Jesús mío, eran tus penas, y sus espinas tus espinas, haz que mi corazón sufra de todo lo que sufrieron los corazones del Hijo y de la Madre. Amén.

78. DIOS Y YO

¡Oh Dios mío, mi Centro, mi Existencia! ¿Hasta cuándo no serás el único, el todo de mi corazón?

¿Para qué quiero cariños, criaturas y cosas que no son Tú?... Por eso me turbo, por eso sufro, porque tengo parte del corazón en las criaturas, y no te busco a Ti solo... ¡a Ti, Señor mío, el único que puede llenar los infinitos senos de mi alma!

Deja sangrar hoy a tus pies mi pobre corazón... deja que salga aquí toda la ponzoña de la criatura... de amor propio... de vanas complacencias...

Cúralo, Médico celestial, cauterízalo; y no busques ya en la tierra lo que no hay, lo que Tú no quieres que encuentre...

¿Acaso no quiero ser pobre de estimación?

¿No te he ofrecido ser feliz en el olvido, en la indiferencia y aun en el abandono y desprecio de los que amo?

¿No te he pedido una y mil veces desocupar mi sitio en los corazones, para que Tú lo ocupes y a mí me olviden para siempre?

¿No te he dicho que padeceré sola contigo. . que te ofreceré siempre las primicias de mis dolores y guardaré en el fondo de mi pecho, el misterio, el secreto dulcísimo de la Cruz?

¿No te he ofrecido que las penas de mi alma y de mi cuerpo sólo serán para Ti?

¿Por qué entonces busco consuelo en donde no lo puedo encontrar?

Si hecho de menos el cariño, ¿no tengo acaso tu Corazón?

Si me retiras los consuelos, y las tristezas me embargan, ¿no es el Espíritu Santo mi divino Consolador?

Si sucumbo casi en mi debilidad, ¿no eres Tú acaso mi Fortaleza?

Si destila mi pecho amargura, ¿no eres acaso Tú el, que has puesto en mis labios el cáliz que la contiene?...

¿Cuándo será, Señor, que al sentirme herida de mil modos, volare a Ti, sin buscar arrimo a mi amor propio, satisfacción terrena, alivio a mi sensualidad, desvirtuando ¡ay, cuántas veces! mis dolores?...

¡Ah, Señor; Señor de mi vida! ¿Cuándo mi consuelo será no tener consuelo por tu puro amor?

¡Concédeme ya, Jesús Eucaristía, la perfección del dolor, y que únicamente te busque a Ti, y después, sólo después, a los que me has dado por estrellas, por guías que me lleven a tu Corazón!

¡Oh María! haz que en nuestras desolaciones no busquemos consuelo, como Tú, sino en el Corazón de nuestro Jesús. Amén.

79. ¡ES TAN DULCE SUFRIR!

¡Sí, Jesús del alma! Es muy dulce padecer, para el corazón que te ama, viviendo en la inacción cuando se ve privado de la Cruz. **¡Vivir de la Cruz es vivir del amor!** ¿y quién es el que no quisiera vivir amando?

Pida quienquiera, decía San Agustín, profecía, sabiduría, humildad, paciencia, castidad; que yo sólo pido la caridad, que es mayor que todas las virtudes, y todas andan a su servicio.

Aunque Dios me dé todo lo que tenga, si me niega la caridad, a Si mismo se me niega. Pero el amor se enciende, se conserva y crece en

el sufrimiento; el dolor voluntario es su combustible únicamente.

La Cruz tiene alas, dice San Agustín, y facilita elevarse de este valle de miserias hasta las serenas regiones del cielo.

Sólo en las alturas del Calvario se encuentra la vida, la paz fecunda, la felicidad pura. La sujeción de la Cruz destruye la esclavitud, y da la fuerza y la dicha verdaderas.

¿No será entonces envidiable el dolor, Jesús del alma?

Sí, y mil veces sí, desde que Tú, Señor, te constituiste en Víctima; desde que, salvando distancias infinitas, bajaste del cielo para vivir mártir y morir crucificado. Tú le quitaste su aspereza al dolor; Tú pusiste miel en las amarguras de la vida, desde que te clavaste en la Cruz; por tanto, ¿no ha de ser envidiable el sufrimiento?...

Cuando el alma se encuentra oprimida por el peso de la Cruz, entonces produce un vino que alimenta y fortalece.

"Desde que Tú, Señor, divinizaste el dolor con tu purísimo contacto, las espinas sudan bálsamo y la Cruz transpira dulzura; mas, para que las espinas y la Cruz destilen el jugo que en si contienen, es menester oprimir aquéllas con las manos, y estrechar la Cruz sobre el corazón". ¡Eso quiero, Jesús del alma! producir ese bálsamo para curar tus heridas y consolarte; no me importa espinarme y verme crucificada, porque **todo** esto es dulce para el corazón que te ama...

Seca, dura y áspera es la cruz en su corteza; pero, llegando a su corazón, no existe deleite más puro, ni suavidad más delicada que la que ahí se encuentra; y es porque el alma topó con Jesús, se encontró contigo, Bien mío; y a tu lado, y en tu unión, ¿puede haber algo que no sea cielo?

Venga, pues, la cruz, Jesús Eucaristía, pues que el reposo de mi alma sólo existe en el sufrimiento.

¡Oh María, reina del dolor, ayúdame a amar y a sufrir en unión con Jesús! Amén.

80. AMOR, CONSUELO

¡Amarte, Jesús, y consolarte! en estas dos palabras se resume mi vida...

¡Mi amor! Ese es el principio de donde parten mis relaciones contigo... ¡Tu consuelo; ése es el objeto a que se dirigen. Pero entre estos dos términos ¡qué campo tan largo y doloroso!... ¡qué abismos tengo que atravesar entre mil clases de sufrimientos!... ¡qué de luchas y de sangre!... ¡qué tormentos y martirios!...

¡Sin embargo, a mi corazón no le importa el sufrimiento! ¡Todos los martirios, Jesús del alma, son nada para mí, porque lo es todo tu gloria... tu consuelo... tu complacencia y tu dicha!

Mis lágrimas, Jesús, Jesús de mi vida, nada son, con tal que no se derramen las tuyas...

Nada son ni serán mis llagas, con tal que las tuyas sean curadas...

Nada son ¡ay! todos mis dolores, con tal que los tuyos ¡oh, sí, Jesús, sean aliviados!

¿Qué le importa a mi amor ver herido y punzado mi corazón, si con esto arranco las espinas del tuyo?

¡Vengan, pues, las ingratitudes a lacerarme, con tal que Tú no sientas las que el mundo te hace, lastimando las fibras más delicadas de tu alma!

¡Ah, Jesús mío! ¿Quién me diera la dicha inmensa de vivir mártir para consolarte?...

¿Quién pudiera abarcar todos los desprecios, las afrentas, los odios y las blasfemias, los pecados sinnúmero, de los siglos, para expiarlos, y a Ti no te tocaran? Pero ¡ay, Jesús, que Sin Ti, nada sería yo, y ~~sin~~ tus méritos, mis actos no podrían tener valor ni explicación!

¡Entonces, ven, mi Cielo, mi Bien, mi Hechizo! Ven a ayudarme y dar valor aun a mi mismo amor; dame para darte, que poderoso eres; y te pido consuelos para consolarte, alivio para aliviarte, amor, un intenso e inmenso amor de sacrificio, para amarte. Porque ¿qué no puede la caridad? ¿qué no acomete, qué no vence y qué no comprende?...

De las cosas fuertes, la más fuerte es el amor; pues venga a destrozarme, a absorberme, a quemarme y a liquidarme dentro del Corazón de mi Amado.

¡Amor y consuelo! Esto fue, Jesús mío, lo que encontraste siempre en el Corazón de María; concédenos la gracia que en cada alma de las devotas de la Cruz puedas hallar también consuelo y amor. Amén

81. AL OBSCURECER

El sol se ha eclipsado y la luz ha desaparecido... pero yo no temo, porque estoy cerca de un Sol que no tiene ocaso... ¡de una Luz de luz que jamás se nubla!... Me encuentro al pie del Sagrario, envuelta en sus múltiples resplandores... ¿Qué me importa, pues, que las tinieblas rodeen al mundo, si a mí no me tocan?... Yo, recostada en ese Corazón de fuego, nada temo... Jesús me dice al oído, en esta amada soledad, que, si le amo, El será mi cielo en la tierra, el encanto de mi destierro, mi Luz inextinguible, el volcán de fuego y calor santo que me envuelva...

¡Y así, le amo; y con amor sin igual, desinteresado y purísimo! Con amor insuperable... singular e insaciable... ¡con un amor tan grande como la inmensidad de mi alma!

Le amo con amor ensangrentado por el dolor, por la crucifixión voluntaria... le amo con delirio, con un amor con que sólo a Dios se le puede amar... Por eso **no temo** las tinieblas de la noche... por eso en mi pecho siempre hay luz, porque está ahí Jesús en todos sus eternos resplandores... porque dura en mi corazón el efecto santo de su divina presencia en la Comunión..., porque con Él siempre está amaneciendo en mi alma, siempre es de día, y las sombras huyen de su claridad.

¡Pero no sé qué tiene de solemne la hora del crepúsculo al pie del Tabernáculo, al calor de una Hostia consagrada! ¡Parece que es la hora

de la cita amorosa, en la que Jesús espera, y el alma se lanza a su seno con sin igual ternura! Cansado ya el corazón del peso del día, viene, como la paloma, a descansar en el regazo de Jesús, en el divino pecho que palpitante lo espera, en los amorosos brazos del Amado . . y ahí lejos de todo ruido mundanal, se comunican los dos sus confidencias, enlazándose sus suspiros, confundiéndose sus respiraciones ¡y estrechándose, en una muy íntima unión, los corazones!

¡Qué deliciosos instantes son los últimos del día al pie de un Sagrario! ¡qué hermosa hora para trasladarse al cielo! ¡Oh Jesús escondido! ¿será esta hora acaso la hora feliz en que, rompiéndose el hilo de mi vida, me lance, al salir de las estrellas, dentro del inmenso seno de Dios?... Me voy, Jesús, pero no a obscuras, sino con mi luz que no se apaga.

¡Oh María! cuando vea la tarde del último día de mi vida, al obscurecer, acude Tú, Madre muy amada, para ayudarme a pasar de las tinieblas de esta vida a la eterna luz. Amén.

82. MARÍA ES EL TALLO; JESUS, LA FLOR

María es el árbol... Jesús es el fruto dulcísimo que nos alimenta en la Comunión; María es el tallo, Jesús la flor; pero ¿por qué es María árbol y tallo tan precioso, que mereció darnos el Aroma de los aromas, el Fruto de los frutos? Porque era cruz viva, y tenía que producir una Azucena ensangrentada, ¡un Jesús inmaculado!

Siempre la Cruz destila pureza; pues María, la reina del dolor, la emperatriz de los mártires, ¿qué otra cosa podía producir? ¡Oh María, toda pura, toda santa, y sin la menor mancha! dame pureza, fuego, lumbre, ardores celestiales con que amar al que es amor.

Yo he venido aquí tras el olor de sus perfumes divinos. Rosa mística, haz que los aspire mi alma, embriagándome con los aromas de las virtudes que despide en el Sacramento.

Tu alimentaste con tu substancia a ese Jesús que me da la vida, **su Vida, la que Tú le diste,** cada mañana. Cada gota de su Sangre fue tuya para que fuera mía. ¡Con tu virginal leche le alimentaste, para que muriera en una Cruz para abrirme el cielo! ¡A ti te debo, Madre, la dicha

que disfruto al contemplarlo! Él tomó luz de tus ojos, color de tus mejillas, carne de tu carne sin mancilla, ¡y un Corazón del tuyo para que lo atravesaran mis ingratitudes! ¡Tú me diste, Señora, a este mi Jesús Verbo, que hoy contemplo arrebatada en su amor!

Él no tenia en la gloria lágrimas para llorar, y vino ¡ay! a cogerlas de tus ojos El no tenía Sangre para redimirme, y, haciéndose hombre en tus purísimas entrañas, vino a tomarla de tus venas Él no tenía cuerpo que fuera despedazado, y esperó a que tus labios dijeran. "He aquí la esclava del Señor", para tomarlo del tuyo.

Sin Ti, María, no habría Eucaristía, ni Sagrarios, ni tendría yo un Jesús, un Fruto bendito a quien adorar, a quien imitar crucificándome ¿Con qué te pagaré tanto favor? Imitando tus virtudes ocultas, Virgen santa, la candidez de tu alma, limpiando la mía con el arrepentimiento y la Cruz ¡Quiero ser pura como tú y víctima como Él; quiero entregarle mis amores y envolverme en sus dolores! quiero que me alcances la gracia de que jamas la cruz se aparte de mí, para identificarme con ella, y conseguir, aunque en mi pequeñez y miseria, llevar algún ida ese Fruto, ese Jesús, entre mis brazos, ese Corazón de fuego que me incendie, que me abrase, que no me deje inclinar hacia la tierra, que me prenda con sus espinas, y que me ilumine con su luz.

Déjame cortar de su tallo el Lirio de los valles... déjame bajar del árbol el delicioso Fruto que en tus brazos llevas; yo quiero aspirarlo, comerlo, y estrecharle contra la nieve de mi alma, y derretirme con su contacto, amando, amando, siempre amando. Amén.

83. OS HE DADO EJEMPLO, PARA QUE OBREIS COMO YO HE OBRADO

¿Cuales fueron las obras de Jesús, las horas y los minutos de su vida santísima? Una continuada cadena de heroicas virtudes, y un no interrumpido acto de amor y de sacrificio.

¡Amar y sacrificarse! ésa fue la vida de nuestro dulcísimo Salvador Desde el pesebre hasta la Cruz, desde la Encarnacion hasta la muerte, no tuvo Jesús un día, una hora, ni un instante sin humillación y sin cruz

En estas dos virtudes de humildad y sacrificio parece que ardía más, y siempre creciendo, la caridad de su Corazón. ¡Oh, si, Vida de mi vida, mi amantísimo Jesús! El amor fue tu verdugo: ese amor que te hizo llegar hasta las locuras de la Cruz; y quiero que sea el mío, para anonadarme y padecer, para humillarme sin medida, y sacrificarme sin término...

¡Dame, Jesús, esa sed de bajar que tuviste siempre, y esa prisa de padecer que nunca satisfaciste! ¿Cómo no me afrento yo, Jesús mío! tan soberbia y perezosa para el bien?

¡Oh vida de mi alma! ¡oh mi fuego! ¡oh Dios de amor! transforma mi corazón en el tuyo, para saber padecer y amar la abyección y la cruz. Tú me dejaste el ejemplo, Señor, y en una corta vida me diste tu Sangre, tus fuerzas, tu honra, todas las virtudes perfectas practicadas, e infinitos merecimientos para salvarme.

Me pides, Jesús, que te imite, que obre como Tú, mi Bien, obraste, y me confunde el contraste de mi vida pecadora con la tuya inocente, de mi sensualidad con la asperidad con que trataste a tu Cuerpo santísimo.

Tú, Señor, no acabaste de quebrar una caña... ni concluiste de apagar una mecha humeante... ¡Qué ternura la de tu Corazón! Tus palabras fueron leche y miel... te llamaste "Hijo del hombre" ¡qué humildad! "Dejad a los niños que se acerquen a Mí", dijiste; ¡qué amabilidad! Pasaste por el mundo derramando bienes... salvaste a la mujer culpable, diste de un agua, ardiendo Tú de sed, a la Samaritana; ¡qué solicitud, qué benignidad, qué caridad!

Por un vaso de agua fría ofreciste eterna recompensa; ¡qué gratitud! Perdonas y olvidas, Señor, ahí están San Pedro y la Magdalena que lo atestiguan. Los pecados los echabas a tus espaldas para no verlos, y los borrabas con tu Sangre, y los arrojabas al mar para no contemplarlos.

"Venid a Mi todos, que Yo os aliviaré.. Pedid y recibiréis llamad y se os abrirá", dijiste ¡Y qué pobreza! ¡no tenías ni donde reclinar tu cabeza! ¡Y qué obediencia! hasta la muerte, y muerte de cruz! ¡Y qué mansedumbre! "Aprended de Mi", dijiste. ¡Y qué bondad! "La bondad ha aparecido en el mundo", decían. ¡Y qué abnegación! ¡dar la vida, no sólo por tus amigos, sino por tus enemigos! ¡Y qué Corazón, que aún después

de muerto, abriste para darme vida!

¡Oh Jesús! ¡oh amor de Dios! ¡Oh Dios de amor! Quítame toda vida que no sea Tú; y que me avergüence, y que muera la que he tenido hasta aquí. Voy a imitarte, Jesús; pero ayúdame, que Tú eres mi esperanza, y sin Ti me quedaré en lo que soy.

¡Oh María! Tú, que pudiste oír estas palabras divinas. "**Os he dado el ejemplo para que obréis como Yo he obrado**"; Tú, que te portaste en todo copiando a Jesús, y delineándolo en tu amantísimo Corazón, haz que nosotros también, tus hijos y tus hijas, obremos siempre como ha obrado Jesús, por amor al Eterno Padre, y crucificándose en su honor. Amén.

84. AQUI ESTOY

¡Sí Jesús mío, aquí estoy, y deseo en esta hora, en que vengo ansiosa a tus divinos pies, pedirte mucho... desear mucho... y amarte mucho!

¿Qué te pido, mi dulcísimo Jesús? Te pido un corazón como el tuyo; quiero tu mismo Corazón. Te pido, Jesús, esposo de mi alma, verme libre de mi misma, y no poseer sino a Ti. Muchas cosas, Señor, me perturban, me obscurecen... me distraen, me ahogan, me entristecen...; pero es porque **de Ti me apartan.** Miserable soy, Jesús mío, y vengo a tu altar a que me des luz para conocerme y despreciarme; a que me des fuerza para vencer mis pasiones, para abatir mi orgullo, para crucificar mi carne y mis afecciones, y quereres y pareceres; para matar el yo con las armas de la Cruz, humillándome para que Tú reines, y desapareciendo para que otras aparezcan.

También quiero desear mucho, porque hay un martirio de deseos, en el que Tú te complaces.

Deseo, Bien mío, verte conocido e imitado... Deseo sufrir mucho, mucho, por Ti, que tanto sufriste por mi. Deseo darte millones de almas a cualquier cosa comprándolas con la moneda del dolor, precio del cielo. Deseo que me des un corazón muy puro, en el cual se refleje tu divinidad, tu humanidad sacratísima, imprimiéndose ahí para siempre con

caracteres indelebles.

Deseo ser otro Jesús crucificado, con su paciencia, con su dulzura, con su caridad para con el prójimo.

Deseo que me des, para dar; que me comuniques luz, gracia, vida, fuego, amor, para comunicarlo.

Deseo sangre, deseo martirio, deseo cruz millones de cruces, para clavarme en ellas por amor.

Deseo tu gloria, tu mayor gloria, aunque me espine mil veces el alcanzártela.

Deseo la salvación de las almas con ardor, con anhelo, con martirio, sufriendo, Señor, de ser impotente para arrancarlas del pecado y del infierno.

Deseo, sobre todas las cosas, amarte mucho, sin medida y sin fondo; siendo éste el tercer punto que me va a ocupar.

¡Oh mi fuego, mi suave amor! ¡Oh vida de mi alma y corazón de mi corazón! Eso te pido mucho: ¡**Amarte;** y que seas Tú solo el amor de mi vida! Estoy muy lejos de amarte como quisiera, porque vivo muy cerca de mí, que todo lo enfrío, que todo lo ensucio y mancho con mi contacto. Y sin embargo de ser tan miserable, yo sé que Tú quieres que te ame, Jesús mío: pues dame ese verdadero amor, que transforma y que hace a los santos.

¡Oh Jesús, más íntimo que lo íntimo de mi alma! ¿por qué no me absorbes, no me quemas, no me derrites y liquidas ¡ay! en tu divino amor ?

¿Qué te detiene, para hacer en mí lo que deseas? Ven, ven a mí, porque ¿cómo podré yo amarte sin Ti? ¡Oh María! Enséñame a amar al que es Amor Amén.

85. YO TE AMO COMO MI PADRE ME AMÓ

¡Oh mi amadísimo Jesús! Gracias, gracias, Señor, por ese amor de predilección que crucifica, llenando el alma de celestiales bienes.

—Mas, para merecer esa dicha, hija mía, debes dejarte hacer de Dios y de los hombres, con amor y por amor, suavemente... pacientemente... dulcemente... y modestamente; con un incendio que todo lo derrita y abrase... con una voluntad que todo lo venza... por encima de todas las cosas creadas, y viviendo una vida toda sobrenatural y divina. Y si Yo te amo como mi Padre me amó, tú debes amarle como Yo le amo; con ese amor que todo lo enaltece, aquilata y santifica.

— ¡Oh Jesús, Jesús de mi alma!— Ámame, pues, como tu Padre te amó, crucificándome por los demás. ¡Qué venturosa misión! Sufrir y padecer por los amigos y enemigos, sin que lo sepan; crucificarse y dar la vida en el dolor sin saber **ni por qué ni por quién...** ¡comprar gracias, Señor, con esa moneda, la mejor que circula en el cielo, para miles de almas, sin saberlo hasta la eternidad!...

Pero todo esto, en tu unión; porque, sin Ti, ¿que pueden valer todos mis sacrificios? ¿qué camino puedo llevar seguro, si me aparto de Ti y de tu Cruz? Porque la Cruz es tu huella, Jesús del alma; y si la sigo, no tardaré mucho en encontrarte. Ya sé, cuando te me pierdas, el sendero que me lleve a descubrirte Llévame, Señor, me dirá el corazón, y por fin llegaré a descubrirte Llévame, Señor, siempre tras de Ti, y nunca apartes de mi alma ni tus ojos ni tu Cruz. Eso hizo el Eterno Padre contigo· mirarte y crucificarte; pues eso mismo haz conmigo, Cielo de mi vida· mírame, mírame con esas pupilas que hacen a los escogidos y a los santos, que, con la virtud de tu mirar, yo, me dejare dichosa crucificar

A Ti quiero seguir aun cuando sea espinándome.. a Ti quiero imitar .. y contigo me quiero crucificar, Aquí están mis pies, mis manos, mi cuerpo, mi corazón, recíbelos, Señor, acéptalos en favor de quien fuere tu voluntad. Renuncio a pertenecerme, inmolando mis potencias, sentidos y voluntad a la tuya. Renuncio también, Amado de mi alma, aun a los frutos que yo pudiera tener en mis oraciones, Comuniones, penitencias, Misas, sufrimientos y dolores, entregándolo todo por manos

penitencias, Misas, sufrimientos y dolores, entregándolo todo por manos de María a tu amoroso Padre hasta la muerte, para que lo aplique al objeto a quien bien tenga, pues bastará tu beneplácito

¡Señor! pero si Tú quieres amarme como tu Padre amorosísimo te amó, sacrificándote por amor, haz también que yo le ame como Tú le amaste a Él, gozándote siempre en cumplir su voluntad.

¡María, Madre mía! haz que mi jaculatoria predilecta sea ésta en tu recuerdo: "He aquí la esclava del Señor hágase en mí según tu palabra Amén

86. JESUS LO QUIERE

Y yo también. Su voluntad es mi alimento y mi vida. ¿Qué más me da que mi naturaleza proteste y quiera huir del dolor? Indignada la rechazará mi alma con aquel grito de "hágase tu voluntad, Señor, así en la tierra como en el cielo".

¡Qué hermosas palabras, que, penetrando hasta el fondo de mi corazón, lo hacen estremecer de amor! **"Jesús lo quiere"**. ¿No son capaces de endulzar hasta un mar de amargura?

¡Oh mi Bien, mi Dios, todo misericordia y bondad! ¿Podrá mi corazón resistir jamás a tus disposiciones y voluntad? ¡Oh, no! Ni siquiera el más pequeño y simple deseo de tu Corazón quiero dejar pasar sin complacerlo.

Pero ¡oh mi Jesús! te diré, con San Agustín: "Dame lo que me pides, y pídeme lo que quieras"

¿Qué soy yo sin Ti? ¡Un poco de paja seca es más que esta miserable criatura, que ha sabido ofenderte y no llorar sus crímenes!

¿Cuánto tiempo he gastado en este miserable cuerpo, en ocuparme de mí, en obedecer mis caprichos, y vivir sin pensar siquiera en lo que Tú querías de mí?... En propias satisfacciones y contentamientos he pasado mi vida, pero ya no, Jesús; perdóname, que mucho tengo que llorar el reinado de mí misma en mi corazón.

De hoy más, tu querer será mi querer; y tu placer, mi placer.

Si es tu voluntad que las penas me circunden, que las amarguras me ahoguen, que las tribulaciones me rodeen, que las pruebas me sacrifiquen, yo diré sonriendo aun en medio de mis lágrimas: "Jesús lo quiere, y yo también".

Si la muerte me arrebata a los seres que más amo, diré, aunque sea sumergida en el dolor: "Jesús lo quiere. Él sabe por qué; es su voluntad; y a mí, esto me basta"

Cuando la Cruz me encorve bajo su peso, y las fuerzas me falten, y la murmuración quiera venir a mis labios, yo la ahogaré en mi garganta, y volveré a exclamar resignada: "Jesús lo quiere, y yo también". ¿Que importa que sucumba y muera con la intensidad del sufrimiento, si Él estará conmigo aunque no le vea, aunque no le sienta; y sobre todo, si Él lo quiere así?

Él me ama, y esto me basta. Él no permitirá que sea yo tentada arriba de mis fuerzas; y si se me agotan, Él me ayudará. ¡Qué hermoso Cireneo, que hasta dan ganas de caer bajo el peso del dolor, por verle a nuestro lado socorriéndonos!

Además, yo sé tus quereres para conmigo, Jesús; yo sé que la Cruz es mi patrimonio, y las espinas mi herencia. Pues ¡feliz de mí! ¡envidiable suerte que los ángeles mismos desearían! ¿Podrá existir mayor dicha que sufrir por Ti. amor de los amores? ¡Oh, imposible, porque a los crucificados amas, y les das vida, y les comunicas cielo! Pues aquí estoy, Señor, **toda te me entrego,** para padecer y más padecer; y más quiero contigo Cruz, que sin Ti todas las dichas de la vida.

¡Oh María! **Jesús** quiere que, a imitación tuya, llevemos nuestra Cruz en pos de Él a cada instante de nuestra vida . Ese es nuestro papel de **víctimas,** a imitación de **las dos víctimas del Calvario:** Jesús y Tú, Madre del alma. . ¡Oh, sí, sí! eso queremos también nosotros, pues bien lo sabes, el querer de Jesús es nuestro único querer. Amén.

87. ¿TE ACUERDAS?

¡Oh hija muy amada de mi Corazón! ¿Te acuerdas de aquel ,día,

de aquella hora y de aquel instante en que a tu oído dije:Te quiero pura, te quiero santa, te quiero mía? "

Tú me abriste entonces el cáliz de la flor de tu alma y yo coloqué en ella, con mucho amor, la semilla de la vocación a la Cruz.

Desde aquel instante comenzó a germinar en tu corazón, haciéndote sentir el vacío del mundo... la necesidad de un bien infinito, la nostalgia del cielo. ¿Te acuerdas?

El mundo, y los placeres, y Satanás, y las criaturas se conjuraron contra ti; y el viento de las pasiones no vencidas te arrastraba, hasta que diste mil veces con la Cruz de los desencantos, de las decepciones, de la soledad del corazón, que te hizo volver tus miradas hacia Mí. que, extendidos mis brazos, te esperaba sonriente ¿Te acuerdas?

A veces los remordimientos venían a herirte, el malestar de la intranquilidad te martirizaba, v, sin hallar sosiego ni reposo, chorreando sangre tu alma, no encontrabas alivio sino a los pies del crucifijo y en el silencio de la oración, ¿Te acuerdas?

¡Cuántas promesas frustradas, cuántos compromisos olvidados! Pero, ¡oh hija de mi alma! eras blanca, debías ser para Mí, y, llamando a tus puertas, esperaba sin cansarme el instante feliz, que Yo sabía que había de llegar, para llamarte mía! ¿Te acuerdas?

Y de repente los obstáculos se hallanaron, las alas crecieron, y tendiste por fin el vuelo hacia la Cruz que te esperaba. Viniste a posar sobre los brazos de la Cruz que debía santificarte con su contacto, y aguardarte, bajo su bendita sombra, de los lazos del enemigo. ¿Te acuerdas?

¿Quién te dio fuerzas para arrancarte de otros afectos? ¿Quién desprendió tu corazón de las vanidades de la tierra? El que hoy mismo, desde esta Hostia consagrada, te dice muy bajito, desde el fondo de tu alma: ¿Te acuerdas?

¡Oh, sí, hijita muy amada de mi Corazón! acuérdate siempre de lo que le debes a tu Jesús; no te olvides jamás de sus beneficios y de su predilección sobre tu alma.

Piensa a menudo en lo mucho que te he amado, y hazte santa, que a eso has venido aquí. Pero ten presente **que no es la soledad la que hace a los santos, sino la voluntad y apenas tendrás en la vida una hora en la que, si tu alma es fiel, no puedas hacer algún acto de desasimiento.**

Ánimo, pues, y acuérdate, hijita mía, a imitación de María, acuérdate siempre de lo mucho que te ha amado tu Jesús; y ese recuerdo te valdrá muchas gracias. Amén.

88. MI CONSUELO

Eso vengo a buscar en tu alma, hija mía. Nadie puede comprender el dolor de mi Corazón y la predilección que tengo por las almas crucificadas. Pero quien mucho recibe, mucho tiene que dar; pues yo soy muy delicado en la correspondencia a mis gracias.

Yo sé retirarme y callar cuando encuentro frío en los corazones... cuando buscan la comodidad y a Mí me dejan... cuando soy secundario en los afectos... cuando no soy el descanso de los espíritus.

Pero tal es la ternura de mi alma para con las almas que aman la Cruz, que, escondiendo mi justicia, llego al grado ¡ay, hija mía! de mendigar su amor.

¿Qué quiere decir esto, sino una predilección inconcebible?

Yo quiero ser aquí, alma que me adoras, el centro de todos los pechos... la fuente en donde las almas beban... el fuego en donde todas se calienten... la caridad infinita que a todas incendie.

Si las almas buenas son el lugar de mis delicias, mi paraíso en la Tierra... si soy el crucificado por su amor... si mi Corazón es su cuna, su asilo, su defensa y su vida... si con mi sangre alimento a tales almas... si con ella las riego y blanqueo para formar las cruces vivas en donde descansar . si en el mundo casi no puedo poner mis plantas sin espinarme. . si Yo mismo he sembrado en el jardín de mi Iglesia esta Cruz que se poblará de palomas que arrullarán mi sueño... ¿cómo conformarme entonces, hija querida, con poca fidelidad y tibio amor?

¡Oh, no! Tu alma, tan privilegiada por mi bondad, tiene que arder con el mismo fuego de mi Corazón .. tiene que vivir al compás de mis latidos... tiene que crecer en el silencio de un amor expiatorio... tiene que tomar vida ante la Hostia consagrada, tiene que formar una cadena de eslabones de oro, que, llegando hasta el trono de Dios, alcance gracias sin fin para los pecadores.

Quiero pureza, para consolar mi Corazón espinado con tantos crímenes.

Quiero almas víctimas que, en mi unión, y en unión de mi Madre Santísima, compren las gracias para ese mundo corrompido.

¡Oh hija muy amada de mi Corazón! consuélalo con tu humildad y tus ocultos sacrificios, que tiene sed de almas puras y crucificadas.

Sé pura con la pureza de la Eucaristía; sé amante con el mismo amor de tu Jesús Sacramentado. Amén.

89. ¡SOLA!

¡Ese es el martirio de los martirios: la soledad del alma; ese vacío sin apoyo, ese sentirse sola y abandonada de Dios y de los hombres!

¡Sola! ¿Quién podrá comprender la amargura de esta palabra, sino quien haya experimentado su sabor? Sin embargo, Dios lo permite. Dios envía estos mares de tribulaciones en los que el alma se ahoga limpiándose; Él manda el fuego del cielo, y aun del infierno mismo, con el fin amoroso de purificarnos...

¡Oh Jesús desamparado! ¿qué te diré, hoy que mi corazón sufre el extremo del dolor? Sólo que me ayudes, para guardar el secreto de la Cruz... para darte a Ti las primicias de mis dolores. Quiero sujetarme a la divina voluntad que me martiriza, y sólo te ruego que no me dejes caer en el mundo de tentaciones que me cercan; dame viva fe para sostenerme en la lucha; santa esperanza para no derrumbarme; y un amor sobre todo amor, que pueda subsistir en las borrascosas tormentas por las que cruzo.

¿En dónde estás, Luz de mis tinieblas, que no te encuentro? ¿por qué no brillas, Señor, como los luceros, pues que eres el Criador de ellos,

en estas noches terribles de mi espíritu? ¿Con quién consolarme, si no te hallo? Me hundo, Jesús, Jesús, en dudas, en luchas, en penas, sálvame, Señor, que puedo perecer. ¡En Ti he puesto toda mi esperanza, y no seré confundida para siempre!

Pero ¡oh mi buen Jesús! ¡qué miserable soy! Cuando me consuelas, te prometo, me ofrezco a padecer, te pido cruces, y me ofrezco a tu voluntad, pero apenas te me encubres, luego creo que te has olvidado de mí, que me has desechado y apartado de tu gracia, y que se acabó para mí tu misericordia. ¿cómo no veo entonces tu desamparo, que no te quitó el ser Hijo de Dios, ni disminuyó en nada el tesoro infinito de tu merecimientos ni mi redención?

¡Qué claro enseño en esto lo que soy! ¡Qué débil, qué terrena, qué inconstante y qué ingrata! ¡cuán interesada en el amor que te tengo y cuál infiel a lo que te debo!

Me derriba cualquier pensamiento de tristeza y contradicción, desconfiando ¡ay! de tu amorosa presencia y misericordia. Todo lo hago como quien soy: basura, debilidad, flaqueza, miseria...

¡Oh Jesús! perdóname, y alumbra mis ojos la desolación. No te pido hoy que no me desampares, sino que me sostengas en la fe, y que no te deje, ni busque consuelo fuera de Ti. Humíllame, sí, pero dame esfuerzo, dame ánimo para padecer hasta morir. Por tu desamparo y soledad, Señor! dame las fuerzas para luchar y vencer. ¡Oh, si yo pudiera renunciar a todo consuelo por tu amor! Dame hasta el deseo, Jesús mío, de no desprenderme de esta Cruz, y de ser feliz en estos trabajos. Dilata este corazón, para que quepa en él más amargura, para que sienta, entienda y ame la cruz por tu puro amor.

¡Sola, sola, sola!... Esta fue tu suerte, Madre mía, durante largos años... ¡Ah! te lo suplico por esa terrible prueba que sufriste con incomparable resignación: ayúdame cuando Jesús se me esconda, y deje, en apariencia, mi alma en desoladora soledad. Amén.

90. YO HE VENIDO PARA QUE: TENGAS VIDA

Y siento que me la has dado, mi buen Jesús, y que me la das todos

los días en el Sacramento del amor! ¡Pan de vida! ¡ése es tu verdadero nombre, Jesús mío! Tú te lo pusiste, pues dijiste un día: "Yo soy el pan de vida" (Juan, VI, 35), y yo la tengo por dicha mía, pues cada mañana te recibo en mi corazón, y durante el día tu recuerdo es mi alimento y el vigor de mi existencia.

Pero ¿cómo se conserva esa vida, Jesús del alma mía?

Permaneciendo en Mi, porque, "si permanecéis en Mi, Yo permaneceré en vosotros. Así como el sarmiento no puede llevar fruto si no va unido a la vid, así vosotros nada podéis hacer, si no estáis unidos conmigo" (Juan, XV, 4) Nuestra unión, pues, ha de ser tan íntima como la de la rama al tronco **¡unión de vida!**

—¡Oh, sí, mi tesoro, mi Jesús, mi vivir! Yo quiero morir a mi misma, desaparecer, y decir con toda verdad como San Pablo "Vivo, mas no vivo yo, sino Jesús en mí"

Quiero alimentarme con esa Sangre de tu Costado, que todo lo limpia, quiero hacer mi morada en lo íntimo de ese Corazón de fuego, donde todos los bienes se atesoran. Ya no te pediré como David que me rocíes con el hisopo, sino que te diré con San Pedro que bañes con esa Sangre mi cabeza, mis manos y mis pies, para quedar toda pura, limpia, sin ninguna mancha.

¡Oh Jesús de todos mis amores, que en ese Sacramento quieres darme la vida . que prefieres, en la Cruz, quedarte **sin sangre, y no sin mí!** ¿Cómo ¡ay! podré pagarte tanto amor? ¿Se atreve tu Corazón a quedar sin el alma que le da vida, y no quieres ¡oh Dios mío! quedarte sin mí que te doy muerte? ¿puede acaso haber más misericordia?

Quieres estar, Señor, aquí cerquita de mí para hablarme, oírme, responderme y darme vida, y a mí ¿qué me detiene, Señor, para beber de esa verdadera vida? Me detiene que vivo en mí, y no en Ti, al revés de lo que Tú haces, por que en tu Corazón viven los pecadores, y, por consiguiente, vivo yo, a quien amas ¡Oh Jesús mío! ¿Quién me engaña y me aparta de Ti?

¿Quién me ciega, cuando miro otra cosa que no seas Tú?

¿Cuándo se acabará el peso de mi miseria, y ninguna cosa me impedirá vivir en Ti?

Si en tu Corazón tengo fuego para abrasarme y transformarme, ¿cómo sufro las nieves de mi alma que me dan la muerte, sin arrojarme desde luego a Ti, Señor, que has venido para darme la vida?

¡Oh esperanza mía y todo mi bien! ¡Oh mi vida verdadera! ¡Oh Jesús, más íntimo que lo íntimo de las entrañas de mi corazón! te diré con San Agustín: "Úneme a Ti **sin intermedios ni impedimentos**". ¡Oh vida sin la cual yo muero, quítame toda vida que no sea la tuya, única vida de mi vida!

¡Oh María! tú has venido a este mundo para que Jesús tuviera vida, y por eso eres **Madre de la Vida...** te lo suplicamos humildemente tus hijos y tus hijas: haz que nuestra vida sea como un reflejo de la tuya y de la de Jesús. Amén.

91. AMAR ES SER PURO

"El alma pura es una bellísima rosa, y las tres Personas divinas bajan del cielo para aspirar su aroma".

"**¡Nada hay mas hermoso** que un alma pura! Si así lo comprendiéramos, no mancharíamos jamás su blancura".

"El alma pura está desligada de la materia, libre de las cosas de la tierra y hasta olvidada de sí misma, porque la pureza y la humildad siempre andan juntas". ¡Oh purismo Jesús, mi Azucena ensangrentada, mi inmaculado Lirio del Sacramento!, dame un gran amor para amarte; que, amándote, no te podré ofender, no me podré ofender, no me podré manchar. Dame amor, Vida mía, que el amor tiene la naturaleza del fuego, que es el más pronto y operativo elemento; dame ese fuego consumidor que destruya en mí todas mis miserias, ese fuego invencible, vehemente, inflamador, que borre todo pecado de mi alma.

Yo quiero un amor tan puro, Jesús, mío. que sea un ascua prendida en tu divino pecho con tu misma lumbre, con sus ardores sin igual, con su crisol que limpia cuanto alcanza, que derrite y consume

hasta las imperfecciones.

Ardo, mi buen Jesús, por arder dentro del horno de tu Corazón, fuente de toda pureza

Pero ¿qué me impide, Jesús, liquidarme en este incendio? Me impido yo misma con todas mis miserias. Estoy sin virtudes, vencida a cada paso por las tentaciones, tibia y sin fervor; sin deseos vivos de agradarte, sin solicitud de servirte. Me veo a menudo lejos de tus brazos Sin Ti, mi verdadera vida, y me desahogo en lágrimas.

Veo que mi existencia es corta para merecer el cielo, y la consumo sin pena en las cosas de la tierra.

¡Oh Jesús mío, bondad infinita, misericordia sin término, alma de mi alma! ¿Qué merezco sino que me abandone tu ternura? Dame lágrimas de sangre para que llore mis ingratitudes, y tu perdón también, Jesús, tu perdón y tu amor, para blanquearme.

¿Verdad que vas a olvidar mi pasado? ¿ verdad que me vas a dar hoy una chispa de ese celestial fuego? ¡Oh, sí, mi amor, mi Cielo, mi Jesús!, haz que de hoy en adelante me ocupe de Ti, y me olvide para siempre de mi.

¿Qué puedo querer fuera de tu posesión? ¿Qué me puede faltar si te das a mí? ¡Oh vida perdida, la que ha pasado sin amarte!

¡Abre Señor, ese pecho, para beber de él, hasta saciarme, amor y pureza! Ese es mi delirio ser pura a imitación de María, y amarte, amarte como Ella hasta morir de amor por Ti Amen.

92. VOY DE PASO

Sí, Dios mío, **voy le paso** por este destierro y no es aquí mi morada, por tanto, mi corazón estará inquieto hasta que llegue a su patria: ¡el cielo!

Esta vida no es la vida, porque la vida es Jesús, sólo Él es vida, y la que debo vivir aspirándola con ardor; porque es vida de pureza, porque

es la santidad misma, el mismo que es la Vida ¡Oh Vida mía! y ¿cuándo moriré a mi misma para poseerte? Yo te llamo, Jesús, Vida, desde lo profundo de mi corazón; dame tu amor, porque ¡el que no tiene amor no tiene vida!

—¿Para qué andar vagueando en muchas cosas, buscando bienes creados?

¡Ama a un Bien en quien están encerrados todos los bienes; a una Vida en quien están encerradas todas las vidas!

¿Tenéis carne y deseáis espíritu? Soltad la carne y alcanzaréis el espíritu.

—Eso quiero, Jesús: soltar todo lo que no seas Tú o a Ti me lleve; desposeerme... desbastarme... morir, siquiera en pedacitos, todos los días, para que llegue uno ¡oh dicha! en el que ya no viva yo, sino Tú en mí; en el que no tenga más vida que la tuya, ¡en el que Tú solo seas mi vida y mi vivir!...

¡Y qué gozo, que en este mundo **voy de paso;** y que mi camino, el camino que desemboca en el cielo, es el de la Cruz, el de las humillaciones, el mío.

Ese camino es **el nuestro,** en el que por la pureza el alma se encuentra a Dios y por el sacrificio se le posee, porque a Dios no hay que buscarlo en rosas: "Éntrate por las zarzas, como Moisés, hasta derramar sangre, y lo hallarás".

Y con tal de encontrarlo y poseerlo, ¿que importan todas las espinas de la vida? ¿qué todos los dolores y la sangre del cuerpo y del corazón? ¡Oh mi Jesús Eucaristía, Vida de mi vida! hazme entender y **sentir** aquí, a tus pies, estas verdades. ¡Dime la manera de renunciarme, de ser menos cada día, y de no poner mi nido en ninguna cosa de la tierra!

Enséñame a morir amando, porque el amor reclama muchas muertes, que yo estoy dispuesta a sufrir aquí a tus pies.. Quiero, mi Jesús, morir en vida, para vivir en mi muerte eternamente. Tengan, Señor, mis ojos fija su mirada en el cielo. . que escuchen siempre los oídos de mi

alma ese ¡Vas de paso! que me despegue de aquí bajo... que mis anhelos sean todos divinos, y que no me recuerde ya jamás a mi misma, **sino para crucificarme,** imitando así a mi Madre, la Reina de los mártires. Amén.

93. SEGUIDME

Paseando un día, hija mía, a orillas del lago de Galilea, me encontré con dos almas que quise fueran mías: Pedro y Andrés, y les dije: "Seguidme", o lo que es lo mismo: "Venid en pos de mí". Era, ni más ni menos, llamarlos a la Cruz.

Esas dos almas generosas me siguieron sin vacilar, llenas de gratitud; y, fieles a la gracia de la vocación, me acompañaron... me imitaron me amaron con todas sus fuerzas; y ambos, después de haber sufrido mucho por Mí, murieron en una cruz. Esa fue su recompensa: vivir entre mil cruces, a las cuales besaron, acariciaron y apretaron contra sus grandes corazones; y morir en los dulces, amigos y suaves brazos de esa insignia de mis escogidos. ¡Acompañarme... imitarme... y amarme!... Esos tres puntos, hija mía, son los que, haciendo a las almas felices en vida, les preparan una muerte bienaventurada sobre la Cruz. ¿No sabes, acaso, que de la Cruz al Cielo hay un solo paso? Entonces, ¿qué vale una vida entera de padecimientos, si alcanzas tan dichoso fin? ¡Oh hija mía! Yo escogí para Mí todos los rigores de la Cruz, y desde entonces quedó dulce, suave y delicioso ese santo leño para las almas que con él se abrazaran y en él murieran abandonadas.

¿Recuerdas cuando un día, acercando mi boca a tu oído, te dije: "Hija mía, tú andas por el mundo como tórtola sin nido... ¿quieres formarlo dentro de mi Corazón?... Ven, acércate y oye sus latidos. ¡Si vieras cuánto ha palpitado por ti! **Sígueme, sígueme...** tú no eres para el mundo... Con amor eterno te amé... con ríos de sangre te compré; eres mía, pero tú ¿quieres serlo para siempre? ¿Quieres venir conmigo, a marchitarte al calor del Tabernáculo?

¡Oh! ¡tú nunca olvidarás, hija de la Cruz y de María, aquel instante feliz en que te hablé para hacerte mía! ¡qué dignación, que jamás apreciarás lo bastante!

Me oíste... rompiste con el mundo y con los afectos y, como

aquellos dichosos apóstoles, me seguiste... Dime, pues, tus amores, cuéntame despacio tus dolores... Exclama, hija mil veces al día: "Mi Amado, para mi; y yo para mi Amado". Llora las ingratitudes de los hombres; que para esto me seguiste...: ama con delirio las locuras de la Cruz, sacrificándote en favor de los ingratos. Piensa en Mí por los que no piensan, **y sígueme** a lo más alto del Calvario que ahí te espera con los brazos abiertos mi misma Cruz, mi misma gloria, y con ella el Elegido de tu corazón, el Encanto de tu destierro, tu alegría, tu consuelo, tu Jesús. Amén

94. POR FIN LLEGUÉ

¡Por fin llegó mi turno, Jesús del alma! por fin se acercó el momento de venir a tu lado, que tanto ansiaba mi espíritu. Quiero venir a contarte que estoy triste por no saber amarte más, por no hallar la manera perfecta de corresponder a tu amor.

Quería decirte lo miserable que soy, y cómo sé guardar mis potencias y mis sentidos quería contarte que me descontento si no ceden a mis gustos... que me aflijo si no logro mis quereres... que espero con ansia las cosas de la tierra, que las busco con cuidado, que las pierdo con pena, y que no eres Tú ¡ay! el todo el único en mi corazón.

¿Puede existir pena mayor? ¡Oh amor de todos los amores! ¿En dónde estás, para hacerme aprovechar tantas gracias y para perdonarme tantas miserias? ¿Por qué te pierdo de vista,

Señor, y, queriendo arder con tu contacto, siento el hielo en este corazón todo tuyo?

Grandes gracias, decía Santa Teresa, no se dan sino para grandísimas alturas o grandísimas caídas. ¿Y cómo no temer, Señor, si me veo rodeada de tantos medios de santificación, y a la vez tan fría y tan miserable, tan manchada y tan vil?

Sin embargo de todo, Jesús mío, quiero amarte sin medida y crucificarme sin término.

¡Amor! palabra embelesadora, celestial, divina, que huele a Jesús,

a sangre, a pureza... ¡Quién pudiera arder en ti para siempre?

¡Oh Jesús del Sacramento! En este feliz instante de los desahogos y de las peticiones, te pido **que me des amor.**

Quiero amarte con un amor sobrenatural. .soberano .. constante .. universal... efectivo... respetuoso. . y familiar .. unitivo... purísimo... **sacrificadísimo...** Así quiero amarte, y cuando tuviera estas cualidades mi amor, todavía mi corazón no estaría contento, y querría purificarse más, aquilatarse y sublimarse más para agradarte.

Mira, Jesús que me escuchas; yo quisiera tener para Ti un amor sobre todo amor, más grande que el de los mismos serafines, más hondo que todos los mares... más vasto que todos los horizontes... más alto que todas las alturas... más puro que todas las purezas. Yo quiero un amor tan especial para amarte, que identificara mi pobre alma con la tuya, que derritiera mi corazón, y me abrasara hasta hacerme cenizas en tu honor

¡Oh Jesús! ¿Y por qué no me das ¡ay! tu mismo Corazón para amarte? ¿Hasta cuando no me veré poseída y absorbida en Ti, suavísimo fuego?

Castígame... atribúlame... crucifícame... que desde este instante todo lo renuncio y a Ti solo quiero. Enséñame a sufrir sin ofenderte, y desprenderme de todo lo que no seas Tú...

Enséñame a padecer mucho por Ti y a que mi única pena sea el perderte, y mi única dicha el amarte.

Esa fue la única dicha de María en el mundo: amarte y sufrir contigo y por la misma causa... Así nosotros, tus hijos y tus hijas... ¡Jesús tan amado! ¡Oh, sí, si! que pronuncien tus labios esas dos letras. Para ser feliz. Amén.

95. ¡QUÍTALO! ¡CRUCIFÍCALO!

Eso digo yo, Señor de mi vida, cuando falto a mis deberes, cuando te niego algún sacrificio, cuando me disimulo en tus inspiraciones, cuando, buscándome a mi misma, te cierro las puertas del corazón "¿Qué mal te he hecho, hija mía?" parece que me dices. Y sin más razones ¡oh

Dios mío! ¡cuántas veces he dicho interiormente: Yo no tengo más rey que el César, es decir, que mis gustos y quereres. Tú quítate, Señor, que estorbas, en estos momentos, a mi vanidad, a mi orgullo, al incienso que quiero tributarme!"

¡Oh Jesús, mi amadísimo Jesús, que me escuchas! Déjame pensar aquí, a tus pies, lo que sentirá tu Corazón, todo ternura, con esta conducta de tu ingrata criatura... ¡Oh buen Señor! ¡Muéstrame tu Corazón espinado por mí, para morirme de rubor y de vergüenza...

¿Yo alejarte de mí, y pedir a gritos tu muerte?... ¿yo, querer que te quiten de mis ojos, cuando eres su luz; y que te hagan padecer, siendo yo la que debía martirizarme por Ti?

Ya no, Jesús del alma, y perdona tantos pecados y faltas de delicadeza para contigo. No permitas que me aparte de Ti, que te aparten de mí. Que los que te aborrecen, no te vean: pero yo que te amo, Señor, quiero beber la vida de tus ojos y el calor y la paz de tu Corazón. Ven a mí, que quiero ya ser toda tuya, adorarte, y sacrificarme al reverso de tu Cruz, llorando mis infidelidades y miserias Tus dolores serán mi salud; y tu compañía, mi vida. Ya no más resistencias a tu voluntad; ¡serás mi rey, oh espejo de la gloria! y ¡quién nunca te perdiera de vista y te llevara impreso en el alma y el corazón!

¡Ay, Amor mío! ¿Cuándo me aborreceré lo suficiente? Pero confieso mi miseria; cada día me ofrezco en tus manos y quiero imitarte, Jesús; pero llegando la ocasión, me aparto de tus inspiraciones para seguir mis caprichos y mis inclinaciones torcidas. ¡Oh mi Señor! Yo me abrazo hoy a Ti, que eres todo misericordia y amor! Olvida mis pecados, y triunfe tu amor en mí. Grita Tú, Señor, a los ángeles y a los hombres esta palabra **¡crucifíquenla!;** y Tú sosténme con tu divino amor.

No me rechaces, Jesús, como yo, miserable, a Ti. ¡Oh desventuradas horas en las que he preferido el mundo y mis comodidades a la Cruz! Haz que, de hoy en adelante, todo mi placer lo cifre en las humillaciones y en el dolor, ostentando tu poder, rindiéndome a tu servicio por amor.

No quiero acordarme de las innumerables veces que te he pospuesto **prefiriéndome;** que he dicho en mi interior "¡crucifícalo!"

Quiero echar un velo a mi pasado; échalo tu, Señor, olvidando y perdonándome. ¡Oh Virgen Santa! alcánzame la gracia de que no salga la Cruz de mi morada, ni su luz de mi alma. Merezca yo por Ti ser del numero de los crucificados, ya que tantas veces he crucificado a Jesús, para ser también, algún día, del número de los glorificados. Amén

96. QUIERO MORIR

¡Oh, sí! quiero morir para alcanzar la vida; morir a cada paso, morir a pedacitos, morir siempre a mí misma, para vivir la vida verdadera y poder exclamar transformada: "¡Mi vivir es Cristo!"

Esa transformación quiero llegar a alcanzar con esa muerte que da la vida, con la muerte moral y espiritual del **renunciamiento por amor...**

¡Qué hermosa muerte, que reclama a grandes voces el amor! Muerte **activa,** que va suprimiendo paso a paso al hombre viejo.

Pero morir una sola vez no basta; es necesario renovar esa muerte **incesantemente:** comenzar todos los días a morir sin cansarse, viviendo otra vida, otro ser, el divino, hasta llegar a decir con toda verdad: "No vivo yo, no, que he muerto; y Jesús, el dulce Jesús, el paciente Jesús, el sacrificado Jesús, el humilde y caritativo Jesús, vive en mí". Sólo queda en mi alma Él, porque el yo ha desaparecido para siempre. Morirá también el **quiero** y el **para mí,** y quedará sólo Jesús reinando dentro de mi alma.

Sí; quiero resucitar; no me dejes, Señor, que me escuchas, que yo te prometo hacerme guerra, vigilando contra cualquier viento de levantamiento natural.

Mas el que muere, no tiene ya voluntad propia; el que muere, ha perdido su libertad, lo pueden subir o bajar, llevar y traer, y tirar, sin que abra sus labios, sin que dé muestras de dolor, ni de la menor queja

¿Y qué merece un muerto? Que lo entierren, que huyan de él, que le tengan asco, que no lo tengan más entre los vivos.

¡Oh Señor! ¿Y mi orgullo llegará a nivelarse con esa muerte, y a

querer el desprecio de los hombres?

Naturalmente, no, pero, si Tú, Jesús mío, Bien de mi vida, me ayudas a morir de ese modo, yo resucitaré a esa vida divina que me pides, triunfando de mi debilidad y miseria.

¡Oh Espíritu Santo, que eres mi fortaleza! ¡Oh amante verdadero de mi alma! Ayúdame también a morir en vida, para resucitar en muerte.

¡Oh Jesús, todo bondad y ternura! ¡Oh mi Amor, mi gloria y mi suavidad! ¡Sé Tú mi vida y mi vivir!

Busquen los demás lo que quieran, que a mí nada me satisface ni me agrada sino vivir de tu vida. ¡Dios mío! Corazón mío, mi única Esperanza y Salud! Denme la muerte esos tus ojos divinos; incéndieme ya ese voraz fuego de tu Corazón, para morir de amor, y así se parezca mi muerte a la de mi Madre Santísima: un deliquio de santo amor. Amén.

97 LOS QUE MADRUGAN, ME ENCONTRARÁN

Son palabras del Señor, que tienen su cumplimiento.

La Magdalena muy de mañana fue al sepulcro, de Jesús, y primero tuvo **noticias de Él,** encontrándolo después resucitado.

¡Es tan linda la oración de la noche, y más en las casas que tienen por regla tan hermosa acción!

"Bien me podéis creer como experimentado, decía San Juan Crisóstomo, no tiene tanta virtud el fuego para purificar y limpiar el orín del hierro, como la oración de la noche para purificar el alma y limpiarla de los pecados".

La tierra desnuda era la cama de Jesús, sobre una dura piedra reclinaba su cabeza, con los ojos clavados en el cielo, en el silencio de la noche . ¡Qué gemidos saldrían de aquel abrasado Corazón! ¡qué de lágrimas correrían por sus divinas mejillas pidiendo perdón al Padre por nuestros pecados!...

Toda la noche, de claro en claro, pasaba Jesús en la oración, para enseñarnos a orar en ese tiempo; pues, así como en Él suelen respirar las plantas que dejó caldeadas y marchitas el sol del día, y recibir el rocío y el fresco del cielo, así el alma, caldeada y acosada por los desasosiegos del día, se refresca con el rocío de la gracia, y crece con el agua de las lágrimas, brotadas entonces del corazón.

¿Quién, Jesús Eucaristía que me escuchas, quién no madrugará para encontrarte?...

¡Pero no sólo en lo material deben entenderse estas palabras!... ¡Dichosos los que .muy temprano se han consagrado a Ti, entregándote el corazón!

¡Felices mil veces los que, antes de contaminarse con el mundo, el demonio y la carne, te han pertenecido para siempre!

¡Qué ventura para las almas, Señor, que han venido en botón a abrirse aquí, al pie de tu Sagrario, calentadas por el sol de tus amores!

¡Oh azucenas dichosas, que se han abierto para el cielo en el jardín del Esposo. en el huerto de preciosos lirios, cuyo perfume recogen los ángeles!

Pero también existe otra manera de madrugar, y es la de adelantarse muy temprano, es decir, lanzarse, apenas conocida la voluntad de Dios, a cumplirla. ¿Qué importa que nos muestre la Cruz en cualquier forma, si en ella tenemos la seguridad de siempre encontrarlo?

Aquí en este punto se ejercita la hermosa virtud de Jesús, y arrebatándole con entusiasmo santo las espinas todas, para con ellas coronarnos.

Así se le ama a Jesús, así se le encuentra: adelantándose al sacrificio por su amor. ¿Y quién de nosotros no lo hará? ¿quién tendrá pereza para ello?

¡Oh Jesús, que me escuchas en tu Sacramento adorable! ¡dame esa diligencia para madrugar en el sacrificio, y en la oración para encontrarte!

¡Oh María! **madrugaste** tú el día de la muerte de Jesús, y le encontraste **adelantándote al sacrificio, a la Cruz;** enséñanos a madrugar contigo, para seguirle también al Calvario y crucificarnos allí con El. Amén.

98. ¿QUIÉN PODRA ARRANCARME DE TU LADO?

Nada, ni nadie, Jesús mío; ni la Muerte ni la vida, ni las penas ni las alegrías, ni la salud ni la enfermedad, ni las cruces ni los martirios, ni los tormentos ni todos los dolores juntos; que éstos serán más bien clavos que me remachen dentro de tu amante Corazón.

¡Sólo una cosa podrá apartarme de Ti mi Bien, mi Suavidad, mi Hermosura!... ¡El pecado! Ese monstruo será el único que pueda separarme de Ti; pero no lo permitas, Corderito mío inmaculado; antes mándame la muerte que ofenderte.

Me hace temblar el solo pensamiento de ser posible alejarme de Ti, ¡Vida de mi alma! de Ti, que, si me dejas, me quedo sin luz, sin calor sin gracia, sin cielo.

Castígame, Señor, de cualquier modo; crucifícame, y haz de mí lo que quieras, pero préndeme a tu Corazón con tus mismas espinas; clávame a tu Cruz con tus mismos clavos, con tal que no te pierda, que no te ofenda, que jamás, ni una línea, ni un instante, me separe de Ti

Concédeme, Señor, que las cosas todas que de Ti me aparten, las rechace; y que las que a Ti me lleven, me aficionen y enamoren. Que sea todo mi padecer **mucho, mucho** por Ti. ¡Oh mi buen Jesús! crucifícame contigo en la Cruz; clava en ella mi cuerpo y mi corazón junto al tuyo. ¡En la Cruz está la salud, la fortaleza, la seguridad, la vida! Yo quiero vivir de su savia, cobijarme en su sombra y alimentarme de su fruto... Así no será posible que me separe de Ti, porque la Cruz es compañera y gloria de los escogidos. Con razón, Jesús de mi alma, con razón la Cruz me arrebata en amor y siento impulsos siempre de arrojarme a sus brazos, de ponerla en mis hombros y sobre mi corazón. Ella fue la tesorera de tus riquezas, la confidente de tus secretos, el triunfo de tus victorias. Ella tomó en sus brazos ese tu Cuerpo, Amor mío, ese tu Corazón, ese tu amor; y Tú le dijiste un día que a quien ella sellara, sería reconocido por tuyo, y a quien

acompañara, nunca le faltaría tu protección. Entonces ¿cómo no amarla con delirio, siendo señal de los que amas? ¿Cómo puedo tener por grande ningún trabajo? ¿Cómo no arder en deseos de sufrir por Dios? ¿Cómo no tener por perdida la hora que estoy sin padecer? Yo quiero, Jesús, verme ¡ay, sí! como Tú te viste, si Tú sufriste por mí, ¿no he de querer yo padecer por Ti?

¿Cuándo será mi **consuelo no tenerlo, a tu imitación?** ¡Oh Dios de amor! ¡oh amor de Dios! amor sólo llevo, cuando me crucifico por Ti; y amor me lleva a hacerlo por tu amor.

¡Oh Jesús! ¡oh amor mío! ¡dame tu Cruz, o la muerte! Mátame, Señor, con el fuego de tu caridad; que me acabe, si he de pasar la vida sin emplearla toda en padecer por Ti.

Yo sé que Tú no me faltarás, yo sé que a un crucificado por amor, jamás por jamás lo apartarás de tu lado; yo sé que Tú amas con especial amor al que crucificas, y por esto quisiste que padeciera tanto tu inocentísima Madre.

Pues aquí estoy, Señor, ámame, ámame y crucifícame, como crucificaste a María para que fuera más parecida a su Jesús.

99. MI YUGO ES SUAVE; MI CARGA, LIGERA

Así lo experimenta mi alma, Jesús del Sacramento. Por más que el peso de los sufrimientos tienda a hundirme, yo siento en mi interior una fuerza divina que me sostiene, un algo sobrehumano que me ayuda con la Cruz y la suaviza.

El yugo siempre se lleva entre dos..., ¿y quién es ese otro, Señor, sino Tú mismo, que me endulzas y suavizas el padecer? Con razón aseguras que tu carga es ligera, si Tú llevas el mayor peso, si Tú quitas la amargura a la Cruz haciendo que llegue a ser hasta una necesidad para el alma que te adora. ¡Y cierto! ¡Es tan suave sufrir, cuando se tiene a Jesús en el corazón! ¡Es tan amable el dolor, cuando se sufre sólo por el amor!

Si las penas y las contradicciones nos llevan a la Cruz, la Cruz nos conduce a las puertas del cielo.

Los sufrimientos de este mundo tienen fin pero los de la otra vida son eternos. ¿Qué importa, pues, una vida de padecimientos, si esta corriente al fin desemboca en el cielo? Tomemos la Cruz con gozo, con entusiasmo, con fervor. que vivir de la Cruz **es vivir del amor.**

¡Oh mi buen Jesús que me escuchas! Hazme entrar en esa senda de inmolación voluntaria, consumiendo mi vida en tu honor!

Yo quiero suspirar, como San Francisco Javier, por una vida llena de obstáculos, contradicciones y trabajos, exclamando feliz en medio de ellos: **Amplius, Domine!** ¡más, Señor, más aún: cuando mi naturaleza se resista! No importa que, por más que sufra y por más que llore, siempre me será suave tu yugo y ligera la carga, por el amor en que me abraso

Yo sé que la paz no consiste en no tener tentaciones, sino **en no ofenderte;** y eso deseo, y eso anhelo y con toda mi alma· no ofenderte nunca y antes morir que pecar, que faltar a mis reglas, que ponerte triste.

Quiero cifrar mi gloria en ser olvidada y despreciada, quiero gozarme en las locuras de la Cruz, ahondando en las humillaciones y abnegación.

Tengo sed de bajar, y esa sed reclama en mi alma, a grandes gritos, **pequeñez, obscuridad, impotencia...**

Anhelo, Jesús mío, ser víctima en tu unión, y, para una víctima que adora, son necesarias otras profundidades, otros abismos que los ordinarios. Yo no temo, Señor, al dolor y a la humillación, desde que sé que Tú me ayudas, que es ligero el peso de la Cruz, y suave tu yugo: con esto quiero lanzarme, con tu gracia, que no me faltará, a cualquier calvario, porque es corta la vida para sufrir por Ti.

¡Oh Jesús, todo suavidad, todo misericordia, todo amor! ¡Oh Esposo de mi alma y resplandor de la gloria! ¿Cuándo llegará el día en que, olvidándome de mi, me ocupe toda en Ti, aligerándome la carga el amor?

Haz, oh María, que la Cruz me sea siempre suave por el amor. Amén.

100. JESÚS CALLABA...

¡Qué modelo de silencio y de humildad fue Jesús en el Pretorio de Pilatos, en el Palacio de Herodes y ahora en la Eucaristía!

El calla ante los insultos, las burlas y los soeces sarcasmos de sus enemigos; y calla también y guarda un silencio profundo ante las ingratitudes, los olvidos y los desdenes ¡ay! de sus amigos, de los que por muchos títulos se llaman **suyos.**

¡Pobre Jesús! ¡Con qué delicadeza calla mis pecados, y los borra con su sangre, y los blanquea con su blancura, y los disimula con su bondad, y los perdona con su amor!

¡Cuántas veces, después de lastimar su Corazón con mi orgullo, con mis impaciencias y poca generosidad, vengo a sus pies, y en lugar de echarme en cara mis miserias calla, sonríe, y parece que me dice en el fondo del alma: "No temas, que la medida de mi amor a ti no tiene medida!"

¡Qué silencios tan elocuentes tiene Jesús, que rinden, que aniquilan, que hacen estremecer de amor! ¿acaso los imito yo?... ¿Guardo silencio siquiera cuando el deber me lo exige? ¿Me excuso cuando se me corrige algún defecto? ¡Oh Jesús mío, cuán lejos estoy de parecerme a Ti! Tú disimulas mis faltas, y yo publico las de los demás. Tú me perdonas bondadoso, y yo no sé olvidar las injurias.

Tú callas ante la lluvia de ingratitudes, y yo hablo, y grito, y doy voces, porque tengo la humildad sólo en la lengua, y la soberbia metida en lo más íntimo del corazón.

La disipación y el orgullo son las fuentes de mi falta de silencio, Jesús mío... Si yo meditara en tu Pasión, si yo viviera esa vida interior que tanto une contigo, ¿cómo no aprendería de tus divinos labios a callar cuando me sintiera herida o lastimada, a guardar los secretos de la Cruz, a no quejarme jamás y a ser dulce y paciente, caritativa y amante?

¡Ah, Jesús, Jesús mío, que me escuchas! Dame hoy tus divinos

labios, que sólo hablaron ternuras, que sólo respiraron caridad; regálame hoy ese silencio santo que todo lo dulcifica, elevando el alma en la unión con Dios. Quítame el ruido que producen en mí las propias pasiones; y que mi lengua, de hoy más, sólo se ocupe en alabarte y hacerte amar.

Basta ya de tantos pecados; ayúdame a ser toda caridad, suavidad, mansedumbre, dulzura Tú serás la miel que endulce mis acritudes; Tú y María seréis la leche que suavice mi trato con los demás, y los alimente. ¡Oh, si yo hubiera callado tantas veces, cuán llena estuviera mi alma de luz, cuán rica de gracia, cuán pura de culpas que cometí hablando! Amén

101. EL REINO DE LOS CIELOS SUFRE VIOLENCIA

¡Cierto, Jesús mío! y sólo entrarán en ese reino los que, haciéndose violencia, hayan triunfado del mundo, del demonio y de sí mismos.

La Cruz es el arma con que en el campo de batalla alcanzaremos la victoria; y sin Cruz, moriremos vencidos y seremos leña a propósito para el infierno. ¡Abnegarse! ¡Renunciarse! ¡En estas dos palabras se encierra ese secreto, ese resorte, el cual empuja para entrar en el cielo! Es angosto el camino para la bienaventuranza, y sólo los esforzados lo atraviesan sonriendo; mas ¿qué importan las espinas a un alma que ama y anhela crucificarse por el Amado?

"Nunca estoy mejor, decía San Francisco de Sales, que cuando no estoy bien". Pues con esa disposición del alma vengo hoy a pedirte, Jesús Eucaristía: dame esa firmeza que sólo nace del amor...

Yo quiero arrebatar el cielo aun cuando chorree sangre mi corazón, aun cuando deje pedazos de mí misma en el camino... Yo quiero hacerme violencia, y vivir mártir para no morir eternamente... Aquí corta, aquí quema y despedaza, te diré con San Agustín, con tal que en la otra vida no me apartes de Ti, ¡Jesús del alma! Vengan, pues, esas distintas purificaciones a quitar toda escoria de mi corazón; quiero ser feliz eternamente, y no podré serlo **sin la gracia y sin el dolor.** "No cabe ser feliz, ni en esta vida ni en la otra, sino por la destrucción de todo lo que constituye la dicha mundana!"

¡Oh Jesús, Jesús del alma mía! Si ese cielo es el premio de la mortificación y de la cruz, es decir, de los que se hacen violencia, yo desde este instante quiero subir al Calvario y no descender de él jamás. Quiero a toda costa pertenecerte para siempre; pero seré más tuya ¡oh si! **mientras más crucificada estuviere...** Por tanto, ya no me quejaré del abandono de Dios y de los hombres... y me arrancaré a cada paso de mí misma y de cuanto amo, siempre inmolado mi corazón en tu honor.

Cuando las tentaciones me acometan... cuando parezca que no tienen fin las noches de mi espíritu.. . cuando los hombres no me comprendan y las tormentas rujan a mi alma, yo me haré violencia humillándome y clamando: ¡misericordia!

Cuando todo se conjure contra mí, y el cielo parezca de bronce, y la tierra se abra para tragarme, y el infierno me llame, y Satanás parezca que triunfa en mí, yo me haré también violencia, acudiré a María, y contra toda esperanza **esperaré** sin desfallecer en el camino de la Cruz.

Yo lucharé, con la gracia, después de cada tormenta, sin cansarme; y, siempre invencible, llevada de la mano por mi Madre María, arrebataré ese reino eterno, entrando en él, como dicen que entra un alma cogida y abrazada con la Cruz, como una reina en su palacio. Amén.

102. ¿QUÉ QUIERES?...

¡Ah, Jesús mío, mi gloria, mi querer! Háblale a mi corazón, que está sediento de complacerte; háblale Tú, y dale inteligencia para entender y practicar lo que le pides.

¿Qué quieres, mi Jesús, qué quieres?

Quiero tu perfección, hija mía, tan amada de mi alma; quiero que te hagas santa. Levanta tu espíritu, sacude sus alas; y vuela en los caminos que hoy presentaré a tus ojos No temas, que, con mi ayuda y la de María, todo lo podrás.

Quiero de ti, hija amadísima, un desasimiento universal de todo lo humano, cariños... personas... objetos y cosas. Es preciso que hagas pedazos el corazón, en tratándose de apegos... afectos... comodidades...

solicitudes corporales, crucificando tu carne en mi honor.

El voto de pobreza te habrá quitado el apego a las cosas **materiales;** pero este desasimiento debe llegar y ahondar aún a las espirituales.

Debes prescindir de tus juicios... de tus opiniones... de tu modo de ver las cosas, dispuesta a creer que lo blanco es negro, siempre que esto no te lleve a pecado o imperfección.

Corta con navaja, fibra por fibra, todo lo natural que a la tierra te ate, y mata sin compasión toda afición que en algún punto te aparte de Mí.

Apenas habrá una hora en la que tu alma, si está recogida, no tenga de qué desasirse; ya lo sabes.

Jamás, deliberadamente, consientas en buscarte a ti misma, ya con las propias complacencias que rechazarás indignada, ya buscando más o menos solapadamente el aprecio ajeno... el quedar bien... el que te tengan en algo... el creerte capaz de alguna cosa que no sea condenarte y hacer daño... Apenas te divises a ti misma, vuelve la hoja, huye de ti, anonádate y humíllate en el propio conocimiento, que mil veces te he hecho ver la miseria que eres. Deja pasar la tentación sin tocarla, hundida en tu pequeñez y en tu nada.

Y por fin, con conocimiento de causa, **jamás obres por propia satisfacción.** ¡Oh, cuántas faltas encontrarías en este punto, y qué extensos horizontes se te presentarán para practicar las virtudes! ¡Aquí sí que muere la naturaleza y vive Dios en el alma que a tal altura llegue!

Aquí sí que hay renunciamiento, y esa muerte incesante en la cual se vive tan sólo de la mortificación de la Cruz.

Sube, pues, esa cumbre, si quieres darme gusto, si quieres de veras santificarte. Arriba, hija, más arriba; que las fuerzas te las dará el amor. Vamos a que mueras para que tengas vida, a que comiences ya esa transformación en Mi, que no podrá operarse mientras existas tú en tu corazón.

¡Esto es negarse a sí mismo, esto es seguirme, esto es

renunciarse, esto es amor!...

—Mira, Madre del alma, a qué altura de perfección me quiere tu Jesús. Ruega al Espíritu Santo que me ayude para cumplir su voluntad. Amén.

103. SED PERFECTOS COMO MI PADRE CELESTIAL ES PERFECTO

La perfección, hija mía, consiste en la Caridad, en el amor de Dios y del prójimo por encima de todas las cosas, y con humildad.

¿Cómo se ama a Dios con humildad? Con una sujeción total de rendimiento de juicio a todas sus disposiciones.

Ofreciéndose como víctima de inmolación, como incienso para quemarse en su mayor gloria, sin que el mundo lo sepa, y sin pensar siquiera que Yo lo agradezco; con ese desinterés de amor.

Recibiendo con esa gratitud lo poco o lo mucho que Yo le regale, anonadándome con mis favores.

Gozándote en imitarme en ser de todos despreciado.

Tomándome por Modelo crucificado, y, por amor, copiarme en mi Pasión, huyendo de todo honor.

Devolviéndome las gracias recibidas con pobreza espiritual perfecta, con gratitud, y además, creyéndote indigno de ellas.

Amándome por ser quien soy, sin interés, sin pensar en la recompensa, creyéndote indigno de tenerla.

Sin desconfiar jamás de mi bondad, ni de mis méritos en cualquier ocasión.

Creyéndote, de todo corazón y siempre, indigno de mi servicio, y enteramente dichoso de que Yo en él te tolere.

Queriendo siempre apocarte para que Yo brille, desaparecer para

que Yo aparezca, anularte para que Yo reine.

Recibir con el mismo agrado las cruces que los regalos, las desolaciones que las consolaciones, gozándote tan sólo en mi voluntad presente y futura, y todo por impulso de amor sacrificado.

Ya ves en qué consiste amar a Dios con humildad. Es una perfección altísima, pero no imposible para la criatura, con mi gracia.

A los hombres se les ama con humildad hija, cubriendo los sacrificios que por ellos hacemos o nos imponemos, y que sólo Dios sea el testigo de ellos. Así debes amarlos tú ocultamente sacrificándote en su favor; que en el darte a los demás de esta manera, con el fin de agradarme, también se me ama a Mí, por ser Yo el blanco de este acto sublime de caridad aquilatado con mi imitación y con mis méritos.

¡Cuantos sacrificios hice Yo por mis hijos culpables, durante mi vida, que no se sabrán hasta la eternidad!

El alma poseída de un amor de humildad para conmigo dará una prueba evidente de que ese amor es verdadero, si no es egoísta y tiende a dar de lo que ha recibido, por medio del sacrificio, en favor de otros. Cuando estos efectos no aparezcan en el alma, es sospechoso su amor es decir, no está todavía, ni muy puro, ni muy crecido, con seguridad; porque, a medida que crece el incendio del fuego producido por mi amor del alma, crece también el amor del prójimo y la red ardiente de comunicarle la gracia comprada con el dolor.

Así se ama a Dios y al prójimo, alma mía: con humildad; así se alcanza la perfección, así se escala el cielo. Así amó María, nuestro modelo; así amaremos todos los hijos e hijas de la Cruz. Amén.

104. ESA FLOR

¡Jesús de mi alma! Esa flor que traigo todos los días junto a tu Sagrario, me causa envidia. Ya la veo brotar en botón, abrirse poco a poco, y le digo: "Tú estás creciendo y hermoseándote para ir a deshojarte al pie del Tabernáculo. ¡Quién fuera tú! ¡Quién tuviera esa suerte!" Así, con las lágrimas en los ojos, la envidia mi corazón. Y cuando, llena de rocío y

confidencias amorosas, la contemplo ya aquí en tu altar, deposito en ella todas mis ternuras y mis besos, mis amores y mis dolores, para que te los presente, Bien mío, Yo tengo al fin que alejarme de este lugar. Señor; tengo que ir a mis obligaciones, pero esa flor permanecerá a tu lado, Jesús, todas las horas, todos los instantes, enviándote su aroma, y ajándose y muriéndose al calor de tu Corazón. ¡Oh Jesús, mi Jesús adorado! ¡Quién fuera flor y no espinas para Ti!

Mira, Señor, qué distintas vidas: ella se formó y creció para tu gloria... ¿Y yo? Yo me formé y crecí para el mundo y sus vanidades... para mí misma y mis comodidades... para ofenderte ¡ay, cuántas veces!... para mil cosas, Amado de mi alma (déjame llorar...), que no eran Tú.

Esa flor no se manchó; blanca y pura va a morir sobre el altar... ella te guardó su inocencia y su candor. ¿Pero yo? Esa flor ni un solo día sirvió al mundo; ¿y yo?

A veces viene blanca para confundirme, y a veces roja para indicarme que, ya que no soy pura, debo ser crucificada; quiere decirme que limpie mi alma... que levante, como ella, mi cáliz al cielo, para recibir en él el rocío de la gracia, tu Sangre, Señor, que debe fecundizarme para todas las virtudes.

Déjame aquí recordar conmovida, a pesar de mi miseria, tus favores. Cierto, Señor, te lo confieso avergonzada, que di al mundo las hojas la corteza, lo de fuera; pero cierto también que Tú cerraste mi interior, e hiciste que buscara siempre el riego del Sagrario; ¡que Tú guardaste lo que era tuyo, ese Santuario, ese botón cerrado de mi alma, que no se abrió, Señor, sino a los rayos de un Sol divino! "Te quiero mía", me dijiste un día, llorando a tus pies mis ingratitudes; "Seré tuya", te contestó mi alma, presa de una indefinible dicha.

Y todos los cariños y todos los amores, aun los más santos, no han invadido este interno santuario en que Tú habitas.

¡Triunfaste Tú, Dueño de todo mi ser, mi único Bien, Jesús mío! y, desde que triunfaste de este ingrato corazón, soy más tuya; pero todavía más quiero ser, mucho más...

Si no soy blanca, Jesús mío, si quiero ser roja, si seré tu Cruz, que

ostentaré una Azucena entre mis brazos, no mía, pero si del cielo... un Lirio, Jesús, que supla a todas las blancuras de la tierra.

Y también quiero ser una pobre violeta, que se destruya y acabe su vida, abrasada con el incendio de tu Corazón de fuego, Señor; modesta, suave, dulce y paciente, dejándome hacer, cortar, destrozar, sin que nadie sepa, sin que nadie entienda mis sacrificios.

Yo me esconderé, como esa flor, de las miradas humanas, y te esconderé a Ti, mi Jesús del Sacramento, entre la corteza de mi tosquedad y miseria.

Pero se me ocurre una cosa antes de partir, Vida mía, y es convidarte a que seamos violetas los dos. Dime que sí, Señor; que yo viviré y moriré sobre tu divino pecho, y Tú sobre el de tu pobre cruz: los dos, víctimas de los pecadores; los dos, glorificando al Eterno Padre; los dos, ofreciéndonos por manos de María; los dos, sin separarnos jamás, corazón con corazón, alma con alma, vida con vida, violetas del cielo ensangrentadas por amor. ¿Verdad que sí? Amén.

105. SER SANTA

¡Eso quiero, Jesús del alma toda! Ser santa, para ser tuya, dejar de existir para mí, morir a mí misma, para resucitar en Ti.

Pero, ¿qué es ser santa, Jesús mío adorado?

—Ser santa, hija mía, es recorrer una escala de cruces sin arredrarse, con la sonrisa en los labios y el amor de la humildad en el corazón.

Un santo no me pierde de vista jamás, teniendo el cuidado sobrenatural de glorificar a Dios en todo.

Un santo ve sin cesar, con los ojos del alma, a Jesús crucificado, y lo imita guardando inmaculada la pureza de su alma.

Un santo piensa de todos con caridad, cuida de todo con perfección, y de nada se olvida sino de sí mismo. No se cuida ni de

consuelos, ni de simpatías, ni de atenciones, porque se cree, de corazón, indigno de ellas.

Ser santo, es no sólo obrar bien en todos los detalles de la vida; es obrar con perfección, pureza de intención y diligencia, sobrenaturalizando todos sus actos por amor y con espíritu de inmolación.

Ser santo, es ser apóstol por el silencio, por las palabras, por los ejemplos y práctica heroica de las virtudes.

Ser santo, es gozarse en las mayores humillaciones... saborear despacio y con delicia la Cruz en el abandono, en el desprecio y en la obscuridad, teniendo a Dios solo por testigo.

Ser santo, es dar la vida a pedacitos, arrancando del corazón, fibra por fibra, todo lo que no sea Dios.

Ser santo, es ser verdadero hijo de María, imitador perfecto de sus virtudes ocultas.

Ser santo, es dejarse crucificar de Dios y de los hombres dulcemente, pacientemente, modestamente, callando, agradeciendo, y sin perder la paz.

Ser santo, es llevar una vida interior oculta en Dios y muy amada con Él, por una oración continuada, sin que casi haya momento en el que no se practique alguna virtud.

Ser santo, es romper con todo lo natural, es tener un corazón sin elección, totalmente abandonado a la voluntad divina. Es procurarse siempre lo más doloroso en todo; es amar, desear y gozarse en el dolor, sólo por amor a Dios y a las almas.

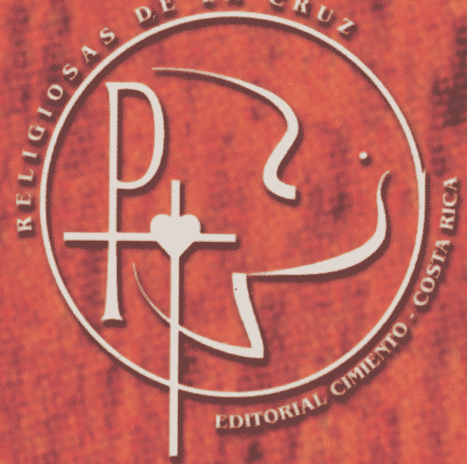
Ser santo, es vivir una vida de anonadamiento propio, siempre bajando, transformándose en Mi, por la humildad, por la caridad, por el dolor.

Si quieres ser santa, di desde el fondo de tu alma y practica esta hermosa divisa: "¡Nada para la naturaleza, todo para Dios! ¡Sólo Dios es la vida de los Santos!" Amén.

ÍNDICE

	Págs.
1. De qué modo se forjaba un alma a Jesús	11
2. ¿En dónde estás?	14
3. Te tengo a Ti	16
4. ¿Me quieres?	17
5. ¿Por qué, Dios mío?	19
6. Sólo Tú	22
7. Ya se hace tarde	23
8. Quejas	24
9. Siempre me quedarás Tú	26
10. ¡Mira, Jesús mío, qué pobre soy!	27
11. Mi Camino	28
12. ¡Señor, que vea!	30
13. No sólo de pan vive el hombre	31
14. ¿Qué quieres, Señor, qué quieres?	33
15. Amor	34
16. Pienso en Ti	36
17. Anda, y no peques más	37
18. ¿A quién hemos de ir?	38
19. Yo, nada, la gracia de Dios conmigo	40
20. Yo soy la Luz del mundo	41
21. No te dejaré huérfana	43
22. Dame de esa agua	44
23. No juzguéis, y no seréis juzgados	46
24. Mirada	47
25. Caridad	49
26. Muchos son los llamados	50
27. ¡Almas! ¡Almas!	51
28. ¡Qué envidia!	53
29. Humíllame	54
30. ¡Soy tan pobre!	55
31. Dolor	57
32. Al amanecer	58
33. Treinta minutos	59
34. No te olvidaré	61
35. Tenme compasión	62
36. A Jesús	63

37. Cuatro Amores 65
38. Espera en Dios 66
39. Esclava y víctima 67
40. Quiero padecer 69
41. Aprended de Mi, que soy manso y humilde de corazón 70
42. ¿Me amas más que éstos? 71
43. Al mediodía 73
44. El que amas, está enfermo 74
45. Hostia 75
46. Ser menos 77
47. Tu gusto 79
48. Él y yo 80
49. Esta es la vida: conocerte 84
50. Cuando hay amor 85
51. Él o yo 86
52. Jesús nos amó el primero 87
53. Amar es sufrir 89
54. Jesús obedeció hasta la muerte y muerte de Cruz 91
55. Sin medida 93
56. Mi hora de cielo 94
57. ¿Qué me dices, Señor? 96
58. Mi espina de hoy 97
59. Sálvanos, que perecemos 99
60. Incienso 100
61. Cúrame 101
62. Sin Mí, nada podéis hacer 103
63. Ver a Jesús en todo 104
64. No soy digna 105
65. Martirio 107
66. Ángel, Apóstol y Mártir 108
67. Me amó y se entregó por mí 110
68. Medianoche 111
69. Si conocieras el don de Dios 112
70. Abuso de gracias 113
71. Es de justicia 115
72. Inmolación 116
73. Grito del alma 117
74. ¿Para qué? 118

Muy grato es para mí, presentar a nuestro pueblo el libro "ANTE EL ALTAR", obra de Concepción Cabrera de Armida, Conchita como cariñosamente la llamanos...

Mons. Román Arrieta V.